



ISTORIA DE LA CONQUISTA

DE MÉJICO.

TOMO TERCERO.

Se vende en la Librería de CORMON y BLAN

En LYON, calle Sala, nº 30.
En PARIS, calle Montmartre, nº 167.

HISTORIA DE LA CONQUISTA

DE MÉJICO,

POBLACION Y PROGRESOS

DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL,

CONOCIDA POR EL NOMBRE

DE NUEVA ESPAÑA.

ESCRIBÍALA

DON ANTONIO DE SOLIS,
Secretario de S. M. y su cronista mayor
de las Indias.

TOMO III.

PARIS,
LIBRERÍA DE CORMON Y BLANC.

1827.

HISTORIA DE LA CONQUISTA,

POBLACION Y PROGRESOS

DE

LA NUEVA ESPAÑA.

CONTINUACION

DEL LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO XI.

Viene Motezuma el mismo dia por la tarde á visitar á Cortes en su alojamiento: refiérese la oracion que hizo antes de oir la embajada; y la respuesta de Cortes.

Era poco mas de medio dia cuando entráron los españoles en su alojamiento, y halláron prevenido un banquete regalado y espléndido para Cortes y los cabos de su ejército, con grande abundancia de bastimentos menos delicados para el resto de la gente; y muchos indios de servicio que ministraban los manjares y

las bebidas con igual silencio y puntualidad. Por la tarde vino Motezuma con la misma pompa y acompañamiento á visitar á Cortes, que avisado poco antes, salió á recibirle hasta el patio principal, con todo el obsequio debido á semejante favor. Acompañóle hasta la puerta de su cuarto, donde le hizo una profunda reverencia, y él pasó á tomar su asiento con despejo y gravedad. Mandó luego que acercasen otro á Cortes : hizo seña para que se apartasen á la pared los caballeros que andaban cerca de su persona, y Cortes advertió lo mismo á los capitanes que le asistian. Llegáron los intérpretes, y cuando se prevenia Hernan Cortes para dar principio á su oracion, le detuvo Motezuma, dando á entender que tenia que hablar antes de oir; y se refiere que discurrió en esta substancia :

Antes que me deis la embajada, ilustre capitan y valerosos extrangeros, del príncipe grande que os envia, debeis vosotros, y debo yo desestimar y poner en olvido lo que ha divulgado la fama de nuestras personas y costumbres, introduciendo en nuestros oidos aquellos vanos rumores que van delante

de la verdad, y suelen obscurecerla declinando en lisonja ó vituperio. En algunas partes os habrán dicho de mí que soy uno de los dioses inmortales, levantando hasta los cielos mi poder y mi naturaleza: en otras que se desvela en mis opulencias la fortuna, que son de oro las paredes y los ladrillos de mis palacios, y que no caben en la tierra mis tesoros; y en otras que soy tirano, cruel y soberbio; que aborrezco la justicia, y que no conozco la piedad. Pero los unos y los otros os han engañado con igual encarecimiento: y para que no imagineis que soy alguno de los dioses, ó conozcais el desvarío de los que asi me imaginan, esta porcion de mi cuerpo (y desnudó parte del brazo) *desengañará vuestros ojos de que hablais con un hombre mortal de la misma especie; pero mas noble y mas poderoso que los otros hombres. Mis riquezas no niego que son grandes; pero las hacen mayores la exageracion de mis vasallos. Esta casa que habitais es uno de mis palacios. Mirad esas paredes hechas de piedra y cal, materia vil, que debe al arte su estimacion; y colegid de uno y otro el mismo*

engaño, y el mismo encarecimiento en lo que os hubieren dicho de mis tiranías; suspendiendo el juicio hasta que os entereis de mi razon, y despreciando ese lenguage de mis rebeldes, hasta que veais si es castigo lo que llaman infelicidad y si pueden acusarle sin dejar de merecerle. No de otra suerte han llegado á nuestros oidos varios informes de vuestra naturaleza y operaciones. Algunos han dicho que sois deidades, que os obedecen las fieras, que manejais los rayos y que mandais en los elementos: y otros que sois facinorosos, iracundos y soberbios, que os dejais dominar de los vicios y que venis con una sed insaciable de oro que produce nuestra tierra. Pero yo veo que sois hombres de la misma composicion y masa que los demas, aunque os diferencian de nosotros algunos accidentes de los que suele influir el temperamento de la tierra en los mortales. Esos brutos que os obedecen, ya conozco que son unos venados grandes, que traeis domesticados é instruidos en aquella doctrina imperfecta, que puede comprehender el instinto de los animales. Esas armas que se asemejan á los rayos, tam

bien alcanzo que son unos cañones de metal no conocido, cuyo efecto es como el de nuestras cerbatanas, aire oprimido, que busca salida, y arroja el impedimento. Ese fuego que despiden con mayor estruendo, será cuando mucho algun secreto mas que natural de la misma ciencia que alcanzan nuestros magos. Y en lo demas que han dicho de vuestro proceder, hallo tambien, segun la observacion que han hecho de vuestras costumbres mis embajadores y confidentes, que sois benignos y religiosos, que os enojais con razon, que sufris con alegría los trabajos, y que no falta entre vuestras virtudes la liberalidad, que se acompaña pocas veces con la codicia. De suerte que unos y otros debemos olvidar las noticias pasadas, y agradecer á nuestros ojos el desengaño de nuestra imaginacion; con cuyo presupuesto quiero que sepais antes de hablarme, que no se ignora entre nosotros, ni necesitamos de vuestra persuasion, para creer que el príncipe grande á quien obedeceis, es descendiente de nuestro antiguo Quezalcoal, señor de las siete cuevas de los Navatlacas, y rey legítimo de aquellas

siete naciones que diéron principio al imperio Mejicano. Por una profecía suya, que veneramos como verdad infalible, y por la tradicion de los siglos que se conserva en nuestros anales, sabemos que salió de estas regiones á conquistar nuevas tierras hácia la parte del oriente, y dejó prometido, que andando el tiempo vendrian sus descendientes á moderar nuestras leyes, ó poner en razon nuestro gobierno. Y porque las señas que traeis conforman con este vaticinio, y el príncipe del oriente que os envia, manifiesta en vuestras mismas hazañas la grandeza de tan ilustre progenitor, tenemos ya determinado que se haga en obsequio suyo todo lo que alcanzaren nuestras fuerzas: de que me ha parecido advertiros, para que hableis sin embarazo en sus proposiciones, y atribuyais á tan alto principio estos excesos de mi humanidad.

Acabó Motezuma su oracion, previniendo el oido con entereza y magestad, cuya substancia dió bastante disposicion á Cortes para que sin apartarse del engaño que hallaba introducido en el concepto de aquellos hombres, pudiese res-

ponderle, segun lo que hallamos escrito, estas ó semejantes razones:

Despues, señor, de rendiros las gracias por la suma benignidad con que permitis vuestros oidos á nuestra embajada, y por el superior conocimiento con que nos habeis favorecido, menospreciando en nuestro abono los siniestros informes de la opinion, debo deciros que tambien acerca de nosotros se ha tratado la vuestra con aquel respeto y veneracion que corresponde á vuestra grandeza. Mucho nos han dicho de vos en esas tierras de vuestro dominio: unos afeando vuestras obras, y otros poniendo entre sus dioses vuestra persona; pero los encarecimientos crecen ordinariamente con injuria de la verdad; que como es la voz de los hombres el instrumento de la fama, suele participar de sus pasiones; y estas, ó no entienden las cosas como son, ó no las dicen como las entienden. Los españoles, señor, tenemos otra vista, con que pasamos á discernir el color de las palabras, y por ellas el semblante del corazon: ni hemos creido á vuestros rebeldes ni á vuestros lison-

jeros. Con certidumbre de que sois príncipe grande, y amigo de la razon, venimos á vuestra presencia sin necesitar de los sentidos, para conocer que sois príncipe mortal. Mortales somos tambien los españoles, aunque mas valerosos, y de mayor entendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido en otro clima de mas robustas influencias. Los animales que nos obedecen, no son como vuestros venados, porque tienen mayor nobleza y ferocidad: brutos inclinados á la guerra que saben aspirar con alguna especie de ambicion á la gloria de su dueño. El fuego de nuestras armas es obra natural de la industria humana, sin que tenga parte alguna en su produccion esa facultad que profesan vuestros magos; ciencia entre nosotros abominable, y digna de mayor desprecio que la misma ignorancia: con cuya suposicion, que me ha parecido necesaria para satisfacer á vuestras advertencias, os hago saber con todo el acatamiento debido á vuestra magestad, que vengo á visitaros como embajador del mas poderoso monarca que registra el sol desde su nacimiento: en cuyo nombre os propongo

que desea ser vuestro amigo y confederado, sin acordarse de los derechos antiguos que habeis referido para otro fin que abrir el comercio entre ambas monarquías, y conseguir por este medio vuestra comunicacion y vuestro desengaño. Y aunque pudiera, segun la tradicion de vuestras mismas historias, aspirar á mayor reconocimiento en estos dominios, solo quiere usar de su autoridad para que le creais en lo mismo que os conviene; y daros á entender que vos, señor, y vosotros Mejicanos que me ois (volviendo el rostro á los circunstantes), *vivis engañados en la religion que profesais, adorando unos leños insensibles, obra de vuestras manos y de vuestra fantasía; porque solo hay un Dios verdadero, principio eterno, sin principio ni fin, de todas las cosas; cuya omnipotencia infinita crió de nada esa fábrica maravillosa de los cielos, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sustenta, y el primer hombre de quien procedemos todos, con igual obligacion de reconocer y adorar á nuestra primera causa. Esta misma obligacion teneis vosotros impresa en el alma, y cono-*

ciendo su inmortalidad, la desestimais y destruis, dando adoracion á los demonios, que son unos espíritus inmundos, criaturas del mismo Dios, que por su ingratitud y rebeldía fuéron lanzados en ese fuego subterráneo, de que teneis alguna imperfecta noticia en el horror de vuestros volcanes. Estos, que por su envidia y malignidad son enemigos mortales del género humano, solicitan vuestra perdicion, haciéndose adorar en esos ídolos abominables, suya es la voz que alguna vez escuchais en las respuestas de vuestros oráculos, y suyas las ilusiones con que suele introducir en vuestro entendimiento los errores de la imaginacion. Ya conozco, señor, que no son de este lugar los misterios de tan alta enseñanza; pero solamente os amonesta ese mismo rey á quien reconoceis tan antigua superioridad, que nos oigais en este punto con ánimo indiferente, para que veais como descanza vuestro espíritu en la verdad que os anunciamos, y cuantas veces habeis resistido á la razon natural, que os daba luz suficiente para conocer vuestra ceguedad.

Esto es lo primero que desea de vuestra magestad el rey mi señor, y esto lo principal que os propone, como el medio mas eficaz para que pueda estrecharse con durable amistad la confederacion de ambas coronas, y no falten á su firmeza los fundamentos de la religion, que sin dejar alguna discordia en los dictámenes, introduzcan en el ánimo los vínculos de la voluntad.

Asi procuró Hernan Cortes mantener entre aquella gente la estimacion de sus fuerzas, sin apartarse de la verdad, y servirse del orígen que le buscaban á su rey, ó no contradecir lo que tenian aprehendido, por dar mayor autoridad á su embajaba. Pero Motezuma oyó con señas de poca docilidad el punto de la religion, obstinado con hipocresía en los errores de su gentilidad: y levantándose de la silla, *yo acepto*, dijo, *con toda gratitud la confederacion y amistad que me proponeis del gran descendiente de Quezalcoal; pero todos los dioses son buenos, y el vuestro puede ser todo lo que decis, sin ofensa de los mios. Descanzad ahora, que en vuestra casa estais, donde seréis asistido con todo el*

cuidado que se debe á vuestro valor, y al príncipe que os envia. Mandó luego que entrasen algunos indios de carga que traia prevenidos; y antes de partir presentó á Hernan Cortes diferentes piezas de oro, cantidad de ropas de algodon, y varias curiosidades de pluma: dádiva considerable por el valor y por el modo; y repartió algunas joyas y preseas del mismo género entre los españoles que estaban presentes, dando uno y otro con alegre generosidad, sin hacer mucho caso del beneficio; pero mirando á Cortes y á los suyos con un género de satisfaccion, en que se conocia el cuidado antecedente: como los que manifiestan su temor en lo mismo que se complacen de haberle perdido.

CAPÍTULO XII.

Visita Cortes á Motezuma en su palacio, cuya grandeza y aparato se describe: y se da noticia de lo que pasó en esta conferencia, y en otras que se tuviéron despues sobre la religion.

PIDIÓ Hernan Cortes audiencia el dia siguiente, y la consiguió con tanta prontitud, que viniéron con la respuesta los

mismos que le habian de acompañar en esta visita: cierto género de ministros, que solian asistir á los embajadores, y tenian á su cargo el magisterio de las ceremonias y estilos de su nacion. Vistióse de gala sin dejar las armas, que se habian de introducir á trage militar; y llevó consigo á los capitanes pedro de Alvarado, gonzalo de Sandoval, juan Velazquez de Leon, y diego de Ordaz, con seis ó siete soldados particulares de su satisfaccion, entre los cuales fué bernal Diaz del Castillo, que ya trataba de observar para escribir.

Las calles estaban pobladas por todas partes de innumerable concurso, que trabajaba en su misma muchedumbre para ver á los españoles sin embarazarles el paso; entre cuyas reverencias, y sumisiones, se oia muchas veces la palabra *Teules*, que en su lengua significa dioses: voz que ya se entendia, y que no sonaba mal á los que fundaban parte de su valor en el respeto ageno.

Dejóse ver á larga distancia el palacio de Motezuma, que manifestaba, no sin encarecimiento, la magnificencia de aquellos reyes: edificio tan desmesurado, que se mandaba por treinta puertas

á diferentes calles. La fachada principal que ocupaba toda la frente de una plaza muy espaciosa, era de varios jaspes negros, rojos y blancos, de no mal entendida colocacion y pulimento. Sobre la portada se hacian reparar en un escudo grande las armas de los Motezumas: un grifo medio águila y medio leon, en ademan de volar, con un tigre feroz entre las garras. Algunos quieren que fuese águila, y se ponen de propósito á impugnar el grifo con la razon de que no los hay en aquella tierra, como si no se pudiese dudar si los hay en el mundo, segun los autores que los pusiéron entre las aves fabulosas. Diríamos antes que pudo inventar acá y allá este género de monstruos el desvarío artificioso, que llaman licencia los poetas, y valentía los pintores.

Al llegar cerca de la puerta principal, se encamináron hácia el uno de sus lados los ministros del acompañamiento, y retirándose atras con pasos de gran misterio; formáron un semicírculo para llegar á la puerta de dos en dos: ceremonia de su costumbre, porque tenian á falta de respeto el entrar de tropel en la casa real, y reconocian con este des-

vio la dificultad de pisar aquellos umbrales. Pasados tres patios de la misma fábrica y materia que la fachada, llegáron al cuarto dònde residia Motezuma, en cuyos salones era de igual admiracion la grandeza y el adorno: los pavimentos con esteras de varias labores: las pare des con diferentes colgaduras de algodon, pelo de conejo, y en lo mas interior de pluma: unas y otras hermoseadas con la viveza de los colores, y con la diferencia de las figuras: los techos de cipres, cedro y otras maderas olorosas, con diversos follages y relieves; en cuya contextura se reparó, que sin haber hallado el uso de los clavos, formaban grandes artesones, afirmando el maderamen y las tablas en su misma trabazon.

Habia en cada una de estas salas, numerosas y diferentes gerarquías de criados, que tenian la entrada segun su calidad y ministerio; y en la puerta de la antecámara esperaban los próceres y magistrados que recibiéron á Cortes con grande urbanidad; pero le hiciéron esperar para quitarse las sandalias, y dejar los mantos ricos de que venian adornados, tomando en su lugar otros de menos gala: era entre aquella gente ir-

reverencia el atreverse á lucir delant del rey. Todo lo reparaban los españo les, todo hacia novedad, y todo infundia respeto: la grandeza del palacio, la ceremonias, el aparato, y hasta el silencio de la familia.

Estaba Motezuma en pie, con toda sus insignias reales, y dió algunos paso para recibir á Cortes, poniéndole al llegar los brazos sobre los hombros: agasajó despues con el semblante á los españoles que le acompañaban, y tomand su asiento, mandó sentar á Cortes y á todos los demas, sin dejarles accion par que replicasen. La visita fué larga d conversacion familiar: hizo varias preguntas á Cortes sobre lo natural y político de las regiones orientales, aprobando á tiempo lo que le pareció bien, y mostrando que sabia discurrir en lo qu sabia dudar. Volvió á referir la dependencia y obligacion que tenian los Mejicanos al descendiente de su primer rey y se congratuló muy particularment de que se hubiese cumplido en su tiemp la profecía de los extrangeros, que tantos siglos antes habian sido prometido á sus mayores: si fué con afectacion supo esconder lo que sentia: y siend

esta una credulidad vana y despreciable por su orígen y circunstancias, importó mucho en aquella ocasion, para que los españoles hallasen hecho el camino á su introduccion: asi bajan muchas veces encadenadas y dependientes de ligeros principios las cosas mayores. Hernan Cortes le puso con destreza en la plática de la religion, tocando entre las demas noticias que le daba de su nacion los ritos y costumbres de los cristianos, para que le hiciesen disonancia los vicios y abominaciones de su idolatría; con cuya ocasion exclamó contra los sacrificios de sangre humana, y contra el horror aborrecible á la naturaleza, con que se comian los hombres que sacrificaban: bestialidad muy introducida en aquella corte, por ser mayor el número de los sacrificados; y mas culpable por esta razon el exceso de los banquetes.

No fué del todo inútil esta sesion, porque Motezuma sintiendo en algo la fuerza de la razon, desterró de su mesa los platos de carne humana; pero no se atrevió á prohibir de una vez este manjar á sus vasallos, ni se dió por vencido en el punto de los sacrificios; antes decia que no era crueldad ofrecer á sus

dioses unos prisioneros de guerra, que venian ya condenados á muerte; no hallando razon que le hiciese capaz de que fuesen prójimos los enemigos.

Dió pocas esperanzas de reducirse, aunque procuráron varias veces Hernan Cortes y el padre fray bartolomé de Olmedo traerle al camino de la verdad: tenia entendimiento para conocer algunas ventajas en la religion católica, y para no desconocer en todo los abusos de la suya; pero se volvia luego al tema de que sus dioses eran buenos en aquella tierra, como el de los cristianos en su distrito; y se hacia fuerza para no enojarse cuando le apretaban los argumentos; padeciendo mucho consigo en estas conferencias, porque deseaba complacer á los españoles con un género de cuidado que parecia sujecion; y por otra parte le tiraban las afectaciones de religioso, que le adquiriéron y á su parecer le mantenian la corona, obligándole á temer con mayor abatimiento la desestimacion de sus vasallos, si le viesen menos atento al culto de sus dioses: política miserable, propria del tirano, dominar con soberbia, y contemplar con servidumbre.

Hacia tanta ostentacion de su resistencia, que llevando consigo, uno de aquellos primeros dias, á Hernan Cortes y al padre fray Bartolomé, con algunos de los capitanes y soldados particulares, para que viesen á su lado las grandezas de su corte, deseó no sin alguna vanidad enseñarles el mayor de sus templos. Mandólos que se detuviesen poco antes de la entrada, y se adelantó para conferir con los sacerdotes, si seria lícito que llegase á la presencia de sus dioses una gente que no los adoraba. Resolvióse que podrian entrar, amonestándolos primero que no se descomidiesen; y saliéron dos ó tres de los mas ancianos con la permision y el requerimiento. Franqueáronse luego todas las puertas de aquel espantoso edificio, y Motezuma tomó á su cargo el explicar los secretos, oficinas y simulacros del adoratorio, tan reverente y ceremonioso, que los españoles no pudiéron contenerse de hacer alguna irrision, de que no se dió por entendido; pero volvió á mirarlos, como quien deseaba reprimirlos. Á cuyo tiempo Hernan Cortes, dejándose llevar del zelo que ardia en su corazon, le dijo: *permitidme, señor, fijar una cruz de*

Cristo delante de esas imágenes del demonio, y veréis si merecen adoracion ó menosprecio. Enfureciéronse los sacerdotes al oir esta proposicion; y Motezuma quedó confuso y mortificado, faltándole á un tiempo la paciencia para sufrirlo, y la resolucion para enojarse; pero tomando partido con su primera turbacion, y procurando que no quedase mal su hipocresía: *pudiérais*, dijo á los españoles, *conceder á este lugar las atenciones, por lo menos, que debeis á mi persona:* y salió del adoratorio para que le siguiesen; pero se detuvo en el átrio, y prosiguió diciendo algo mas reportado: *bien podeis, amigos, volveros á vuestro alojamiento, que yo me quedo á pedir perdon á mis dioses de lo mucho que os he sufrido:* notable salida del empeño en que se hallaba, y pocas palabras dignas de reparo, que diéron á entender su resolucion, y lo que se reprimia para no destemplarse.

Con esta experiencia, y otras que se hiciéron del mismo género, resolvió Cortes, siguiendo el parecer del padre fray bartolomé de Olmedo y del licenciado juan Diaz, que no se le hablase mas por entonces en la religion, porque solo ser-

via de irritarle y endurecerle. Pero al mismo tiempo se consiguió fácilmente su licencia para que los cristianos diesen culto público á su Dios; y él mismo envió sus alarifes para que se le fabricase templo á su costa, como le pidiese Cortes: tanto deseaba que le dejasen descansar en su error. Desembarazóse luego uno de los salones principales de aquel palacio donde habitaban los españoles, y blanqueándole de nuevo, se levantó el altar, y en su frontispicio se colocó una imágen de nuestra señora sobre algunas gradas, que se adornáron vistosamente; y fijando una cruz grande cerca de la puerta, quedó formada una capilla muy decente, donde se celebraba misa todos los dias, se rezaba el rosario, y hacian otros actos de piedad y devocion, asistiendo algunas veces Motezuma con los príncipes y ministros que andaban á su lado; entre los cuales se alababa mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios, sin conocer la inhumanidad y malicia de los suyos: gente ciega y supersticiosa, que palpaba las tinieblas, y se defendia de la razon con la costumbre.

Pero antes de referir los sucesos de

aquella corte, nos llama su descripcion la grandeza de sus edificios, su forma d gobierno y policía, con otras noticias que son convenientes para la inteligenci ó concepto de los mismos sucesos: des víos de la narracion, necesarios en l historia, como no sean peregrinos de argumento y carezcan de otros lunares que hacen viciosa la digresion.

CAPÍTULO XIII.

Descríbese la ciudad de Méjico, su tempera mento y situacion, el mercado del Tlate lulco, y el mayor de sus templos, dedicad al Dios de la guerra.

La gran ciudad de Méjico, que fué co nocida en su antigüedad por el nombr de *Tenuchtitlan*, ó por otros de poc diferente sonido, sobre cuya denomina cion se cansan voluntariamente los au tores, tendria en aquel tiempo sesent mil familias de vecindad, repartida e dos barrios, de los cuales se llamaba e uno *Tlatelulco*, habitacion de gente po pular; y el otro *Méjico*, que por residi en él la corte y la nobleza, dió su nom bre á toda la poblacion.

Estaba fundada en un plano muy espa

cioso, coronado por todas partes de altísimas sierras y montañas, de cuyos rios y vertientes rebalsadas en el valle se formaban diferentes lagunas, y en lo mas profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con mas de cincuenta poblaciones la nacion Mejicana. Tendria este pequeño mar treinte leguas de circunferencia; y los dos lagos que le formaban, se unian y comunicaban entre sí por un dique de piedra que los dividia, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tenian sus compuertas levadizas, para cebar el lago inferior siempre que necesitaban de socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Era el mas alto de agua dulce y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento; y el otro de agua salobre y obscura, semejante á la marítima: no porque fuesen de otra calidad las vertientes de que se alimentaba, sino por vicio natural de la misma tierra, donde se detenian: gruesa y salitrosa por aquel parage; pero de grande utilidad para la fábrica de la sal, que beneficiaban cerca de sus orillas, purificando al sol, y adelgazando

con el fuego las espumas y superfluidades que despedia la resaca.

En el medio casi desta laguna salobre tenia su asiento la ciudad, cuya situacion se apartaba de la línea equinoccial hácia el norte diez y nueve grados y trece minutos dentro aun de la tórrida zona, que imagináron de fuego inhabitable los filósofos antiguos, para que aprendiese nuestra experiencia cuan poco se puede fiar de la humana sabiduría en todas aquellas noticias, que no entran por los sentidos á desengañar el entendimiento. Era su clima benigno y saludable, donde se dejaban conocer á su tiempo el frio y el calor, ambos con moderada intension; y la humedad, que por la naturaleza del sitio pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos, ó morigerada con el beneficio del sol.

Tenia hermosísimos lejos en medio de las aguas esta gran poblacion; y se daba la mano con la tierra por sus diques ó calzadas principales: fábrica suntuosa que servia tanto al ornamento como á la necesidad: la una de dos leguas hácia la parte del mediodia, por donde hiciéron su entrada los españoles: la otra de un

legua, mirando al septentrion; y la otra poco menor por la parte occidental. Eran las calles bien niveladas y espaciosas: unas de agua con sus puentes, para la comunicacion de los vecinos: otras de tierra sola hechas á la mano; y otras de agua y tierra, los lados para el paso de la gente, y el medio para el uso de las canoas ó barcas de tamaños diferentes, que navegaban por la ciudad, ó servian al comercio, cuyo número toca en increible, pues dicen que tendria Méjico entonces mas de cincuenta mil, sin otras embarcaciones pequeñas, que allí se llamaban *acales*, hechas de un tronco, y capaces de un hombre, que remaba para sí.

Los edificios públicos y casas de los nobles, de que se componia la mayor parte de la ciudad eran de piedra, y bien fabricadas: las que ocupaba la gente popular, humildes y desiguales; pero unas y otras en tal disposicion, que hacian lugar á diferentes plazas de terraplen, donde tenian sus mercados.

Era entre todas la del Tlatelulco de admirable capacidad y concurso, á cuyas ferias acudian ciertos dias en el año todos los mercaderes y comerciantes del

reino, con lo mas precioso de sus frutos y manifacturas: y solian concurrir tantos que siendo esta plaza segun dice antonio de Herrera, una de las mayores del mundo, se llenaba de tiendas puestas en hileras, y tan apretadas, que apenas dejaban calle á los compradores. Conocian todos su puesto, y armaban su oficina de bastidores portátiles, cubiertos de algodon basto capaz de resistir al agua y al sol. No acaban de ponderar nuestros escritores el órden, la variedad y la riqueza de estos mercados. Habia hileras de plateros, donde se vendian joyas y cadenas extraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro y plata, labrados con tanto primor, que algunos de ellos diéron que discurrir á nuestros artífices, particularmente unas calderillas de asas movibles, que salian asi de la fundicion, y otras piezas del mismo género, donde se hallaban molduras y relieves, sin que se conociese impulso de martillo ni golpe de cincel. Habia tambien hileras de pintores, con raras ideas y paises de aquella interposicion de plumas, que daba el colorido y animaba la figura; en cuyo género se halláron raros aciertos de la

paciencia y la prolijidad. Venian tambien á este mercado cuantos géneros de telas se fabricaban en todo el reino para diferentes usos, hechas de algodon y pelo de conejo, que hilaban delicadamente las mugeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad, y aplicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los búcaros, y hechuras exquisitas de finísimo barro, que traian á vender, diverso en el color y en la fragrancia, de que labraban con primor extraordinario cuantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y el adorno de una casa; porque no usaban de oro ni de plata en sus vajillas: profusion que solo era permitida en la mesa real, y esto en dias muy señalados. Hallábanse con la misma distribucion y abundancia los mantenimientos, las frutas, los pescados; y finalmente cuantas cosas hizo venales el deleite y la necesidad.

Hacíanse las compras y ventas por via de permutacion, con que daba cada uno lo que le sobraba por lo que habia menester; y el maiz ó el cacao servia de moneda para las cosas menores. No se gobernaban por el peso ni le conociéron; pero tenian diferentes medidas con

que distinguir las cantidades, y sus números ó caracteres con que ajustar los precios, segun sus tasaciones.

Habia casa diputada para los jueces del comercio, en cuyo tribunal se decidian las diferencias de los comerciantes; y otros ministros inferiores que andaban entre la gente, cuidando de la igualdad de los contratos y llevaban al tribunal las causas de fraude ó exceso, que necesitaban de castigo. Admiráron justamente nuestros españoles la primera vista de este mercado por su abundancia, por su variedad, y por el órden y concierto con que estaba puesta en razon aquella muchedumbre: aparador verdaderamente maravilloso, en que se venian de una vez á los ojos la grandeza, y el gobierno de aquella corte.

Los templos (si es lícito darles este nombre) se levantaban suntuosamente sobre los demas edificios : y el mayor, donde residia la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes, estaba dedicado al ídolo *Viztcilipuztli*, que en su lengua significaba dios de la guerra, y le tenian por el supremo de sus dioses : primacía de que se infiere cuanto se preciaba de militar aquella nacion. El

vulgo de los soldados españoles le llamaba *Huchilobos*, tropezando en la pronunciacion; y asi le nombra bernal Diaz del Castillo, hallando en la pluma la misma dificultad. Notablemente discuerdan los autores en la descripcion de este soberbio edificio. Antonio de Herrera se conforma demasiado con francisco Lopez de Gomara: los que le viéron entonces tenian otras cosas en el cuidado, y los demas tiráron las líneas á la voluntad de su consideràcion: seguimos al P. josef de Acosta, y á otros autores de los mejor informados.

Su primera mansion era una gran plaza en cuadro, con su muralla de sillería, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas, que daban horror al pórtico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco antes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero no menos horroroso: era de piedra, con treinta gradas de lo mismo, que subian á lo alto, donde habia un género de azutea prolongada, fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles puestos en hilera: tenian estos sus taladros iguales á poca distancia, y por ellos pasaban de un

árbol á otro diferentes varas, ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados, cuyo número (que no se puede referir sin escándalo) tenian siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecian algun destrozo con el tiempo: lastimoso trofeo, en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre, y aquellos bárbaros le tenian á la vista sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechada en la costumbre de los ojos la memoria de la muerte.

Tenia la plaza cuatro puertas correspondientes en sus cuatro lienzos, que miraban á los cuatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia cuatro estatuas de piedra, que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos, y tenian su presuncion de dioses liminares, porque recibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de la muralla estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que corrian todo el ámbito de la plaza sin ofender el cuadro, dejándola tan capaz que, solian bailar en

ella ocho y diez mil personas, cuando se juntaban á celebrar sus festividades.

Ocupaba el centro de esta plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en diminucion hasta formar una media pirámide los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera, edificio suntuoso y de buenas medidas, tan alto, que tenia ciento y veinte gradas la escalera, y tan corpulento, que terminaba en un plano de cuarenta pies en cuadro; cuyo pavimento enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecia por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas á manera de caracoles, formado por ambas haces de unas piedras negras, semejantes al azabache, puestas con órden y unidas con betunes blancos y rojos, que adornaban mucho el edificio.

Sobre la division del pretil donde terminaba la escalera, estaban dos estatuas de mármol, que sustentaban (imitando bien la fuerza de los brazos) unos grandes candeleros, de hechura extraordinaria: mas adelante una losa verde, que se levantaba cinco palmos del suelo, y remataba en esquina, donde afirmaban

por las espaldas al miserable que habian de sacrificar, para sacarle por los pechos el corazon: y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenian el ídolo sobre un altar muy alto, y detras de cortinas. Era de figura humana, y estaba sentado en una silla, con apariencias de trono, fundada sobre un globo azul, que llamaban cielo, de cuyos lados salian cuatro varas, con cabezas de sierpes á que aplicaban los hombros, para conducirle cuando le manifestaban al pueblo. Tenia sobre la cabeza un penacho de plumas varias, en forma de pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y mas afeado con dos fajas azules, una sobre la frente, y otra sobre la nariz: en la mano derecha una culebra ondeada, que le servia de baston, y en la izquierda cuatro saetas, que veneraban como traidas del cielo, y una rodela con cinco plumages blancos, puestos en cruz, sobre cuyos adornos, y la significacion de aquellas insignias y colores, decian notables desvaríos, con lastimosa ponderacion.

Al lado siniestro de esta capilla estaba

otra de la misma hechura y tamaño, con un ídolo que llamaban *Ttaloch*, en todo semejante á su compañero. Teníanlos por hermanos, y tan amigos, que dividian entre sí los patrocinios de la guerra, iguales en el poder, y uniformes en la voluntad; por cuya razon acudian á entrambos con una víctima y un ruego, y les daban las gracias de los sucesos, teniendo en equilibrio la devocion.

El ornato de ambas capillas era de inestimable valor colgadas las paredes, y cubiertos los altáres de joyas y piedras preciosas, puestas sobre plumas de colores: y habia de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores mas de dos mil donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocacion. Apenas habia calle sin su dios tutelar; ni se conocia calamidad entre las pensiones de la naturaleza, que no tuviese altar donde acudir por el remedio. Ellos se fingian y fabricaban sus dioses de su mismo temor sin conocer que enflaquecian el poder de los unos, con lo que fiaban de os otros; y el demonio ensanchaba su lominio por instantes: violentísimo

tirano de aquellos racionales, y en pacífica posesion de tantos siglos! ¡O permisiones inescrutables del Altísimo!

CAPÍTULO XIV.

Descríbense diferentes casas que tenia Motezuma para su divertimiento, sus armerías, sus jardines y sus quintas, con otros edificios notables que habia dentro y fuera de la ciudad.

Demas del palacio principal, que dejamos referido, y el que habitaban los españoles, tenia Motezuma diferentes casas de recreacion, que adornaban la ciudad, y engrandecian su persona. En una de ellas, edificio real, donde se viéron grandes corredores sobre columnas de jaspe, habia cuantos géneros de aves se crian en la nueva España, dignas de alguna estimacion por la pluma ó por el canto, entre cuya diversidad, se halláron muchas extraordinarias, y no conocidas hasta entonces en Europa. Las marítimas se conservaban en estanques de agua salobre, y en otros de agua dulce, las que se traian de rios ó lagunas. Dicen que habia pájaros de

nco y seis colores, y los pelaban á su empo, dejándolos vivos, para que reitiesen á su dueño la utilidad de la luma: género de mucho valor entre los lejicanos, porque se aprovechaban dė lla en sus telas, en sus pinturas y en toos sus adornos. Era tanto el número de is aves, y se ponia tanto cuidado en su onservacion, que se ocupaban en este iinisterio mas de trecientos hombres iestros en el conocimiento de sus enferiedades, y obligados á suministrarles l cebo, de que se alimentaban en su bertad.

Poco distante de esta casa tenia otra lotezuma de mayor grandeza y varieãd con habitacion capaz de su persona familia, donde residian sus cazadores y e criaban las aves de rapiña, unas en iulas de igual aliño y limpieza, que solo ervian á la observacion de los ojos; otras en alcándaras, obedientes al lazo e la pihuela, y domesticadas para el jercicio de la cetrería: cuyos primoes alcanzáron, sirviéndose de algunos ájaros de razas excelentes, que se haian en aquella tierra, parecidos á los uestros, y nada inferiores en la docilid con que reconocen á su dueño, y

en la resolucion con que se arrojan á la presa. Habia entre las aves que tenian encerradas muchas de rara fiereza y tamaño, que pareciéron entonces monstruosas, y algunas águilas reales de grandeza exquisita, y prodigiosa voracidad: no falta quien diga, que una de ellas gastaba un carnero en cada comida: débanos el autor que no apoyemos con su nombre lo que á nuestro parecer creyó con facilidad.

En el segundo patio de la misma casa estaban las fieras, que presentaban á Motezuma, ó prendian sus cazadores, en fuertes jaulas de madera, puestas con buena distribucion, y debajo de cubierto, leones, tigres, osos, y cuantos géneros de brutos silvestres produce la Nueva España, entre los cuales hizo mayor novedad el toro mejicano rarísimo compuesto de varios animales, gibada y corbada la espalda como el camello, enjuto el ijar, larga la cola, y guedejudo el cuello como el leon, hendido el pie, y armada la frente como el toro, cuya ferocidad imita con igual ligereza y ejecucion: anfiteatro que pareció á los españoles digno de príncipe grande, por ser tan antiguo en el mundo esto de

ignificarse por las fieras la grandeza de os hombres.

En otra separacion de este palacio, dicen algunos de nuestros escritores que se criaba con cebo cotidiano una multitud horrible de animales ponzoñosos; y que andaban en diferentes vasijas y cavernas las víboras, las culebras de cascabel, los escorpiones: y crece la ponderacion hasta encontrar con los cocodrilos; pero tambien afirman que no alcanzáron esta venenosa grandeza nuestros españoles, y que solo viéron el parage donde se criaban, cuya limitacion nos basta para tocarlo como inverisímil; creyendo antes que lo entenderian asi los indios, de cuya relacion se tomó la noticia; y que seria este uno de aquellos horrores que suele inventar el vulgo contra la fiereza de los tiranos, particularmente cuando sirve afligido, y discurre atemorizado.

Sobre la mansion que ocupaban las fieras, habia un cuarto muy capaz, donde habitaban los bufones, y otras sabandijas de palacio, que servian al entretenimiento del rey: en cuyo número se contaban los monstruos, los enanos, los corcobados, y otros errores de la natu-

raleza : cada género tenia su habitacion separada, y cada separacion sus maestros de habilidades, y sus personas diputadas para cuidar de su regalo; donde los servian con tanta puntualidad, que algunos padres, entre la gente pobre, desfiguraban á sus hijos para que lograsen esta conveniencia, y enmendar su fortuna, dándoles el mérito en la deformida.

No se conocia menos la grandeza de Motezuma en otras dos casas que ocupaba su armería. Era la una para la fábrica, y la otra para el depósito de las armas. En la primera vivian y trabajaban todos los maestros de esta facultad, distribuidos en diferentes oficinas, segun sus ministerios : en una parte se adelgazaban las varas para las flechas, en otra se labraban los pedernales para las puntas; y cada género de armas ofensivas y defensivas tenia su obrador y sus oficiales distintos, con algunos superintendentes, que llevaban á su modo la cuenta y razon de lo que se trabajaba. La otra casa, cuyo edificio tenia mayor representacion, servia de almacen, donde se recogian las armas despues de acabadas, cada género en pieza distinta, y de allí se re-

partian á los ejércitos y fronteras, segun la ocurrencia de las ocasiones. En lo alto se guardaban las armas de la persona real, colgadas por las paredes con buena colocacion: en una pieza los arcos, flechas y aljabas, con varios embutidos, y labores de oro y pedrería: en otra las espadas y montantes de madera extraordinaria, con sus filos de pedernal; y la misma riqueza en las empuñadoras: en otra los dardos, y asi los demas géneros, tan adornados y resplandecientes, que daban que reparar hasta las hondas y las piedras. Habia diferentes hechuras de petos y celadas, con láminas y follages de oro: muchas casacas de aquellos colchados que resistian á las flechas: hermosas invenciones de rodelas ó escudos, y un género de paveses ó adargas de pieles impenetrables, que cubrian todo el cuerpo; y hasta la ocasion de pelear andaban arrolladas al hombro izquierdo: fué de admiracion á los españoles esta grande armería, que pareció tambien alhaja de príncipe, y príncipe guerrero, en que se acreditaban igualmente su opulencia y su inclinacion.

En todas estas casas tenia grandes jardines prolijamente cultivados. No gus-

taba de árboles fructíferos ni plantas comestibles en sus recreaciones; antes solia decir que las huertas eran posesiones de gente ordinaria; pareciéndole mas proprio en los príncipes el deleite sin mezcla de utilidad. Todo era flores de rara diversidad y fragrancia, yerbas medicinales, que servian á los cuadros y cenadores, de cuyo beneficio cuidaba mucho, haciendo traer á sus jardines cuantos géneros produce la benignidad de aquella tierra; donde no aprendian los físicos otra facultad que la noticia de sus nombres, y el conocimiento de sus virtudes. Tenian yerbas para todas las enfermedades y dolores, de cuyos zumos y aplicaciones componian sus remedios, y lograban admirables efectos hijos de la experiencia, que sin distinguir la causa de la enfermedad, acertaban con la salud del enfermo. Repartíanse francamente de los jardines del rey todas las yerbas que recetaban los médicos, ó pedian los dolientes; y solia preguntar si aprovechaban, hallando vanidad en sus medicínas, ó persuadido á que cumplia con la obligacion del gobierno, cuidando asi de la salud de sus vasallos.

En todos estos jardines y casas de re-

creacion habia muchas fuentes de agua dulce y saludable, que traian de los montes vecinos, guiada por diferentes canales, hasta encontrar con las calzadas, donde se ocultaban los encañados que la introducian en la ciudad; para cuya provision se dejaban algunas fuentes públicas, y se permitia, no sin tributo considerable, que los indios vendiesen por las calles la que podian conducir de otros manantiales. Creció mucho en tiempo de Motezuma el beneficio de las fuentes, porque fué suya la obra del gran conducto, por donde vienen á Méjico las aguas vivas que se descubriéron en la sierra de Chapultepec, distante una legua de la ciudad. Hízose primero de su órden y traza un estanque de piedra donde recogerlas, midiendo su altura con la declinacion que pedia la corriente; y despues un paredon grueso, con dos canales descubiertas de fuerte argamasa, de las cuales servia la una mientras se limpiaba la otra : fábrica de grande utilidad, cuya invencion le dejó tan vanaglorioso, que mandó poner su efigie y la de su padre, no sin alguna semejanza, esculpidas en dos medallas de piedra,

con ambicion de hacerse memorable por aquel beneficio de su ciudad.

Uno de los edificios que hizo mayor novedad entre las obras de Motezuma, fué la casa que llamaban de la tristeza, donde solia retirarse cuando se morian sus parientes, y en otras ocasiones de calamidad ó mal suceso, que pidiese pública demonstracion. Era de horrible arquitectura, negras las paredes, los techos y los adornos; y tenia un género de claraboyas ó ventanas pequeñas, que daban penada la luz, ó permitian solamente la que bastaba para que se viese la obscuridad: formidable habitacion, donde se detenia todo lo que tardaba en despedir sus quebrantos, y donde se le aparecia con mas facilidad el demonio; fuese por lo que ama los horrores el príncipe de las tinieblas, ó por la congruencia que tienen entre sí el espíritu maligno, y el humor melancólico.

Fuera de la ciudad tenia grandes quintas y casas de recreacion, con muchas y copiosas fuentes, que daban agua para los baños y estanques para la pesca; en cuya vecindad habia diferentes bosques para diferentes géneros de caza: ejercicio que frecuentaba y entendia, mane-

jando con primor el arco y la flecha. Era la montería su principal divertimiento, y solia muchas veces salir con sus nobles á un parque muy espacioso y ameno, cuyo distrito estaba cercado por todas partes con un foso de agua, donde le traian y encerraban las reses de los montes vecinos, entre las cuales solian venir algunos tigres y leones. Habia gente señalada en Méjico y en otros lugares del contorno, que se adelantaba para estrechar y conducir las fieras al sitio destinado, siguiendo casi en estas batidas el estilo de nuestros monteros. Tenian aquellos indios Mejicanos grande osadía y agilidad en perseguir y sujetar los animales mas feroces; y Motezuma gustaba mucho de mirar el combate de sus cazadores, y lograr algunos tiros, que se aplaudian como aciertos de mayor importancia. Nunca se apeaba de sus andas, sino es cuando se ponia en algun lugar eminente, y siempre con bastante circunvalacion de chuzos y flechas que asegurasen su persona; no porque le faltase valor, ni dejase de aventajar á todos en la destreza, sino porque miraba como indignos de su magestad aquellos riesgos voluntarios: pareciéndole, y no sin conocimiento de

su dignidad, que solo eran decentes para el rey los peligros de la guerra.

CAPÍTULO XV.

Dáse noticia de la ostentacion y puntualidad con que se hacia servir Motezuma en su palacio, del gasto de su mesa, de sus audiencias, y otras particularidades de su economía y divertimientos.

Era correspondiente á la suntuosidad y soberbia de sus edificios el fausto de su casa, y los aparatos de que adornaba su persona, para mantener la reverencia y el temor de sus vasallos; á cuyo fin inventó nuevas ceremonias y superfluidades enmendando como defecto la humanidad con que se tratáron hasta él los reyes Mexicanos. Aumentó, como dijimos, en los principios de su reinado el número, la calidad, y el lucimiento de la familia real, componiéndola de gente noble, mas ó menos ilustre, segun los ministerios de su ocupacion: punto que resistiéron entonces sus consejeros, representándole que no convenia desconsolar al pueblo con excluirle totalmente de su servicio; pero él ejecutó lo que le aconsejaba su vanidad: y era una de sus máximas, que los príncipes debian fa-

vorecer desde lejos á la gente sin obligaciones, y considerar que no se hiciéron los beneficios de la confianza para los ánimos plebeyos.

Tenia dos géneros de guardias: una de gente militar, y tan numerosa, que ocupaba los patios, y repartia diferentes escuadras á las puertas principales; y otra de caballeros, cuya introduccion fué tambien de su tiempo; constaba de hasta docientos hombres de calidad conocida; y estos entraban todos los dias en palacio con el mismo fin de guardar á la persona real, y asistir á su cortejo. Estaba repartido por turnos con tiempo señalado este servicio de los nobles, y se iban mudando con tal disposicion, que comprehendia toda la nobleza, no solo de la ciudad, sino del reino; y venian á cumplir con esta obligacion, cuando les tocaba el turno, desde las ciudades mas remotas. Era su asistencia en las antecámaras, donde comian de lo que sobraba en la mesa del rey. Solia permitir que entrasen algunos en su cámara, mandándolos llamar, no tanto por favorecerlos, como para saber si asistian, y tenerlos á todos en cuidado. Jactábase de haber introducido este gé-

nero de guardia, y no sin alguna política mas que vulgar; porque solia decir á sus ministros, que le servia de tener en algun ejercicio la obediencia de los nobles, para enseñarlos á vivir dependientes; y de conocer los sugetos de su reino, para emplearlos segun su capacidad.

Casaban los reyes Mejicanos con hijas de otros reyes tributarios suyos, y Motezuma tenia dos mugeres de esta calidad con título de reinas, en cuartos separados, de igual pompa y ostentacion. El número de sus concubinas era exorbitante y escandaloso; pues hallamos escrito, que habitaban dentro de su palacio mas de tres mil mugeres entre amas y criadas, y que venian al examen de su antojo cuantas nacian con alguna hermosura en sus dominios; porque sus ministros y ejecutores las recogian á manera de tributo y vasallage, tratándose como importancia del reino la torpeza del rey.

Deshacíase de este género de mugeres con facilidad, poniéndolas en estado, para que ocupasen otras su lugar; y hallaban maridos entre la gente de mayor calidad; porque salian ricas, y á su parecer condecoradas: tan lejos estaba

ner estimacion de virtud la hones-
en una religion, donde no solo se
itian, pero se mandaban las vio-
ıs de la razon natural. Afectaba
ıo el recogimiento de su casa, y
mugeres ancianas que atendiesen
:oro de sus concubinas, sin permi-
menor desacierto en su proceder,
nto porque le disonasen las inde-
as, como porque le predominaban
elos: y este cuidado con que pro-
ıa mantener el recato de su familia,
iene por sí tanto de loable y puesto
zon, era en él segunda liviandad,
ıdonor poco generoso, que se for-
en la flaqueza de otra pasion.
s audiencias no eran fáciles ni fre-
:es; pero duraban mucho, y se ador-
esta funcion de grande aparato y
ınidad. Asistian á ella los próceres
enian entrada en su cuarto: seis ó
consejeros cerca de la silla, por si
iese alguna materia digna de con-
; y diferentes secretarios, que iban
ıdo, con aquellos símbolos que les
ın de letras, las resoluciones y de-
s, cada uno segun su negociacion.
ba descalzo el pretendiente, y ha-
es reverencias sin levantar los ojos

de la tierra, diciendo en la primera *señor*, en la segunda *mi señor*, y en la tercera *gran señor*. Hablaba en acto de mayor humillacion, y se volvia despues á retirar por los mismos pasos, repitiendo sus reverencias sin volver las espaldas, y cuidando mucho de los ojos; porque habia ciertos ministros que castigaban luego los menores descuidos; y Motezuma era observantísimo en estas ceremonias cuidado que no se debe culpar en los príncipes, por consistir en ellas una de las prerogativas que los diferencian de los otros hombres; y tener algo de substancia en el respeto de los súbditos estas delicadezas de la magestad. Escuchaba con atencion, y respondia con severidad, midiendo al parecer la voz con el semblante. Si alguno se turbaba en el razonamiento le procuraba cobrar, ó le señalaba uno de los ministros que le asistian, para que le hablase con menos embarazo; y solia despacharle mejor, hallando en aquel miedo respetivo, lisonja y discrecion. Preciábase mucho del agrado y humanidad con que sufria las impertinencias de los pretendientes, y la desproporcion de las pretensiones; y á la verdad procuraba

por aquel rato corregir los ímpetus de su condicion; pero no todas veces lo podia conseguir, porque cedia lo violento á lo natural, y la soberbia reprimida se parece poco á la benignidad.

Comia solo, y muchas veces en público: pero siempre con igual aparato. Cubríanse los aparadores ordinariamente con mas de docientos platos de varios manjares á la condicion de su paladar; y algunos de ellos tan bien sazonados, que no solo agradáron entonces á los españoles, pero se han procurado imitar en España: que no hay tierra tan bárbara, donde no se precie de ingenioso en sus desórdenes el apetito.

Antes de sentarse á comer registraba los platos, saliendo á reconocer las diferencias de regalos que contenian; y satisfecha la gula de los ojos, elegia los que mas le agradaban, y se repartian los demas entre los caballeros de su guardia: siendo esta profusion cotidiana una pequeña parte del gasto que se hacia de ordinario en sus cocinas; porque comian á su costa cuantos habitaban en palacio, y cuantos acudian á él por obligacion de su oficio. La mesa era grande, pero baja de pies, y el asiento un taburete

proporcionado. Los manteles de blanco y sutil algodon, y las servilletas de lo mismo, algo prolongadas. Atajábase la pieza por la mitad con una baranda ó biombo, que sin impedir la vista, señalaba término al concurso, y apartaba la familia. Quedaban dentro cerca de la mesa tres ó cuatro ministros ancianos de los mas favorecidos, y cerca de la baranda uno de los criados mayores, que alcanzaba los platos. Salian luego hasta veinte mugeres vistosamente ataviadas, que servian la vianda, y ministraban la copa con el mismo género de reverencias que usaban en sus templos. Los platos eran de barro muy fino, y solo servian una vez, como los manteles y servilletas, que se repartian luego entre los criados. Los vasos de oro sobre salvas de lo mismo, y algunas veces solia beber en cocos ó conchas naturales, costosamente guarnecidas. Tenian siempre á la mano diferentes géneros de bebidas, y él señalaba las que apetecia; unas con olor, otras de yerbas saludables, y algunas confecciones de menos honesta calidad. Usaba con moderacion de los vinos, ó mejor diríamos cervezas, que hacian aquellos indios, liquidando

os granos del maiz por infusion y cocimiento : bebida que turbaba la cabeza omo el vino mas robusto. Al acabar de omer tomaba ordinariamente un género e chocolate á su modo, en que iba la ubstancia del cacao, batida con el monillo, hasta llenar la jícara de mas espuma que licor; y despues el humo del ıbaco suavizado con liquidámbar : viio, que llamaban medicina, y en ellos ıvo algo de supersticion, por ser el umo de esta yerba uno de los ingreientes con que se dementaban y enfuecian los sacerdotes, siempre que neesitaban de perder el entendimiento ara entender al demonio.

Asistian ordinariamente á la comida res ó cuatro juglares de los que mas soresalian en el número de sus sabandijas; estos procuraban entretenerle, poiendo, como suelen, su felicidad en la isa de los otros, y vistiendo las mas eces en trage de gracia la falta de reseto. Solia decir Motezuma, que los perıitia cerca de su persona, porque le deian algunas verdades : poco las apeteceia quien las buscaba en ellos, ó tendria or verdades las lisonjas : sentencia que e pondera entre sus discreciones; pero

mas reparamos en que llegase á conocer hasta un príncipe bárbaro la culpa de admitirlos, pues buscaba colores con que honestarlo.

Despues del rato del sosiego solian entrar sus músicos á divertirle; y al son de flautas y caracoles, cuya desigualdad de sonidos concertaban con algun género de consonancia, le cantaban diferentes composiciones en varios metros, que tenian su número y cadencia, variando los tonos con alguna modulacion buscada en la voluntad de su oido. El ordinario asunto de sus canciones eran los acaecimientos de sus mayores, y los hechos memorables de sus reyes; y estas se cantaban en los templos, y enseñaban á los niños, para que no se olvidasen las hazañas de su nacion: haciendo el oficio de la historia con todos aquellos que no entendian las pinturas y geroglíficos de sus anales. Tenian tambien sus cantinelas alegres, de que usaban en sus bailes, con estribillos y repeticiones de música mas bulliciosa; y eran tan inclinados á este género de regocijos, y á otros espectáculos en que mostraban sus habilidades, que casi todas las tardes habia fiestas públicas en alguno de los barrios,

unas veces de la nobleza, y otras de la gente popular: y en aquella sazon fuéron mas frecuentes y de mayor solemnidad por el agasajo de los españoles; fomentándolas y asistiéndolas Motezuma contra el estilo de su austeridad; como quien deseaba con algun género de ambicion que se contasen los ejercicios de la ociosidad entre las grandezas de su corte.

La mas señalada entre sus fiestas era un género de danzas, que llamaban *mitotes:* componíanse de innumerable muchedumbre, unos vistosamente adornados, y otros en trages y figuras extraordinarias. Entraban en ellas los nobles, mezclándose con los plebeyos en honor de la festividad; y tenian ejemplar de haber entrado sus reyes. Hacian el son dos atabales de madera cóncava, desiguales en el tamaño y en el sonido; bajo y tiple, unidos y templados no sin alguna conformidad. Entraban de dos en dos, haciendo sus mudanzas, y despues formaban corro, hiriendo todos á un tiempo la tierra y el aire con los pies sin perder el compas. Cansado un corro, sucedia otro con diferentes saltos y movimientos, imitando los tripudios y co-

reas que celebró la antigüedad; y algunas veces se mezclaban todos en alegre inquietud, hasta que mediando los brindis, y venciendo la embriaguez, de que se hacia gala en estos dias, cesaba la fiesta ó se convertia en otra locura menos ordenada.

Juntábase otras veces el pueblo en las plazas ó en los átrios de sus templos á diferentes espectáculos y juegos. Habia desafíos de tirar al blanco, y hacer otras destrezas admirables con el arco y la flecha. Usaban de la carrera, y la lucha con sus apuestas particulares, y premios públicos para el vencedor. Tenian hombres agilísimos, que bailaban sin equilibrio en la maroma; y otros que hacian mudanzas y vueltas con segundo bailarin sobre los hombros. Jugaban tambien á la pelota igual número de competidores, con un género de goma que levantaba mucho los botes, ya la traian largo rato en el aire, hasta que ganaban la raya los que daban con ella en el término contrapuesto: victoria que se disputaba con tanta solemnidad, que venian los sacerdotes con el dios de la pelota (ridícula supersticion!), y colocándole á la vista, conjuraban el trinquete con ciertas cere-

monias, que á su parecer dejaban corregidos los azares del juego, igualando la fortuna de los jugadores.

Raros eran los dias en que no hubiese alguna fiesta que alegrase la ciudad, y Motezuma gustaba de que se frecuentasen los bailes y los regocijos, no porque fuesen de su genio, ni dejase de conocer los inconvenientes, que se perdonan ó se disimulan en estos bullicios de la plebe, sino porque hallaba conveniencia en traer divertidos aquellos ánimos inquietos, de cuya fidelidad vivia rezeloso: propria cavilacion de príncipe tirano, dejar al pueblo estos incitamentos de los vicios, para que no discurra en lo que padece; y mayor servidumbre de la tiranía, necesitar de indignas permisiones para introducir la servidumbre con especie de libertad.

CAPÍTULO XVI.

Dáse noticia de las grandes riquezas de M zuma, del estilo con que se administra hacienda y se cuidaba de la justicia, otras particularidades del gobierno pol y militar de los Mejicanos.

Era príncipe tan rico Motezuma, no solo podia sustentar los gastos y cias de su corte; pero mantenia cc nuamente dos ó tres ejércitos en c paña, para sujetar sus rebeldes ó cu sus fronteras; y sobraba caudal opul de que se formaban sus tesoros. D grande utilidad á la corona las m de oro y plata, las salinas y otros d chos de antigua introduccion; pe mayor capital de las rentas reale componia de las contribuciones d vasallos; cuya imposicion creció exorbitancia en tiempo de Motezu Todos los hombres llanos de a vasto y populoso dominio pagaba tres uno al rey de sus labranzas y g gerías: los oficiales debian el terc las manifacturas, los pobres condu sin estipiendo los géneros que se rem

á la corte, ó reconocian el vasallage con otro servicio personal.

Andaban por el reino diferentes audiencias, que con el auxilio de las justicias ordinarias iban cobrando, y remitiendo los tributos. Dependian estos ministros del tribunal de hacienda que residia en la corte; obligados á dar cuenta por menor de lo que producian sus distritos; y se castigaban con pena de la vida sus fraudes ó sus descuidos; de que resultaba mayor violencia en las cobranzas, porque se miraban como igual delito en el ejecutor la piedad y el latrocinio.

Eran grandes los clamores de los pueblos, y no los ignoraba Motezuma; pero solia poner entre los primores de su gobierno la opresion de sus vasallos: diciendo muchas veces que conocia su mala inclinacion; y que necesitaban de aquella carga para su misma quietud: porque no los pudiera sujetar, si los dejara enriquecer: grande hombre de buscar pretextos y colores que hiciesen el oficio de la razon. Los lugares vecinos á la ciudad daban gente para las obras reales, proveian de leña el palacio, y pagaban otras pensiones á costa de sus comunidades.

Los nobles contribuian con asistir á las guardias, acudian con sus vasallos á los ejércitos, y hacian continuos presentes al rey, que se recibian como dádivas sin perder el nombre de obligacion. Habia diferentes depositarios y tesoreros, donde paraban los géneros que procedian de las contribuciones, y el tribunal de hacienda libraba en ellos todo lo necesario para el gasto de las casas reales y provisiones de la guerra; y cuidaba de que se fuese beneficiando lo que sobraba, para guardarlo en el tesoro principal, reducido á géneros durables, y particularmente á piezas de oro, cuyo valor conocian y estimaban, sin que la copia llegase á envilecerle; antes le apetecian y guardaban los poderosos, ó bien fuese por la nobleza y hermosura del metal, ó porque nació destinado á la codicia mas que á la necesidad de los hombres.

Tenian los Mejicanos dispuesto y organizado su gobierno con notable concierto y armonía. Demas del consejo de hacienda, que corria, como hemos dicho, con las dependencias del patrimonio real, habia consejo de justicia donde venian las apelaciones de los tribunales inferiores: consejo de guerra, donde se

cuidaba de la informacion y asistencia de los ejércitos; y consejo de estado, que se hacia las mas veces en presencia del rey, donde se trataban los negocios de mayor peso. Habia tambien jueces del comercio y del abasto, y otro género de ministros como alcaldes de corte que rondaban la ciudad y perseguian los delincuentes. Traian sus varas ellos y sus alguaciles, para ser conocidos por la insignia del oficio, y tenian su tribunal, donde se juntaban á oir las partes, y determinar los pleitos en primera instancia. Los juicios eran sumarios y verbales: el actor y el reo comparecian con su razon y sus testigos, y el pleito se acababa de una vez, durando poco mas si era materia de recurso á tribunal superior. No tenian leyes escritas; pero se gobernaban por el estilo de sus mayores, supliendo la costumbre por la ley, siempre que la voluntad del príncipe no alteraba la costumbre. Todos estos consejos se componian de personas experimentadas en los cargos de la paz y de la guerra; y el de estado, superior á todos los demas se formaba de los electores del imperio, á cuya dignidad ascendian los príncipes ancianos de la sangre real, y cuando se

ofrecia materia de mucha consideracion, eran llamados al consejo los reyes de Tezcuco y Tacuba, principales electores á quien tocaba por sucesion esta prerogativa. Los cuatro primeros vivian en palacio, y andaban siempre cerca del rey, para darle su parecer en lo que se ofrecia, y autorizar con el pueblo sus resoluciones.

Cuidaban del premio y del castigo con igual atencion. Eran delitos capitales el homicidio, el hurto, el adulterio, y cualquier leve desacato contra el rey ó contra la religion. Las demas culpas se perdonaban con facilidad, porque la misma religion desarmaba la justicia, permitiendo las iniquidades. Castigábase tambien co pena de la vida la falta de integridad e los ministros; sin que se diese culpa v nial en los que servian oficios públicos: Motezuma puso en mayor observan esta costumbre, haciendo exquisitas ligencias para saber como procedi hasta examinar su desinteres con algu regalos ofrecidos por mano de sus co dentes; y el que faltaba en algo obligacion, moria por ello irremis mente: severidad que merecia prír menos bárbaro, y república mejor

.umbrada; pero no se puede negar á los Mejicanos que tuviéron algunas virtudes morales, y particularmente la de procurar que se administrase con rectitud aquel género de justicia que llegáron á conocer, bastante á deshacer los agravios, y á mantener la sociedad entre los suyos; porque no dejaban de conservar entre sus abusos y bestialidades algunas luces de aquella primitiva equidad, que dió á los hombres la naturaleza cuando faltaban las leyes, porque se ignoraban los delitos.

Una de las atenciones mas notables de su gobierno era el cuidado con que se trataba la educacion de los muchachos, y el desvelo con que iban formando y reconociendo sus inclinaciones. Tenian escuelas públicas para la enseñanza de la gente popular, y otros colegios ó seminarios de mayor providencia y aparato, donde se criaban los hijos de los nobles, perseverando en ellos desde la tierna edad hasta que salian capaces de hacer su fortuna, ó seguir su inclinacion. Habia maestros de niñez, adolescencia y juventud, que tenian autoridad y estimacion de ministros, y no sin fundamento, pues cuidaban de aquellos rudimentos y ejer-

cicios, que aprovechaban despues
república. Allí los enseñaban á desci
los caracteres y figuras de que se c
ponian sus escritos; y los hacian to
de memoria las canciones historiales
que se contenian los hechos de sus m
res, y las alabanzas de sus dioses. P
ban despues á otra clase, donde se ap
dia la modestia y la cortesía, y di
que hasta la compostura en el an
Eran de mayor suposicion estos segu
preceptores, porque tenian á su c
las costumbres de aquella edad, en
se dejan corregir los defectos y queb
tar las pasiones.

Despiertos ya, y crecidos en este
nero de sujecion y enseñanza, pasab
la tercera clase, donde se habilitaba
ejercicios mas robustos, probaban
fuerzas en el peso y la lucha, compe
unos con otros en el salto y la carr
y se enseñaban á manejar las armas
grimir el montante, despedir el da
y dar impulso y certidumbre á la fl
hacíanlos sufrir la hambre y la sed
nian sus ratos de resistir á las incle
cias del tiempo, hasta que volvia
biles y endurecidos á la casa de s
dres, para ser aplicados, segun la

ue daban los maestros de su inclinacion, l gobierno político, al ejercicio militar, al sacerdocio : tres caminos en que odia elegir la gente noble, poco difeentes en la estimacion, aunque precedia l de la guerra, por ser mayores sus scensos.

Habia tambien otros colegios de maronas dedicadas al culto de los templos, onde se criaban las doncellas de calidad, uardando clausura, y entregadas á sus naestras desde la niñez hasta que salian tomar estado con aprobacion de sus pares y licencia del rey; diestras ya en quellas habilidades y labores que daban pinion á las mugeres.

Los hijos de la gente noble, que al alir de los seminarios se inclinaban á la uerra, pasaban por otro examen digno le consideracion, porque sus padres los nviaban á los ejércitos, para que viesen o que se padecia en la campaña, ó supiesen lo que intentaban antes de alisarse por soldados; y solian enviarlos ntre los tamenes vulgares, con su carga le bastimentos al hombro, para que perliesen la vanidad, y fuesen enseñados al trabajo.

No se admitian á la profesion los que

mudaban el semblante al horror de las batallas, ó no daban alguna experiencia de su valor, de que resultaba el ser de mucho servicio estos bisoños en el tiempo de su aprobacion, porque todos procuraban señalarse con algun hecho particular, arrojándose á los mayores peligros, y conociendo al parecer que para entrar en el número de los valientes era necesario dar algo de temeridad á los principios de la fama.

En nada pusiéron tanto su felicidad los Mejicanos como en las cosas de la guerra: profesion que miraban los reyes como principal instituto de su poder, y los súbditos como propria de su nacion. Subian por ella los plebeyos á nobles, y los nobles á las mayores ocupaciones de la monarquía, con que se animaban todos á servir, ó por lo menos aspiraban á la virtud militar cuantos nacian con ambicion, ó tenian espíritu para salir de su esfera. No habia lugar sin milicia determinada, con preeminencias que diferenciaban al soldado entre los demas vecinos. Formábanse los ejércitos con facilidad, porque los príncipes del reino y los caciques de las provincias tenian obligacion de acudir á la plaza de armas

que se les señalaba, con el número de gente que se les repartia; y se pondera entre las grandezas de aquel imperio, que llegó á tener Motezuma, treinta vasallos tan poderosos, que podia cada uno poner en campaña cien mil hombres armados. Gobernaban estos la gente de su cargo en la ocasion, dependientes del capitan general, á quien obedecian, reconociendo en él la representacion de su rey cuando faltaba su persona del ejército, que sucedia pocas veces; porque aquellos príncipes tenian á desaire de su autoridad el apartarse de sus armas, hallando alguna monstruosidad política en aquella disonancia, que hacen fuerzas proprias en ageno brazo.

Su modo de pelear era el mismo que dejamos referido en la batalla de Tabasco, mejor disciplinados los ejércitos, menos confusa la obediencia de los soldados, mas nobleza, y mayores esperanzas. Deshacíanse brevemente de las armas arrojadizas para llegar á las espadas, y muchas veces á los brazos, por ser entre aquella gente mayor hazaña el cautiverio que la muerte del enemigo, y mas valeroso el que daba mas prisioneros para los sacrificios. Tenian estimacion y conveniencia

los cargos militares, y Motezuma premiaba con liberalidad á los que sobresalian en las batallas : tan inclinado á la milicia, y tan atento á la reputacion de sus armas, que inventó premios honoríficos para los nobles que servian en la guerra; instituyendo cierto género de órdenes militares, con sus hábitos ó insignias, que daban honra y distincion. Habia unos caballeros que llamaban de las águilas, otros de los tigres, y otros de los leones; que llevaban pendiente ó pintada en los mantos la empresa de su religion. Fundó tambien otra caballería superior, á que solo eran admitidos los príncipes ó nobles de alcuña real; y para darla mayor estimacion tomó el hábito, y se hizo alistar en ella. Traian estos atada parte del cabello con una cinta roja, y entre las plumas de que adornaban la cabeza, unas borlas del mismo color, que pendian sobre las espaldas, mas ó menos, segun las hazañas del caballero, las cuales se contaban por el número de las borlas, y se aumentaban con nueva solemnidad como iban creciendo los hechos memorables de la guerra; con que habia dentro de la misma dignidad algo mas que merecer.

Debemos alabar en los Mejicanos la generosidad con que anhelaban á semejantes pundonores; y en Motezuma el haber inventado en su república estos premios honoríficos, que siendo la moneda mas fácil de batir, tienen el primer lugar en los tesoros del rey.

CAPÍTULO XVII.

Dáse noticia del estilo con que se median y computaban en aquella tierra los meses y los años: de sus festividades, matrimonios, y otros ritos y costumbres dignas de consideracion.

Tenian los Mejicanos dispuesto y regulado su calendario con notable observacion. Gobernábanse por el movimiento del sol, y midiendo sus alturas y declinaciones para entenderse con el tiempo, daban al año trescientos y sesenta y cinco dias, como nosotros; pero le dividian en diez y ocho meses, señalando á cada mes veinte dias, de cuyo número se componian los trescientos y sesenta, y los cinco restantes eran como dias intercalares, que se añadian al fin del año, para igualar el curso del sol. Mientras duraban estos cinco dias, que á su parecer dejá-

ron advertidamente sus mayores como vacíos y fuera de cuenta, se daban á la ociosidad, y trataban solo de perder como podian aquellas sobras del tiempo. Dejaban el trabajo los oficiales, cerrábanse las tiendas, cesaba el despacho de los tribunales, y hasta los sacrificios en los templos. Visitábanse unos á otros, y procuraban todos divertirse con varios entretenimientos, dando á entender que se prevenian con el descanso, para entrar en los afanes y tareas del año siguiente, cuyo ingreso ponian en el principio de la primavera, discrepando del año solar, segun el cómputo de los astrólogos, en solos tres dias que venian á tomar de nuestro mes de febrero.

Tenian tambien sus semanas de á trece dias con nombres diferentes, que se notaban por imágenes en el calendario; y sus siglos, que constaban de cuatro semanas de años; cuyo método y dibujo era de notable artificio, y se guardaban cuidadosamente para memoria de los sucesos. Formaban un círculo grande, y le dividian en cincuenta y dos grados, dando un año á cada grado. En el centro pintaban una efigie del sol, y de sus rayos salian cuatro fajas de co-

ɪres diferentes: que partian igualmente
ı circunferencia, dejando trece grados
cada semidiámetro, cuyas divisiones
ran como signos de su zodíaco, donde
ɪnia el siglo sus revoluciones, y el sol
ıs aspectos prósperos ó adversos;
'gun el color de la faja. Por defuera
ıan notando en otro círculo mayor,
ɔn sus figuras y caracteres, los acae-
mientos del siglo, y cuantas noveda-
:s se ofrecian dignas de memoria; y
:tos mapas seculares eran como ins-
umentos públicos, que servian á la
ɪmprobacion de sus historias. Puédese
ɪntar entre las providencias de aquel
ɪbierno, el tener historiadores que
andasen á la posteridad los hechos de
ı nacion.

Habia su mezcla de supersticion en
:te cómputo de los siglos, porque tenian
ɪrehendido que peligraba la dura-
on del mundo, siempre que terminaba
sol aquella carrera de las cuatro se
ıanas mayores; y cuando llegaba el
ltimo dia de los cincuenta y dos años,
: prevenian todos para la última cala-
ıidad. Despedíanse de la luz con lá-
rimas, disponíanse para morir sin en-
ermedad: rompian las vasijas de su

menage, como trastos inútiles : apag
ban los fuegos, y andaban toda la nocl
como frenéticos, sin atreverse á desca
sar hasta saber si estaban de asiento
la region de las tinieblas. Pero al pı
mer crepúsculo de la mañana empez
ban á respirar con la vista en el orient
y en saliendo el sol, le saludaban c
todos sus instrumentos, cantándole
ferentes himnos y canciones de alegı
desconcertada : congratulábanse d
pues unos con otros, de que ya teni
segura la duracion del mundo por o
siglo; y acudian luego á los templo
congratularse con sus dioses, y á re
bir la nueva lumbre de los sacerdot
que se encendia delante de los alta
c n vehemente agitacion de leños co
bustibles. Preveníanse despues de t
lo necesario para empezar á vivir
este dia se celebraba con públicos re
cijos, llenándose la ciudad de bail
y otros ejercicios de agilidad, dedi
dos á la renovacion del tiempo, no
otra suerte que celebró Roma sus jue
seculares.

La coronacion de sus reyes tenia
traordinarios requisitos. Hecha la el
cion, como se ha dicho, quedaba

uevo rey obligado á salir en campaña on las armas del imperio, y conseguir lguna victoria de sus enemigos, ó sujear alguna provincia de las confinantes) rebeldes, antes de coronarse ni ascenler al trono real: costumbre digna de ›bservacion, por cuyo medio creció anto en pocos años aquella monarquía. Luego que se hallaba capaz del dominio on la recomendacion de victorioso, rolvia triunfante á la ciudad, y se hacia úblico recibimiento de grande ostenacion. Acompañábanle todos los nobles, ministros y sacerdotes hasta el templo lel dios de la guerra, donde se apeaba de sus andas, y hechos los sacrificios de aquella funcion, le ponian los príncipes electores la vestidura y manto real, le armaban la m no diestra con un estoque de oro y pedernal, insignia de la justicia; la siniestra con el arco y flechas, que significaban la potestad ó el arbitrio de la guerr : y el rey de Tezcuco le ponia la corona: prerogativa de primer elector.

Oraba despues largo rato uno de los magistrados mas elocuentes, dándole por todo el imperio la enhor buena de aquella dignidad y algunos documentos, en

que le representaba los cuidados y desvelos que traia consigo la corona : lo que debia mirar por el bien público de sus reinos; y le ponia delante la imitacion de sus antecesores. Acabada esta oracion; se acercaba con gran reverencia el mayor de los sacerdotes, y en sus manos hacia un juramento de reparables circunstancias. Juraba primero que mantendria la religion de sus mayores, que observaria las leyes y fueros del imperio, que trataria con benignidad á sus vasallos, y que mientras él reinase andarian concertadas las lluvias; que no habria inundaciones en los rios, esterilidad en los campos, ni malignas influencias en el sol : notable pacto entre rey y vasallos, de que se rie justo Lipsio; y pudiéramos decir que le querian obligar con este juramento á que reinase con tal moderacion, que no mereciese por su parte las iras del cielo; no sin algun conocimiento de que suelen caer sobre los súbditos estos castigos y calamidades públicas, por los pecados y exorbitancias de los Reyes.

En los demas ritos y costumbres de aquella nacion, tocarémos solamente lo que fuere digno de historia; dejando

supersticiones, indecencias y obsce-
ades, que manchan la narracion,
mas que se digan sin ofensa de la
dad. Siendo tanta, como se ha refe-
o, la muchedumbre de sus dioses,
an obscura la ceguedad de su idola-
ı, no dejaban de conocer una dei-
l superior, á quien atribuian la crea-
n del cielo y de la tierra; y este
ncipio de las cosas era entre los Me-
anos un dios sin nombre; porque
tenian en su lengua voz con que
nificarle: solo daban á entender que
conocian mirando al cielo con vene-
cion, y dándole á su modo el atributo
inefable, con aquel género de reli-
osa incertidumbre que veneráron los
enienses al Dios no conocido. Pero
a noticia de la primera causa, que
parecer habia de facilitar su desen-
ño, sirvió poco en aquella ocasion,
rque no se hallaba camino de reducir-
s á que pudiese gobernar todo el mun-
, sin necesitar de otras manos aquella
isma deidad, que segun su inteligen-
a tuvo poder para criarle; y estaban
rsuadidos á que no hubo dioses de
otra parte del cielo, hasta que multi-
licándose los hombres empezáron sus

calamidades; considerando los dioses como unos genios favorables, que se producian cuando era necesaria su operacion; sin hacerles disonancia, que adquiriesen el ser y la divinidad en las miserias de la naturaleza.

Creian la inmortalidad del alma, y daban premio y castigo en la eternidad: mal entendido el mérito y la culpa, y obscurecida esta verdad con otros errores, sobre cuyo presupuesto enterraban con los difuntos cantidad de oro y plata para los gastos del viage que consideraban largo y trabajoso. Mataban algunos de sus criados para que los acompañasen; y era fineza ordinaria en las mugeres proprias celebrar con su muerte las exequias del marido. Los príncipes necesitaban de gran sepultura, porque se llevaban tras sí la mayor parte de sus riquezas y familia; uno y otro correspondiente á su grandeza; llenos los oficios de la casa, y algunos lisongeros que padecian el engaño de su misma profesion. Los cuerpos se llevaban á los templos con solemnidad y acompañamiento, donde los salian á recibir aquellos que llamaban sacerdotes, con sus braserillos de copal; cantando al son de

flautas roncas y destempladas diferentes himnos y versos fúnebres en tono melancólico. Levantaban repetidas veces en alto el ataud mientras duraba el sacrificio voluntario de aquellos miserables que introducian en el alma la servidumbre; funcion de notable variedad, compuesta de abusiones ridículas; y atrocidades lastimosas.

Sus matrimonios tenian su forma de contrato, y sus ceremonias de religion. Hechos los tratados, comparecian ambos contrayentes en el templo, y uno de los sacerdotes examinaba su voluntad con preguntas rituales, y despues tomaba con una mano el velo de la muger, y con otra el manto del marido, y los añudaba por los extremos: significando el vínculo interior de las dos voluntades. Con este género de yugo nupcial volvian á su casa en compañía del mismo sacerdote, donde (imitando la supersticion de los dioses Lares) entrabaná visitar el fuego doméstico, que á su parecer mediaba en la paz de los casados, y daban siete vueltas á él siguiendo al sacerdote: con cuya diligencia, y la de sentarse despues á recibir el calor de conformidad, quedaba per-

fecto el matrimonio. Hacíase memoria con instrumento público de los bienes dotales que llevaba la muger; y el marido quedaba obligado á restituirlos en caso de apartarse: lo cual sucedia muchas veces, y se tenia por bastante causa para el divorcio, que se conformasen los dos: pleito en que no entraban las leyes, porque se juzgaban los que se conocian. Quedábase con las hijas la muger, llevándose los hijos el marido; y una vez disuelto el matrimonio, tenian pena de la vida irremisible si se volvian á juntar; siendo en su natural inconstancia la única dificultad de los repudios el peligro de la reincidencia. Zelaban como punto de honra la honestidad y el recato de las mugeres propias; y entre aquella desordenada licencia; con que se daban al vicio de la sensualidad, se aborrecia y castigaba con rigor el adulterio no tanto por su deformidad, como por sus inconvenientes.

Llevábanse á los templos con solemnidad los niños recien nacidos, y los sacerdotes los recibian con ciertas amonestaciones, en que les notificaban los trabajos á que nacian. Aplicábanles, si eran nobles, á la mano derecha una

espada, y al brazo izquierdo un escudo, que tenian para este ministerio. Si eran plebeyos hacian la misma diligencia con algunos instrumentos de los oficios mecánicos; y las hembras de una y otra calidad empuñaban la rueca y el uso: manifestando á cada uno el género de fatiga con que le aguardaba su destino. Hecha esta primera ceremonia los llevaban cerca del altar y con espinas de maguey, ó con lancetas de pedernal les sacaban alguna sangre de las partes de la generacion; y despues les echaban agua; ó los bañaban con otras imprecaciones, en que parece quiso el demonio, inventor de aquellos ritos, imitar el bautismo y la circuncision, con la misma soberbia que intentó contrahacer otras ceremonias, y hasta los mismos sacramentos de la religion católica; pues introdujo entre aquellos bárbaros la confesion de los pecados, dándoles á entender, que se ponian con ella en gracia de sus dioses; y un género de comunion ridícula, que ministraban los sacerdotes ciertos dias del año, repartiendo en pequeños bocados un ídolo de harina, masada con miel, que llamaban dios de la penitencia. Ordenó

tambien sus jubileos, instituyó las pro cesiones, los incensarios y otros remedos del verdadero culto: hasta disponer que se llamasen papas en aquella lengua los sumos sacerdotes, en que se conoce que le costaba particular estudio esta imitacion; fuese por abusar de las ceremonias sacrosantas, mezclándolas con sus abominaciones, ó porque no sabe arrepentirse de aspirar con este género de afectaciones á la semejanza del Altísimo.

Los demas ritos y ceremonias de aquella miserable gentilidad eran horribles á la razon y á la naturaleza: bestialidades, absurdos y locuras que parecieran incompatibles con las dema atenciones que se han notado en su gc bierno, si no estuvieran llenas las hist rias de semejantes engaños de la huma capacidad en otras naciones, que vivi mas dentro del mundo, igualmente c gas en menor obscuridad. Los sacr cios de sangre humana empezáron con la idolatría; y siglos antes los in dujo el demonio entre aquellas ger de quien vino hasta los Israelitas e crificar sus hijos á las escultura Canam. El horror de comerse los

s á los hombres se vió primero en
os bárbaros de nuestro emisferio,
no lo confiesa entre sus antigüedades
'alacia, y en sus antropófagos la Sci-
Los leños adorados como dioses:
supersticiones, los agüeros, los fu-
es de los sacerdotes, la comunicacion
el demonio en sus oráculos, y otros
urdos de igual abominacion, se ha-
admitidos y venerados por otros
tiles que supiéron discurrir y obrar
acierto en lo moral y político. Gre-
y Roma desatináron en la religion,
n lo demas diéron leyes al mundo y
mplos á la posteridad: de que se
noce la corta jurisdiccion del enten-
niento-humano, que vela poco sobre
noticias que recibe de los sentidos y
las experiencias, cuando falta en él
nella luz participada con que se des-
bre la esencia de la verdad. Era la
igion de los Mejicanos un compuesto
ominable de todos los errores y atro-
ades que recibió en diferentes partes
gentilidad: dejamos de referir por
nor las circunstancias de sus festi-
lades y sacrificios, sus ceremonias,
chicerías, y supersticiones porque
hallan á cada paso, y con prolija

repeticion en las historias de las indias; y porque, á nuestro parecer, sobre ser materia en que se puede confesar el rezelo de la pluma, es leccion poco necesaria, en que falta la dulzura, y está lejos la utilidad.

CAPÍTULO XVIII.

Continua Motezuma sus agasajos y dádivas á los españoles: llegan cartas de la Vera-Cruz con noticia de la batalla en que murió juan de Escalante; y con este motivo se resuelve la prision de Motezuma.

Observaban los españoles todas esta novedades, no sin grande admiracion aunque procuraban reprimirla y disimularla: costándoles cuidado el apartarl del semblante por mantener la superioridad que afectaban entre aquellos indios. Los primeros dias se ocupáron en varios entretenimientos. Hiciéron lo Mejicanos vistosa ostentacion de toda sus habilidades; con deseo de festeja á los forasteros, y no sin ambicion d parecer diestros en el manejo de su armas, y ágiles en los demas ejercicios Motezuma fomentaba los espectáculos y regocijos, despuesta la magestad contr

o de su elevacion. Llevaba siem-
ɪnsigo á Cortes, asistido de sus
ɪes : tratábale con un género de
ıidad respectiva, que parecia
:uèsa en su natural, y daba nueva
cion á los españoles entre los que
ocian. Frecuentábanse las visitas
eces Cortes en el palacio, y otras
ıma en el alojamiento. No aca-
de admirar las cosas de España
erándola como parte del cielo;
a tan alto concepto de su rey,
pensaba tanto de sus dioses. Pro-
ı siempre ganar las voluntades,
iendo alhajas y joyas entre los ca-
s y soldados, no sin discrecion y
imiento de los sujetos : porque
mayor agasajo á los de mayor
cion, y sabia proporcionar la dá-
:on la importancia del agradeci-
ɔ. Los nobles, á imitacion de su
pe, deseaban obligar á todos con
ɪero de obsequio, que tocaba en
ıncia. El pueblo doblaba las rodi-
menor de los soldados. Gozábase
sosiego divertido, mucho que ver,
ı que rezelar. Pero tardó poco en
á su ejercicio el cuidado, porque
ɔn á este tiempo dos soldados Tlas-

caltecas, que viniéron á la ciudad por caminos desusados, desmentida su nacion con el trage de los Mejicanos; y buscando recatadamente á Cortes, le diéron una carta de la Vera-Cruz, que mudó el semblante de las cosas, y obligó á discursos menos sosegados.

Juan de Escalante, que como dijimos quedó con el gobierno de aquella nueva poblacion, trataba de continuar sus fortificaciones; conservando los amigos que le dejó Cortes; y duró en esta quietud sin accidente de cuidado, hasta que recibió noticia de que andaba por aquellos parages un capitan general de Motezum con ejército considerable, castigando a gunos lugares de su confederacion porque habian retirado los tributos c el abrigo de los españoles. Llamába Cualpopoca, y gobernaba la gente guerra que residia en las fronteras Zempoala; y habiendo convocado milicias de su cargo, hacia grandes torsiones y violencias en aquellos p blos, acompañando el rigor de los cutores con la licencia de los solda gente una y otra de insaciable cod que tratan el robo como negoci rey.

Viniéronse á quejar los Totonaques de serranía, cuyas poblaciones andaba estruyendo entonces aquel ejército. :diéron á juan de Escalante que los nparase tomando las armas en defensa e sus aliados, y ofreciéron asistir á la ccion con todo el resto de su gente. rocuró consolarlos, tomando por suyo agravio que padecian; y antes de llear á los términos de la fuerza, resolvió iviar sus mensageros al capitan general diéndole amigablemente *que suspenese aquellas hostilidades hasta recibir ıeva órden de su rey; pues no era poble que se la hubiese dado para semente novedad, cuando habia permitido ıe pasasen á su corte los embajadores ·l monarca oriental, á introducir plátis de paz y confederacion entre las dos ronas.* Ejecutáron este mensage dos empoales de los mas ladinos, que resian en la Vera-Cruz; y la respuesta fué revida y descortes: *que él sabia enınder y ejecutar las órdenes de su rey: si alguno intentase poner embarazado ı el castigo de aquellos rebeldes sabria ımbien defender en la campaña su reolucion.*

No pudo Juan de Escalante disimular su enojo, ni debió negarse á este desafío, hallándose á la vista de aquellos indios, interesados en el suceso de los Totonaques, iguales en el riesgo, y asegurados en la misma proteccion; y habiéndose informado de que no pasaria de cuatro mil hombres el grueso del enemigo, juntó brevemente un ejército de hasta dos mil indios, la mayor parte de la Serranía, que fugitivos ó irritados viniéron á ponerse á su sombra, con los cuales bien armados á su modo, y con cuarenta españoles, dos arcabuces, tres ballestas y dos tiros de artillería, que pudo sacar de la plaza, dejándola con bien moderada guarnicion, caminó la vuelta de aquellas poblaciones que le llamaban á su defensa. Tuvo Cualpopoca noticia de su marcha, y salió á recibirle con toda su gente puesta en órden cerca de un lugar pequeño, que se llamó despues Almería. Diéronse vista los dos ejércitos poco despues de amanecer, y se acometiéron ambos con igual resolucion; pero á breve rato cediéron los Mejicanos, y empezáron á retirarse puestos en desórden. Sucedió al mismo tiempo que los Totonaques de nuestra faccion, ó por no

ser soldados, ó por la costumbre que tenian de temer á los Mejicanos, se cayéron de ánimo, y se fuéron quedando atras hasta que últimamente se pusiéron en fuga, sin que la fuerza ni el ejemplo bastase á detenerlos: raro accidente, que se debe notar entre las monstruosidades de la guerra, huir los vencedores de los vencidos. Iba el enemigo tan atemorizado, y tan cuidadoso de la propia salud, que no reparó en la diminucion de nuestra gente, y solo trató de retirarse desordenadamente á la poblacion vecina, donde se acercó Juan de Escalante con poco mas que sus cuarenta españoles, y mandando poner fuego al lugar por diferentes partes, acometió al mismo tiempo que tomó cuerpo la llama, con tanta resolucion, que sin dejarles lugar para que pudiesen discurrir en su flaqueza, los rompió y desalojó enteramente, obligándolos á que volviesen las espaldas, y se derramasen á los bosques. Dijéron despues aquellos indios haber visto en el aire una señora, como la que adoraban los forasteros por madre de su Dios, que los deslumbraba y entorpecia para que no pudiesen pelear. No se manifestó á los españoles este milagro; pero el su-

ceso le hizo creible : y ya estaban todos enseñados á partir con el cielo sus hazañas.

Fué muy señalada esta victoria, pero igualmente costosa; porque juan de Escalante quedó herido mortalmente con otros siete soldados, de los cuales se lleváron los indios á juan de Argüello, natural de Leon, hombre muy corpulento y de grandes fuerzas, que cayó peleando valerosamente, á tiempo que no pudo ser socorrido, y los demas muriéron de las heridas en la Vera-Cruz dentro de tres dias.

De cuya pérdida, con todas sus circunstancias, daba cuenta el ayuntamiento en aquella carta, para que se nombrase sucesor á juan de Escalante, y se tuviese noticia del estado en que se hallaban. Leyóla Cortes con el desconsuelo que pedia semejante novedad. Comunicó el caso á sus capitanes, y sin ponderar entonces sus consecuencias, ni manifestarles todo su cuidado, les pidió que discurriesen la materia, y se la dejasen discurrir, encomendando á Dios la resolucion que se hubiese de tomar, lo cual encargó muy particularmente al padre fray bartolomé de Ol-

medo, y á todos el secreto, porque no corriese la voz entre los soldados, y en negocio de tanta importancia se diese lugar á dictámenes vulgares.

Retiróse despues á su aposento, y dejó correr la consideracion por todos los inconvenientes que podian resultar de aquella desgracia. Entraba y salia con dudosa eleccion en los caminos que le ofrecia su discurso; cuya viveza misma le fatigaba, dándole á un tiempo los remedios y las dificultades. Dicen que se anduvo paseando gran parte de la noche, y que descubrió entonces una pieza recien tabicada, en que tenia Motezuma las riquezas de su padre, y aquí las refieren por menor; y que habiéndolas reconocido, mandó cerrar el tabique, sin permitir que se tocase á ellas. No nos detengamos en esta digresion de su cuidado, que no debió de ser larga; pues hizo lugar á otras diligencias, para tomar punto fijo en la resolucion que andaba madurando.

Mandó llamar reservadamente á los indios mas capaces y confidentes de su ejército: preguntóles *si habian reconocido alguna novedad en los ánimos de los Mejicanos, y como corria entre*

aquella gente la estimacion de los españoles. Respondiéron *que lo comun del pueblo estaba divertido con sus fiestas, y los veneraba por verlos aplaudidos de su rey; pero que los nobles andaban ya pensativos y misteriosos, que se hablaban en secreto, y se dejaba conocer el recato en sus corrillos.* Tenian observadas algunas medias palabras de sospechosa interpretacion, y una de ellas fué *que seria fácil romper los puentes*, con otras de este género, que juntas decian lo bastante para el rezelo. Dos ó tres de aquellos indios habian oido decir, que pocos dias antes trajéron de presente á Motezuma la cabeza de un español, y que la mandó esconder y retirar despues de haberla mirado con asombro, por ser muy fiera y desmesurada: señas que convenian con la de juan de Argüello; y novedad que pusoá Cortes en mayor cuidado, por el indicio de que hubiese cooperado Motezuma en la faccion de su general.

Con estas noticias, y lo que llevaba discurrido en ellas, se encerró al amanecer con sus capitanes, y con algunos de los soldados principales, que solian concurrir á las juntas por su calidad ó enten-

ento. Propúsoles el caso con todas
ircunstancias: refirió lo que le habian
rtido aquella noche los indios confi-
es: ponderó sin desaliento las contin-
ias de que se hallaban amenazados:
con espíritu las dificultades que po-
ı ocurrir; y sin manifestar la incli-
ɔn de su dictámen, calló para que
asen los demas. Hubo diversos pare-
s: unos querian que se pidiese pasa-
e á Motezuma, y se acudiese luego
esgo de la Vera-Cruz: otros dificul-
n la retirada, y se inclinaban á salir
tamente, sin dejarse olvidadas las
ezas que habian adquirido: los mas
ɔn de sentir que convenia perse-
r, sin darse por entendidos del su-
de la Vera-Cruz hasta sacar algu-
partidos para retirarse. Pero Her-
Cortes, recogiendo lo que venia
ırrido, y alabando el zelo con
deseaban todos el acierto, dijo:
*ıo se conformaba con el medio pro-
to de pedir pasaporte á Motezuma,
ue habiéndose abierto el camino
las armas para entrar en su corte,
sar de su repugnancia, caerian mu-
del concepto en que los tenia, si
ıse á entender que necesitaban de*

su favor para retirarse: que si estaba de mal ánimo, podria concederles el pasaporte para deshacerlos en la retirada: y si le negase, quedaban obligados á salir contra su voluntad, entrando en el peligro, descubierta la flaqueza. Que le agradaba menos la resolucion de salir ocultamente, porque seria ponerse de una vez en términos de fugitivos, y Motezuma podria con gran facilidad cortarles el paso, adelantando por sus correos la noticia de su marcha. Que á su parecer no era conveniente por entonces la retirada, porque de cualquiera suerte que la intentasen, volverian sin reputacion; y perdiendo los amigos y confederados que se mantenian con ella, se hallarian despues sin un palmo de tierra donde poner los pies con seguridad. Por cuyas consideraciones, dijo, *soy de sentir, que se apartan menos de la razon los que se inclinan á que perseveremos sin hacer novedad hasta salir con honra, y ver lo que dan de sí nuestras esperanzas. Ambas resoluciones son igualmente aventuradas; pero no igualmente pundonorosas; y seria infelicidad indigna de españoles morir por eleccion en el*

peligro mas desairado. Yo no pongo duda en que nos debemos mantener : el modo con que se ha de conseguir, es en lo que mas se detiene mi cuidado. Viénense á los ojos estos principios de rumor que se han reconocido entre los Mejicanos : el suceso de la Vera-Cruz, ejecutado con las armas de su nacion, pide nuevas consideraciones al discurso : la cabeza de Argüello, presentada en lisonja de Motezuma, es indicio de que supo antes la faccion de su general : y su mismo silencio nos está diciendo lo que debemos rezelar de su intencion. Pero á vista de todo me parece que para mantenernos en esta ciudad menos aventurados, es necesario que pensemos en algun hecho grande, que asombre de nuevo á sus moradores, resarciendo lo que se hubiere perdido en su estimacion con estos accidentes; para cuyo efecto, despues de haber discurrido en otras hazañas de mas ruido que substancia, tengo por conveniente que nos apoderemos de Motezuma, trayéndole preso á nuestro cuartel : resolucion que á mi entender los ha de atemorizar y reprimir, dándonos disposicion para que podamos ca-

pitular despues con rey y vasallos lo què mas conviniere á nuestro principe, y á nuestra seguridad. El pretexto de là prision, si yo no discurro mal, ha de ser la muerte de Argüello, que ha llegado á su noticia; y el rompimiento de la paz, cometido por su general; de cuyas dos ofensas debemos darnos por entendidos, y pedir satisfaccion; porque no conviene suponer una ignorancia de lo que saben ellos, cuando estan creyendo que lo alcanzamos todo; y este y los demas engaños de su imaginacion, se deben por lo menos tolerar, como parciales de nuestra osadía. Bien reconozco las dificultades y contingencias de tan ardua resolucion; pero las grandes hazañas son hijas de los grandes peligros: y Dios nos ha de favorecer, que son muchas las maravillas, y pudiera decir milagros evidentes, con que se ha declarado por nosotros en esta jornada, para que no miremos ahora, como inspiracion suya nuestra perseverancia. Su causa es la primera razon de nuestros intentos, y yo no he de creer que nos ha traido en hombros de su providencia extraordinaria, para intro-

nos en el empeño, y dejarnos con ra flaqueza en la mayor necesi- Dilatóse con tanta energía en esta sa consideracion, que comunicó á orazones de todos el vigor de su o, y se redujéron al mismo dictá- primero los capitanes juan Velaz- de Leon, diego de Ordaz, gonzalo ndoval, y despues alabáron todos curso de su capitan; hallando al er lo eficaz del remedio en lo he- de la resolucion: con que se disol- a junta, quedando entonces deter- da la prision de Motezuma, y re- a la disposicion de todo á la pru- ia de Cortes.

rnal Diaz del Castillo, que no pier- casion de introducirse á inventor de esoluciones grandes, dice que le sejáron esta prision él y otros sol- s, algunos dias antes que llegase la a de la Vera-Cruz: no convienen él las demas relaciones, ni entonces a causa para discurrir con tanto amiento: pudiera detenerse un po- r quedara su consejo sin la nota de risímil, ó sin la excepcion de intem- vo.

CAPÍTULO XIX.

Ejecútase la prision de Motezuma : d cia del modo como se dispuso, y recibió entre sus vasallos.

No se puede negar que fué atrev sin ejemplar esta resolucion qu ron aquellos pocos españoles de á un rey tan poderoso dentro de te : accion, que siendo verdad, incompatible con la sencillez de toria; y pareciera sin proporcion, se hallara entre las demasías ó li de la fábula. Pudiérase llamar tem si se hubiera entrado en ella volı mente ó con mas eleccion; pei temerario propriamente quien s porque no puede mas. Vióse Corte mente perdido, si se retiraba sin cion, que aventurado si se mant volver por ella con algun hecho rable; y el ánimo cuando se halla por todas partes de la dificultad roja violentamente á los peligros res : pensó en lo mas difícil, poı rarse de una vez, ó porque no modaba su discurso á las mec Pudiéramos decir que fué magnan



aya el poner tan alta la mira, ó que la rudencia militar no es tan enemiga de os extremos, como la prudencia políti-a; pero mejor es que se quede sin nom-re su resolucion, ó que mirando al su-eso, la pongamos entre aquellos me-ios imperceptibles de que se valió Dios n esta conquista; excluyendo, al pare-er, los impulsos naturales.

Eligióse finalmente la hora en que so-an hacer su visita los españoles, porque o se extrañase la novedad. Ordenó Cor-es que se tomasen las armas en su cuar-el: que se pusiesen las sillas á los ca-allos, y estuviesen todos alerta, sin acer ruido, ni moverse hasta nueva den. Ocupó con algunas cuadrillas á deshilada las bocas de las calles, y rtió al palacio con los capitanes pedro Alvarado, gonzalo de Sandoval, juan azquez de Leon, francisco de Lugo y nzo Dávila: y mandó que le siguie-disimuladamente hasta treinte espa-s de su satisfaccion.

o hizo novedad el verlos con todas armas, porque las traian ordina-ente introducidas ya como trage ir. Salió Motezuma, segun su cos-re, á recibir la visita, ocupáron

todos sus asientos, retiráronse á otra pieza sus criados, como ya lo estilaban, de su órden, y poniendo á doña Marina y gerónimo de Aguilar en el lugar que solia, empezó Hernan Cortes á dar su queja, dejando al enojo todo el semblante. Refirió primero el hecho de su general, y ponderó despues *el atrevimiento de haber formado ejército, y acometido á sus compañeros, rompiendo la paz y la salvaguardia real en que vivian asegurados: acriminó como delito, de que se debia dar satisfaccion á Dios y al mundo, el haber muerto los Mejicanos á un español que hiciéron prisionero, vengando en él á sangre fria la propria ignominia con que volviéron vencidos: y últimamente, se detuvo en afear, como punto de mayor consideracion, la disculpa de que se valian Cualpopoca y sus capitanes, dando á entender que se hacia de su órden aquella guerra tan fuera de razon: y añadió, que le debia su Magestad el no haberlo creido, por ser accion indigna de su grandeza el estarlos favoreciendo en una parte, para destruirlos en otra.*

Perdió Motezuma el color al oir este

cargo suyo; y con señales de ánimo convencido, interrumpió á Cortes, para negar, como pudo, el haber dado semejante órden; pero él socorrió su turbacion, volviéndole á decir *que asi lo tenia por indubitable; pero que sus soldados no se darian por satisfechos, ni sus mismos vasallos dejarian de creer lo que afirmaba su general, si no le viesen hacer alguna demonstracion extraordinaria que borrase totalmente la impresion de semejante calumnia; y asi venia resuelto á suplicarle, que sin hacer ruido, y como que nacia de su propria eleccion, se fuese luego al alojamiento de los españoles, determinándose á no salir del hasta que constase á todos que no habia cooperado en aquella maldad: á cuyo efecto le ponia en consideracion, que con esta generosa confianza, digna de ánimo real, no solo se quietaria el enojo de su príncipe, y el rezelo de sus compañeros; pero él volveria por su mismo decoro y pundonor, ofendido entonces de mayor indecencia; y que le daba su palabra, como caballero, y como ministro del mayor rey de la tierra, de*

que seria tratado entre los españoles con todo el acatamiento debido á su persona: porque solo deseaban asegurarse de su voluntad, para servirle y ôbedecerle con mayor reverencia. Calló Cortes, y calló tambien Motezuma, como extrañando el atrevimiento de la proposicion; pero él, deseando reducirle con suavidad, antes que se determinase á contrario dictámen, prosiguió diciendo: *que aquel alojamiento que les habia señalado, era otro palacio suyo donde solia residir algunas veces; y que no se podria extrañar entre sus vasallos que se mudase á él para deshacerse de una culpa, que puesta en su cabeza, seria pleito de rey á rey; y quedando en la de su general, se podria enmendar con el castigo, sin pasar á los inconvenientes y violencias con que suele decidirse la justicia de los reyes.*

No pudo sufrir Motezuma que se alargasen mas los motivos de una persuasion impracticable á su parecer: y dándose por entendido de lo que llevaba dentro de sí aquella demanda, respondió con alguna impaciencia: *que los príncipes como él no se daban á prision, ni sus vasallos lo permitirian, cuando él se*

olvidase de su dignidad ó se dejase humillar á semejante bajeza. Replicóle Cortes : *que como él fuese voluntariamente sin dar lugar á que le perdiesen el respeto, importaria poco la resistencia de sus vasallos, contra los cuales podria usar de sus fuerzas sin queja de su atencion.* Duró largo rato la porfía, resistiendo siempre Motezuma el dejar su palacio : y procurando Hernan Cortes reducirle y asegurarle, sin llegar á lo estrecho, salió á diferentes partidos, cuidadoso ya del aprieto en que se hallaba : ofreció enviar luego por Cualpopoca, y por los demas cabos de su ejército, y entregárselos á Cortes para que los castigase : daba en rehenes dos hijos suyos, para que los tuviese presos en su cuartel hasta que cumpliese su palabra; y repetia con alguna pusilanimidad, que no era hombre que se podia esconder, ni se habia de huir á los montes. Á nada salia Cortes, ni él se daba por vencido; pero los capitanes que se hallaban presentes, viendo lo que se aventuraba en la dilacion, empezáron á desabrirse, deseando que se remitiese á las manos aquella disputa; y juan velazquez de Leon dijo en voz alta: *dejémonos de pa-*

labras y tratemos de prenderle ó matarle. Reparó en ello Motezuma, preguntando á doña Marina, que decia tan descompuesto aquel español. Y ella con este motivo, y con aquella discrecion natural que le daba hechas las razones, y hallada la oportunidad, le dijo, como quien se recataba de ser entendida: *mucho aventurais, señor, si no cedeis á las instancias de esta gente: ya conoceis su resolucion, y la fuerza superior que los asiste. Yo soy una vasalla vuestra, que desea naturalmente vuestra felicidad; y soy una confidente suya, que sabe todo el secreto de su intencion. Si vais con ellos seréis tratado con el respeto que se debe á vuestra persona; y si haceis mayor resistencia, peligra vuestra vida.*

Esta breve oracion, dicha con buen modo, y en buena ocasion, le acabó de reducir; y sin dar lugar á nuevas réplicas, se levantó de la silla diciendo á los españoles: *Yo me fio de vosotros, vamos á vuestro alojamiento, que asi lo quieren los dioses; pues vosotros lo conseguis, y yo lo determino.* Llamó luego á sus criados, mandó prevenir sus

andas y su acompañamiento, y dijo á sus ministros: *que por ciertas consideraciones de estado, que tenia comunicadas con sus dioses, habia resuelto mudar su habitacion por unos dias al cuartel de los españoles; que lo tuviesen entendido, y lo publicasen asi, diciendo á todos que iba por su voluntad y conveniencia.* Ordenó despues á uno de los capitanes de sus guardias que le trajese preso á Cualpopoca; y á los demas cabos que hubiesen cooperado en la invasion de Zempoala; para cuyo efecto le dió el sello real que traia siempre atado al brazo derecho: y se advirtió que llevase gente armada para no aventurar la prision. Todas estas órdenes se daban en público, y doña Marina se las iba interpretando á Cortes y á los demas capitanes, porque no se rezelasen de verle hablar con los suyos, y quisiesen pasar á la violencia fuera de tiempo.

Salió sin mas dilacion de su palacio, llevando consigo todo el acompañamiento que solia: los españoles iban á pie junto á las andas, y le cercaban con pretexto de acompañarle. Corrió luego la voz de que se llevaban á su rey los extrangeros, y se llenáron de gente las calles, no sin

algunos indicios de tumulto, porqu
ban grandes voces, y se arrojaba
tierra, unos despechados, y otro
enternecidos: pero Motezuma, con
rior de alegría y seguridad, los iba
segando y satisfaciendo. Mandá
primero que callasen, y al movim
de su mano sucedia repentino el s
cio. Decíales despues, que aquell
era prision, sino ir por su gusto á
unos dias con sus amigos los extra
ros: satisfacciones adelantadas, ó
puestas sin pregunta, que niegan lo
afirman. En llegando al cuartel,
como dijimos era la casa real que fal
su padre, mandó á su guardia que
pejase la gente popular, y á sus m
tros que impusiesen pena de la
contra los que se moviesen ó la m
inquietud. Agasaj mucho á los sold
españoles, que le saliéron á recibir
reverente alborozo. Eligió despue
cuarto donde queria residir; y la
era capaz de separacion decente. A
nóse luego por sus mismos criados
las mejores alhajas de su guarda-r
púsose á la entrada suficiente gua
de soldados españoles: dobláronse
que solian asistir á la seguridad orc

ria del cuartel: alargáronse á las calles vecinas algunas centinelas, y no se perdonó diligencia de las que correspondian á la novedad del empeño. Dióse órden á todos para que dejasen entrar á los que fuesen de la familia real, que ya eran conocidos, y á los nobles y ministros que viniesen á verle: cuidando de que entrasen unos, y saliesen otros, con pretexto de que no embarazasen. Cortes entró á visitarle aquella misma tarde, pidiendo licencia y observando las puntualidades y ceremonias que cuando le visitaba en su palacio. Hiciéron la misma diligencia los capitanes y soldados de cuenta: diéronle rendidas gracias de que honrase aquella casa, como si le hubiera traido á ella su eleccion; y él estuvo tan alegre y agradable con todos, como si no se hallaran presentes los que fuéron testigos de su resistencia. Repartió por su mano algunas joyas, que hizo traer advertidamente, para ostentar su desenojo; y por mas que se observaban sus acciones y palabras no se conocia flaqueza en su seguridad, ni dejaba de parecer rey en la constancia con que procuraba juntar los dos extremos de la dependencia y

de la magestad. Á ninguno de sus criados y ministros, cuya comunicacion se le permitió desde luego, descubrió el secreto de su opresion, ó porque se avergonzase de confesarla, ó porque se temió perder la vida, si ellos inquietasen. Todos miráron por entonces como resolucion suya este retiro, con que no pasáron á discurrir en la osadía de los españoles, que de muy grande se les pudo esconder entre los imposibles á que no está obligada la imaginacion.

Asi se dispuso y consiguió la prision de Motezuma, y él estuvo dentro de pocos dias tan bien hallado en ella, que apenas tuvo espíritu para desear otra fortuna. Pero sus vasallos viniéron á conocer con el tiempo que le tenian preso los españoles, por mas que le dorasen con el respeto la sujecion. No se lo dejáron dudar las guardias que asistian á su cuarto, y el nuevo cuidado con que se tomaban las armas en el cuartel. Pero ninguno se movió á tratar de su libertad, ni se sabe qué razon tuviesen, él para dejarse estar sin repugnancia en aquella opresion, y ellos para vivir en la misma insensibilidad, sin extrañar la indecencia de su rey. Digno fué de gran-

le admiracion el ardimiento de los es-
pañoles; pero no se debe admirar menos
este apocamiento de ánimo en Mote-
zuma, príncipe tan poderoso y de tan
soberbio natural; y esta falta de resolu-
cion en los Mejicanos, gente belicosa,
y de suma vigilancia en la defensa de
sus reyes. Podríamos decir que anduvo
tambien la mano de Dios en estos cora-
zones, y no pareceria sobrada credulidad,
ni seria nuevo en su providencia, que
ya le vió el mundo facilitar las empre-
sas de su pueblo, quitando el espíritu á
sus enemigos.

CAPÍTULO XX.

Como se portaban en la prision Motezuma con los suyos y con los españoles: traen preso á Cualpopoca, y Cortes le hace castigar con pena de muerte, mandando echar unos grillos á Motezuma mientras se ejecutaba la sentencia.

...eron los españoles dentro de breves ... convertido en palacio su aloja-...nto, sin dejar de guardarle, como ...el de tal prisionero. Perdió la ...dad entre los Mejicanos aquella resolucion. Algunos, sintiendo mal ... guerra que movió Cualpopoca en la

Vera-Cruz, alababan la demonstraci
de Motezuma, y ponderaban como gra
deza suya el haber dado su libertad
rehenes de su inocencia. Otros crei
que los dioses, con quien tenia famili
comunicacion, le habrian aconseja
lo mas conveniente á su persona: y otro
que iban mejor, veneraban su determ
nacion, sin atreverse á examinarla; q
la razon de los reyes no habla con
entendimiento, sino con la obligacion
los vasallos. Él hacia sus funciones
rey con la misma distribucion de hor
que solia: daba sus audiencias: esc
chaba las consultas ó representacion
de sus ministros, y cuidaba del gobier
politico y militar de sus reinos, ponie
do particular estudio en que no se c
nociese la falta de su libertad.

La comida se le traia de palacio c
numeroso acompañamiento de criado
y con mayor abundancia que otras v
ces; repartíanse las sobras entre los s
dados españoles; y él enviaba los plat
mas regalados á Cortes y á sus capitane
conocíalos á todos por sus nombres;
tenia observados hasta los genios y l
condiciones, de cuya noticia usaba
la conversacion, dando al buen gusto

á la discrecion algunos ratos, sin ofender á la magestad ni á la decencia. Estaba con los españoles todo el tiempo que le dejaban los negocios; y solia decir, que no se hallaba sin ellos. Procuraban todos agradarle, y era su mayor lisonja el respeto, con que le trataban; desagradábase de las llanezas; y si alguno se descuidaba en ellas, procuraba reprimir el exceso, dando á entender que le conocia: tan zeloso de su dignidad, que sucedió el ofenderse con grande irritacion de una indecencia que le pareció advertida en cierto soldado español, y pidió al cabo de la guardia, que le ocupase otra vez lejos de su persona, ó le mandaria castigar si se le pusiese delante.

Algunas tardes jugaba con Hernan Cortes al totoloque; juego que se componia de unas bolas pequeñas de oro, con que tiraban á herir ó derribar ciertos bolillos ó señales del mismo metal, á distancia proporcionada. Jugábanse diferentes joyas y otras alhajas, que se perdian ó ganaban á cinco rayas. Motezuma repartia sus ganancias con los españoles, y Cortes hacia lo mismo con sus criados. Solia tantear pedro de Al-

varado; y porque algunas veces se descuidaba en añadir algunas rayas á Cortes, le motejaba con galantería de mal contador; pero no por eso dejaba de pedirle otras veces que tantease, y que tuviese cuenta de que no se le olvidase la verdad. Parecia señor hasta en el juego, sintiendo el perder como desaire de la fortuna, y estimando la ganancia como premio de la victoria.

No se dejaba de introducir en estas conversaciones privadas el punto de la religion; Hernan Cortes le habló diferentes veces, procurando reducirle con suavidad á que conociese su engaño: fray bartolomé de Olmedo repetia sus argumentos con la misma piedad y con mayor fundamento: doña Marina interpretaba estos razonamientos con particular afecto; y añadia sus razones caseras, como persona recien desengañada, que tenia presentes los motivos que la redujéron: pero el demonio le tenia tan ocupado el ánimo, que se dejaba conquistar su entendimiento, y se quedaba inexpugnable su corazon: no se sabe que le hablase ó se le apareciese como solia desde que los españoles entráron en Méjico; antes se tiene por cierto,

ue al dejarse ver la cruz de Cristo en
quella ciudad, perdiéron la fuerza los
onjuros, y enmudeciéron los oráculos;
ero estaba tan ciego y tan dejado á sus
rrores, que no tuvo actividad para des-
arlos, ni supo aprovecharse de la luz
ue se le puso delante: pudo ser esta dure-
a de su ánimo fruto miserable de los
tros vicios y atrocidades con que tenia
esobligado á Dios, ó castigo de aquella
nisma negligencia con que daba los oi-
os, y negaba la inclinacion á la verdad.
Á veinte dias ó poco mas llegó el ca-
itan de la guardia, que partió á la fron-
era de la Vera-Cruz, y trajo preso á
ualpopoca, con otros cabos de su
ército, que se diéron al sello real sin
esistencia. Entró con ellos á la presen-
a de Motezuma, y él los habló reser-
adamente, permitiéndolo Cortes, por-
ue deseaba que los redujese á callar la
rden que tuviéron suya, y dejarse en-
añar de aquella exterior confianza en
ue le mantenia. Pasó despues con ellos
l mismo capitan al cuarto de Cortes,
se los entregó, diciéndole de parte de
u amo: *que se los enviaba para que
veriguase la verdad, y los castigase
or su mano con el rigor que merecian.*

Encerróse con ellos, y confesáron luego los cargos *de haber roto la paz de su autoridad: haber provocado con las armas á los españoles de la Vera-Cruz, y ocasionado la muerte de Argüello, hecha de su órden á sangre fria, en un prisionero de guerra*, sin tomar en la boca la órden que tuviéron de su rey; hasta que reconociendo que iba de veras su castigo, tentáron el camino de hacerle cómplice para escapar las vidas: pero Hernan Cortes negó los oidos á este descargo, tratándole como invencion de los delincuentes. Juzgóse militarmente la causa, y se les dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos delante del palacio real como reos que habian incurrido en caso de lesa majestad. Discurrióse luego en la ejecucion, y pareció no dilatarla: pero temiendo Hernan Cortes que se inquietase Motezuma, ó quisiese defender á los que morian por haber ejecutado sus órdenes, resolvió atemorizarle con alguna bizarria, que tuviese apariencias de amenaza, y le acordase la sujecion en que se hallaba. Ocurrióle otro arrojamiento notable á que le debió de inducir la fa-

:ilidad con que se consiguió el de su
)rision, ó el ver tan rendida su pacien-
:ia. Mandó buscar unos grillos de los que
ie traian prevenidos para los delincuen-
es, y con ellos descubiertos en las manos
le un soldado, se puso en su presencia,
levando consigo á doña Marina, y tres ó
:uatro de sus capitanes. No perdonó las
everencias con que solia respetarle:
pero dando á la voz y al semblante mayor
ntereza, le dijo: *que ya quedaban con-
lenados á muerte Cualpopoca y los de-
nas delincuentes por haber confesado
u delito, y ser digno de semejante de-
nonstracion; pero que le habian cul-
pado en él, diciendo afirmativamente
que le cometiéron de su órden: y asi era
necesario que purgase aquellos indicios
vehementes con alguna mortificacion
personal; porque los reyes, aunque no
estan obligados á las penas ordinarias,
eran súbditos de otra ley superior, que
nandaba en las coronas, y debian imi-
ar en algo á los reos, cuando se halla-
ban culpados, y trataban de satisfacer
á la justicia del cielo.* Dicho esto man-
dó con imperio y resolucion que le pu-
siesen las prisiones: sin dar lugar á que

le replicase, y en dejándole con ellas, le volvió las espaldas, y se retiró á su cuarto, dando nueva órden á las guardias para que no se le permitiese por entonces la comunicacion de sus ministros.

Fué tanto el asombro de Motezuma cuando se vió tratar con aquella ignominia, que le faltó al principio la accion para resistir, y despues la voz para quejarse. Estuvo mucho rato como fuera de sí: los criados que le asistian acompañaban su dolor con el llanto, sin atreverse á las palabras, arrojándose á sus pies para recibir el peso de los grillos: y él volvió de su confusion con principios de impaciencia; pero se reprimió brevemente: y atribuyendo su infelicidad á la disposicion de sus dioses, esperó el suceso, no sin cuidado al parecer de que peligraba su vida; pero acordándose de quien era para temer sin falta de valor.

No perdió tiempo Cortes en lo que llevaba resuelto: saliéron los reos al suplicio, hechas las prevenciones necesarias para que no se aventurase la ejecucion. Consiguióse á vista de innumerable pueblo, sin que se oyese una voz descompuesta, ni hubiese que rezelar. Cayó

bre aquella gente un terror, que te-
a parte de admiracion, y parte de res-
to. Extrañaban aquellos actos de ju-
sdiccion en unos extrangeros, que
iando mucho se debian portar como
nbajadores de otro príncipe; y no se
reviéron á poner duda en su potestad,
éndola establecida con la tolerancia
su rey; de que resultó el concurrir
dos al espectáculo con un género de
iietud amortiguada, que sin saber en
ie consistia; dejó su lugar al escar-
iento. Ayudó mucho en esta ocasion
estar mal recibida entre los Mejicanos
invasion de Cualpopoca, y se hizo su
lito mas aborrecible con la circunstan-
ı de culpar á su rey: descargo que
só por increible, y aun siendo verda-
ro se culpara como atrevido y sedi-
oso. Débese mirar este castigo como
cer atrevimiento de Cortes, que se
ró como se habia discurrido, y se
curió sobre principios irregulares.
lo resolvió, y lo tuvo por conveniente
posible: conocia la gente con quien
taba, y lo que suponia en cualquier
ntecimiento la gran prenda que tenia
su poder. Dejémonos cegar de su
on, ó no la traigamos al juicio de la

historia, contentándonos con referir el hecho como pasó, y que una vez ejecutado fué de gran consecuencia para dar seguridad á los españoles de la Vera-Cruz, y reprimir por entonces los principios de rumor que andaban entre los nobles de la ciudad.

Volvió luego Cortes al cuarto de Motezuma, y con alegre urbanidad le dijo *que ya quedaban castigados los traidores que se atreviéron á manchar su fama, y él habia cumplido ventajosamente con su obligacion, sujetándose á la justicia de Dios con aquella breve intermision de su libertad.* Y sin mas dilacion le mandó quitar los grillos, ó como escriben algunos, se puso de rodillas para quitárselos él mismo por sus manos; y se puede creer de su advertencia, que procuraria dar con semejante cortesanía mayor recomendacion al desagravio. Recibió Motezuma con grande alborozo este alivio de su libertad: abrazó dos ó tres veces á Cortes, y no acababa de cumplir con su agradecimiento. Sentáronse luego en conversacion amigable, y Cortes usó con él de otro primor, como los que andaba siempre meditando, porque mandó que se retirasen las guardas

ole que se podria volver á su pa-
ıandoquisiese, por haber cesado
ιusa de su detencion. Y le ofreció
rtido sobre seguro de que no le
a, por haberle oido decir muchas
on firme resolucion; que ya no le
ia volverse á su palacio, ni apar-
e los españoles hasta que se reti-
e su corte porque perderia mucho
stimacion, si llegasen á entender
allos que recibia de agena mano
rtad: dictámen que se hizo suyo
tiempo, siendo en la verdad in-
porque doña Marina, y algunos
capitanes le habian puesto en el á
cia de Cortes que se valia de su
razon de estado para tenerle mas
en la prision: pero entonces,
endo lo que traia dentro de sí la
de Cortes, dejó este motivo, tra-
e como ageno de aquella ocasion,
alió de otro mas artificioso, porque
pondió *que agradecia mucho la*
ad con que deseaba restituirle á
a; pero que tenia resuelto no hacer
ıd, atendiendo á la conveniencia
españoles: porque una vez en su
o, le apretarian sus nobles y mi-
s en que tomase las armas contra

ellos, para satisfacerse del agravi habia recibido. Por cuyo medio dar á entender que se dejaba estar prision para encubrirlos y ampai con su autoridad. Alabó Cortes el samiento agradeciendo su atencioı mó si la creyera, y quedaron lo: satisfechos de su destreza: crey entrambos que se entendian, y se (ban engañar por su conveniencia, aquel género de astucia ó disimula que ponen los políticos entre los mist(de la prudencia, dando el nombr esta virtud á los artificios de la sagaci(

ISTORIA DE LA CONQUISTA,

POBLACION Y PROGRESOS

DE

A NUEVA ESPAÑA.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

mítese á Motezuma que se deje ver en púlico saliendo á sus templos y recreaciones: rata Cortes de algunas prevenciones que uvo por necesarias; y se duda que intentaen los españoles en esta razon derribar los dolos de Méjico.

uedó Motezuma desde aquel dia prinero voluntario de los españoles: ose amable á todos con su agrado y eralidad. Sus mismos criados descoian su mansedumbre y moderacion, no virtudes adquiridas en el trato de extrangeros, ó extrangeras de su ural. Acreditó diversas veces con pa-

labras y acciones la sinceridad de su ánimo; y cuando le pareció que tenia segura y merecida la confianza de Cortes, se resolvió á experimentarla, pidiéndole licencia para salir alguna vez á sus templos: dióle palabra de que se volveria puntualmente á la prision, que asi la solía llamar cuando no estaba presente alguno de los suyos: díjole *que ya deseaba por su conveniencia y la de los mismos españoles dejarse ver de su pueblo porque se iba creyendo que le tenian oprimido, como habia cesado la causa de su detencion con el castigo de Cualpopoca; y se podria temer alguna turbacion mas que popular, si no se ocurria brevemente al remedio con aquella demonstracion de su libertad.* Hernan Cortes conociendo su razon, y deseando tambien complacer á los Mejicanos, le respondió liberal y cortesanamente: *que podria salir cuando gustase, atribuyendo á exceso de su benignidad el pedir semejante permision cuando él y todos los suyos estaban á su obediencia.* Pero aceptó la palabra que le daba de no hacer novedad en su habitacion, como quien deseaba no perder la honra que recibia.

e alguna interior disonancia el de acudir á sus templos, y para consigo en la forma que podia, con el, que habian de cesar quel dia los sacrificios de sangre, contentándose con esta parte dio, porque no era tiempo de á la enmienda total de los demas y siempre que no se puede lo es prudencia dividir la dificultad ıcer uno á uno los inconvenien- ciólo asi Motezuma, prohibiendo to en todos sus adoratorios este le sacrificios; y aunque se duda mplió, es cierto que cesó la pu-, y que si los hiciéron alguna á puerta cerrada, y tratándolos elito.

imera salida fué al templo mayor ıdad, con la misma grandeza y ñamiento que acostumbraba: onsigo algunos españoles, y se llamándolos él mismo, antes que usiesen al lado como guardas ó. Celebró con grandes regocijos lo esta primera vista de su rey: ron todos manifestar su alegría ıellas demonstraciones de que se ıian sus aplausos; no porque le

amasen ó tuviesen olvidada la opi
en que vivian, sino porque hacia l
tural obligacion el oficio de la volu
y tiene sus influencias hasta en la
del tirano la corona. Él iba recib
las aclamaciones con gratitud m
tuosa, y anduvo aquel dia muy lil
porque hizo diferentes mercedes
nobles, y repartió algunas dádivas
la gente popular. Subió despues a
plo descansando sobre los brazos
sacerdotes; y en cumpliendo co
ritos menos escandalosos de su a
cion; se volvió al cuartel; donde s
gratuló nuevamente con los espa
dando á entender que le traian con
fuerza el desempeño de su palabra
gusto de vivir entre sus amigos.

Continuáronse despues sus sali
hacer novedad, unas veces al p
donde tenia sus mugeres, y otras
adoratorios ó casas de recreacion; u
siempre con Hernan Cortes la cere
de tomar su licencia, ó llevándole c
cuando era decente la funcion
nunca hizo noche fuera del alojam
ni discurrió en mudar habitacion;
se llegó á mirar entre los Mej
aquella perseverancia suya como

e los españoles; tanto que ya visitaban Cortes los ministros y los nobles de la iudad, valiéndose de su intercesion ara encaminar sus pretensiones; y todos os españoles que tenian algun lugar en u gracia, se halláron asistidos y conemporizados: achaque ordinario de las ortes, adorar á los favorecidos, fabriando con el ruego estos ídolos huıanos.

Entretanto que duraba este género e tranquilidad, no se descuidaba Heran Cortes en las prevenciones que porian conducir á su seguridad, y adeıntar los altos designios que perseveaban en su corazon sin objeto deterıinado, ni saber hasta entonces hácia onde le llamaba la obscuridad lisonjera e sus esperanzas. Luego que vacó el obierno de la Vera-Cruz por muerte e Juan de Escalante, y se aseguráron los aminos con el castigo de los culpados, ombró en aquella ocupacion al capitan onzalo de Sandoval; y porque no falıse de su lado en esta ocurrencia un abo de tanta satisfaccion, envió con tulo de teniente suyo á un soldado articular que llamaban Alonso de Grao, sugeto de habilidad y talento; pero

de ánimo inquieto, y uno de los que se hiciéron conocer en las turbaciones pasadas. Creyóse que le ocupaba por satisfacerle y desviarle; pero no fué buena política poner hombre poco seguro en una plaza que se mantenia para la retirada, y contra las avenidas que se podian temer de la isla de Cuba. Pudiera ser de grave inconveniente su asistencia en aquel puerto, si llegaran poco antes los bajeles que fletó diego Velazquez en prosecucion de su antigua demanda; pero el mismo alonso de Grado enmendó con su proceder el yerro de su eleccion; porque viniéron dentro de pocos dias tantas quejas de los vecinos y lugares del contorno, que fué necesario traerle preso; y enviar al proprietario.

Con la ocasion de estos viages dispuso Hernan Cortes que se condujesen de la Vera-Cruz algunas jarcias, velas, clavazon y otros despojos de los navíos que se barrenáron con ánimo de fabricar dos bergantines para tener á su disposicion al paso de la laguna; porque no podia echar de sí las medias palabras que oyéron los Tlascaltecas sobre cortar los puentes ó romper las calzadas. *Intro-*

ırimero està no[illegible]d, haciéndosela r á Motezuma; con pretexto de ·ese las grandes embarcaciones que ıban en España y la facilidad con e movian, haciendo trabajar al › en alivio de los remos : primor e no se hacia capaz sin la demons- n; porque ignoraban los Mejicanos de las velas, y ya miraba como › de conveniencia suya, que apren- ı aquel arte de navegar sus ma- ›s. Llegáron brevemente de la Cruz los géneros que se habian o : y se dió principio á la fábri- ır mano de algunos maestros de rofesion, que viniéron en el ejér- on plaza de soldados, asistiendo á y conducir la madera de órden otezuma los carpinteros de la ciu- con que se acabáron los dos ber- nes dentro de breves dias, y él o determinó estrenarlos, embar- ›se con los españoles para recono- ›sde mas cerca las maestrías de la navegacion.

›vino para este fin una de sus erías mas solemnes en parage de travesía porque no faltase tiempo bservacion ; y el dia señalado ama-

neciéron sobre la laguna todas las canoas del séquito real, con su familia y cazadores, reforzada en ellas la boga, no sin presuncion de acreditar su ligereza, con descrédito de las embarcaciones extrangeras, que á su parecer eran pesadas, y serian dificultosas de manejar; pero tardáron poco en desengañarse; porque los bergantines partiéron á vela y remo, favorecidos oportunamente del viento, y se dejáron atras las canoas con largo espacio y no menor admiracion de los indios. Fué dia muy festivo y de gran divertimiento para los españoles, tanto por la novedad y circunstancias de la montería, como por la opulencia del banquete: y Motezuma estuvo muy entretenido con sus marineros, burlándose de lo que forcejaban en el alcance de los bergantines, y celebrando como suya la victoria de los españoles.

Concurrió despues toda la ciudad á ver aquellas que en su lengua llamaban casas portátiles: hizo sus ordinarios efectos la novedad, y sobre todo admiráron el manejo del timon, y el oficio de las velas, que á su entender mandaban al agua y al viento: invencion que cele-

ráron los mas avisados como industria del arte, superior á su ingenio; y el vulgo como sutileza mas que natural, ó predominio sobre los elementos. Consiguióse finalmente que fuesen bien recibidos aquellos bergantines que se fabricáron á mayor intento, y tuvo su parte de felicidad esta providencia de Cortes, pues se hizo lo que convenia, y se ganó reputacion.

Al mismo tiempo iba caminando en otras diligencias que le dictaban su vigilancia y actividad. Introducia con Motezuma y con los nobles que le visitaban la estimacion de su rey: ponderaba su clemencia y engrandecia su poder: trayendo á su dictámen los ánimos con tanta suavidad y destreza, que llegó á desearse generalmente la confederacion que proponia, y el comercio de los españoles, como interes de aquella monarquía. Tomaba tambien algunas noticias importantes por via de conversacion y sencilla curiosidad. Informóse muy particularmente de la magnitud y límites del imperio Mejicano, de sus provincias y confines, de los montes, rios y minas principales; de las distancias de ambos mares, su calidad y surgideros: tan lejos

demostrar cuidado en sus observaciones; que Motezuma para informarle mejor y complacerle, hizo que sus pintores delineasen, con asistencia de hombres noticiosos, un lienzo semejante á nuestros mapas, en que se contenia la demarcacion de sus dominios, á cuya vista le hizo capaz de todas las particularidades que merecian reflexion: y permitió despues que fuesen algunos españoles á reconocer las minas de mayor nombre, y los puertos ó ensenadas que parecian capaces de bajeles: propúsolo Hernan Cortes, con pretexto de llevar á su príncipe distinta relacion de lo mas notable; y él concedió, no solamente su beneplácito, pero señaló gente militar que los acompañase, y despachó sus órdenes para que les franqueasen el paso y las noticias: bastante seña de que vivia sin rezelo, y andaban conformes su intencion y sus palabras.

Pero en esta sazon, y cuando mas se debian temer las novedades como peligro de la quietud y de la confianza; refieren nuestros historiadores una resolucion de los españoles tan desproporcionada y fuera de tiempo, que nos inclinamos á dudarla, ya que no hallamos razon para

mitirla. Dice bernal Diaz del Castillo, y
o escribió primero francisco Lopez de
romara, concordando alguna vez en lo
nenos tolerable, que se determináron á
lerribar los ídolos de Méjico, y convertir
n iglesia el adoratorio principal: que
aliéron á ejecutarlo por mas que lo re-
istió y procuró embarazar Motezuma:
jue se armáron los sacerdotes, y estuvo
onmovida toda la ciudad en defensa de
us dioses, durando la porfía, sin llegar
rompimiento, hasta que por bien de
az se quedáron los ídolos en su lugar,
se limpió una capilla, y levantó un
ltar dentro del mismo adoratorio, donde
e colocó la cruz de Cristo, y la imágen
le su madre santísima: se celebró misa
antada, y perseveró muchos dias el al-
ar, cuidando de su limpieza y adorno
os mismos sacerdotes de los ídolos. Asi
o refiere tambien antonio de Herrera,
se aparta de los dos, añadiendo algu-
nas circunstancias que pasan los límites
le la exornacion, si esta puede caber en
a retórica del historiador; porque des-
cribe una procesion devota y armada,
jue se ordenó para conducir las santas
mágenes al adoratorio: pone á la letra,
ó supone la oracion recta que hizo Cortes

delante de un crucifijo; y pondera un casi milagro de su devocion, animándose á decir, no sabemos de que orígen, que se inquietáron poco despues los Mejicanos, porque faltó el agua del cielo para el beneficio de sus campos: que acudiéron al mismo Cortes con principios de sedicion, clamando sobre que no llovian sus dioses, porque se habian introducido en su templo deidades forasteras: que para conseguir que se quietasen les ofreció de parte de su Dios copiosa lluvia dentro de breves horas, y que respondió el cielo puntualmente á su promesa, con grande admiracion de Motezuma y de toda la ciudad.

No discurrimos del empeño en que se puso, prometiendo milagros delante de unos infieles en prueba de su religion, que pudo ser ímpetu de su piedad; ni extrañamos la maravilla del suceso, que tambien pudo tener entonces aquel átomo de fe viva con que se merecen y consiguen los milagros. Pero el mismo hecho disuena tanto á la razon, que parece dificultoso de creer en las advertencias de Cortes, y en el genio y letras de fray bartolomé de Olmedo. Pero caso que sucediese asi el hecho de arruinar los

lolos de Méjico en la forma y en el empo que viene supuesto, siendo lícito l historiador el hacer juicio alguna vez e las acciones que refiere, hallamos en sta diferentes reparos, que nos obligan or lo menos á dudar el acierto de seiejante determinacion en una ciudad n populosa, donde se pudo tener por nposible lo que fué dificultoso en Coımel. Corríase bien con Motezuma: onsistia en su benevolencia toda la seuridad que se gozaba: no habia dado speranzas de admitir el evangelio; antes uraba inexorable y obstinado en su lolatría: los Mejicanos, sobre la dureza on que adoraban y defendian sus erroes, andaban fáciles de inquietar contra os españoles. ¿Pues, qué prudencia udo aconsejar que se intentase contra a voluntad de Motezuma semejante conratiempo? Si miramos al fin que se preendia le hallarémos inútil y fuera de oda razon. Empezar por los ídolos el lesengaño de los idólatras; tratar una xterioridad infructuosa como triunfo le la religion; colocar las santas imágeies en un lugar inmundo y detestable; lejarlas al arbitrio de los sacerdotes ;entiles, aventuradas á la irreverencia

y al sacrilegio; celebrar entre los simulacros del demonio el inefable sacrificio de la misa. Y antonio de Herrera califica estos atentados, con título de faccion memorable. Júzguelo quien lo leyere, que nosotros no hallamos razon de congruencia política ó cristiana para que se perdonasen tantos inconvenientes; y dejando en duda el acierto, querríamos antes que no hubiera sucedido esta irregularidad como la refieren, ó que no tuvieran lugar en la historia las verdades increibles.

CAPÍTULO II.

Descúbrese una conjuracion que se iba disponiendo contra los españoles, ordenada por el rey de Tezcuco; y Motezuma, parte con su industria, y parte por las advertencias de Cortes, la sosiega, castigando al que la fomentaba.

Tuvo desde sus principios esta empresa de los españoles notable desigualdad de accidentes: alternábanse continuamente la quietud y los cuidados: unos dias reinaba sobre las dificultades la esperanza, y otros renacian los peligros de la misma seguridad: propria condicion de



cesos humanos, encadenarse y su-
se con breve intermision los bienes
males. Y debemos creer que fué
niente su instabilidad, para corre-
destemplanza de nuestras pasio-

ciega gentilidad ponia esta serie de
aecimientos en una rueda imagi-
que se formaba en la trabazon de
spero y lo adverso, á cuyo movi-
o daban cierta inteligencia sin
on, que llamáron fortuna, con que
an al acaso todo lo que deseaban ó
n: siendo en la verdad alta dispo-
de la divina providencia, que du-
oco en un estado las felicidades y
fortunios de la tierra; para que se
n ó toleren con moderacion, y suba
endimiento á buscar la realidad de
sas en la region de las almas.
lábanse ya los españoles bastante-
asegurados en la voluntad de Mo-
a y en la estimacion de los Meji-
; pero al mismo tiempo que se
a de aquel sosiego favorable, se
tó nueva tempestad que puso en
gencia todas las prevenciones de
s, Movióla Cacumatzin, sobrino de
uma, rey de Tezcuco, y primer

elector del imperio. Era mozo inconsiderado y bullicioso; y dejándose aconsejar de su ambicion, determinó hacerse memorable á su nacion, sacando la cara contra los españoles, con pretexto de poner en libertad á su rey: favorecíanle su dignidad y su sangre para esperar en la primera eleccion el imperio; y le pareció que una vez desnuda la espada podria llegar el caso de acercarse á la corona. Su primera diligencia fué desacreditar á Motezuma, murmurando entre los suyos de la indignidad y falta de espíritu con que se dejaba estar en aquella violenta sujecion. Acusó despues á los españoles, culpando como principio de tiranía la opresion en que le tenian, y la mano que se iban tomando en el gobierno; sin perdonar medio alguno de hacerlos odiosos y despreciables. Sembró despues la misma zizaña entre los demas reyezuelos de la laguna; y hallando bastante disposicion en los ánimos, se resolvió á poner en ejecucion sus intentos, á cuyo fin convocó una junta de todos sus amigos y parientes, que se hizo de secreto en su palacio, concurriendo en ella los reyes de Cuyoacan, Iztacpalapa, Tacuba y Matalcingo, y otros señores ó

caciques del contorno, personas de séquito y suposicion, que mandaban gente de guerra, y se preciaban de soldados.

Hízoles un razonamiento de grande aparato, y dando colores de zelo á sus ocultos designios, ponderó el estado en que se hallaba su rey, olvidado, al parecer, de su misma libertad, y la obligacion que tenian de concurrir todos, como buenos vasallos, á sacarle de aquella servidumbre. Sinceróse con la proximidad de la sangre, que le interesaba en los aciertos de su tio: y volviendo la mira contra los españoles: *¿á qué aguardamos, amigos y parientes*, dijo, *que no abrimos los ojos al oprobrio de nuestra nacion, y á la vileza de nuestro sufrimiento? Nosotros, que nacimos á las armas, y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos, concedemos la cerviz al yugo afrentoso de una gente advenediza? Qué son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad, y desprecios de nuestra paciencia! Consideremos lo que han conseguido en breves dias, y conocerémos primero nuestro desaire, y despues nuestra obligacion. Arrojáronse á la corte de Méjico, inso-*

lentes de cuatro victorias, en que los hizo valientes la falta de resistencia. Entráron en ella triunfantes, á despecho de nuestro rey, y contra la voluntad de la nobleza y gobierno. Introdujéron consigo nuestros enemigos ó rebeldes, y los mantienen armados á nuestros ojos, dando vanidad á los Tlascaltecas, y pisando el pundonor de los Mejicanos. Quitáron la vida con público y escandáloso castigo á un general del imperio, tomando en ageno dominio jurisdiccion de magistrados, ó autoridad de legisladores. Y últimamente, prendiéron al gran Motezuma en su alojamiento, sacándole violentamente de su palacio; y no contentos con ponerle guardas á nuestra vista, pasáron á ultrajar su persona y dignidad, con las prisiones de sus delincuentes. Asi pasó, todos lo sabemos; ¿pero quien habrá que lo crea sin desmentir á sus ojos? ¡O verdad ignominiosa, digna del silencio, y mejor para el olvido! ¿Pues en qué os deteneis, ilustres Mejicanos? ¿Preso vuestro rey, y vosotros desarmados? Esa libertad aparente de que le veis gozar estos dias, no es libertad, sino un tránsito engañoso, por el cual ha pa-

sado insensiblemente á otro cautiverio de mayor indecencia, pues le han tiranizado el corazon, y se han hecho dueños de su voluntad, que es la prision mas indigna de los reyes. Ellos nos gobiernan y nos mandan; pues el que nos habia de mandar los obedece. Ya le veis descuidado en la conservacion de sus dominios, desatento á la defensa de sus leyes, y convertido el ánimo real en espíritu servil. Nosotros que suponemos tanto en el imperio Mejicano, debemos impedir con todo el hombro su ruina. Lo que nos toca es juntar nuestras fuerzas, acabar con estos advenedizos, y poner en libertad á nuestro rey. Si le desagradáremos, dejándole de obedecer en lo que le conviene, conocerá el remedio cuando convalezca de la enfermedad; y si no le conociere, hombres tiene Méjico que sabrán llevar con sus sienes la corona: y no será el primero de nuestros reyes, que por no saber reinar, ó reinar descuidadamente, se dejó caer el cetro de las manos.

En esta substancia oró Cacumatzin, y con tanto fervor, que le siguiéron todos, prorrumpiendo en grandes amenazas contra los españoles, y ofreciendo servir

en la faccion personalmente. Solo el señor de Matalcingo, que se hallaba en el mismo grado pariente de Motezuma, y tenia sus pensamientos de reinar, conoció lo interior de la propuesta; y tiró á desvanecer los designios de su competidor, añadiendo *que tenia por necesario, y por mas conveniente á la obligacion de todos, que se previniese á Motezuma de lo que intentaban, y se tomase primero su licencia: pues no era razon que se arrojasen armados á la casa donde residia, sin poner en salvo su persona, tanto por el peligro de su vida, como por la disonancia de que pereciesen aquellos hombres debajo de las alas de su rey*. Barajáron los demas esta proposicion como impracticable, diciéndole Cacumatzin algunos pesares, que sufrió por no descomponer sus esperanzas, y se acabó la junta, quedando señalado el dia, discurrido el modo, y encargado el secreto.

Supiéron casi á un mismo tiempo Motezuma y Cortes esta conjuracion: Motezuma por un aviso reservado que se atribuyó al señor de Matalcingo; y Cortes por la inteligencia de sus espías y confi-

s. Buscáronse luego los dos para
nicarse la noticia de semejante no-
l; y tuvo Motezuma la dicha de
r primero, con que dejó saneada
encion. Dióle cuenta de lo que pa-
: mostró grande irritacion contra
brino el de Tezcuco, y contra los
s conjurados, y propuso castigar-
n el rigor que merecian. Pero Her-
ortes, dándole á entender que sa-
do el caso, con algunas circuns-
s que no dejasen en duda su com-
nsion le respondió: *que sentia mu-*
iber ocasionado aquella inquietud
vasallos, y que por la misma ra-
hallaba obligado á tomar por su
el remedio, y venia con ánimo
lirle licencia para marchar luego
s españoles á Tezcuco, y atajar en
gen el daño, trayéndole preso á Ca-
zin, antes que se uniese con los
coligados, y fuese necesario pasar
vores remedios. No admitió Mote-
esta proposicion, antes procuró
rla con total repugnancia, cono-
lo que perderia su autoridad y su
, si se valiese de armas forasteras
astigar atrevimientos de esta cali-

dad en hombres de aquella suposicion. Pidióle que disimulase por él su desabrimiento; y le dijo por última resolucion *que no queria ni era conveniente que se moviesen los españoles, porque no se hiciese obstinacion el odio con que procuraban apartarlos de su lado, sino que le ayudasen á sujetar aquellos rebeldes, asistiéndole con el consejo, y haciendo, si fuese menester, el oficio de medianeros.*

Parecióle despues que seria bien intentar primero los medios suaves, y que su sobrino, como persona mas dependiente de su respeto, seria fácil de reducir á la quietud, acordándole su obligacion, y haciéndole amigo de los españoles. Para cuyo efecto le envió á llamar con uno de sus criados principales, el cual le intimó la órden que llevaba de su rey: y le dijo de parte de Cortes *que deseaba su amistad, y tenerle mas cerca para que la experimentase.* Pero él, que se hallaba ya lejos de la obediencia, ó tenia mas cerca su ambicion, respondió á Motezuma con desacato de hombre precipitado, y á Cortes con tanta desestimacion y arrojamiento, que le obligó á pedir con nueva instancia la

mpresa de sujetarle, cuya propuesta re-
rimió segùnda vez Motezuma, diciéndole
*ue aquel era de los casos en que se de-
ia usar primero del entendimiento que
e las manos, y que le dejase obrar se-
un la experiencia y conocimiento que
enia de aquellos humores, y de sus cau-
as.*

Portóse despues con gran reserva en-
re sus ministros, despreciando el delito
ara descuidar al delincuente, á cuyo
n les decia *que aquel atrevimiento de
u sobrino se debia tomar como ardor
uvenil, ó primer movimiento de hombre
in capacidad.* Y al mismo tiempo for-
mó una conjuracion secreta contra el
mismo conjurado, valiéndose de algunos
riados suyos que atendiéron á su primera
bligacion, ó la conociéron á vista de
as dádivas y las promesas: por cuyo
medio consiguió que le asaltasen una
oche dentro de su casa, y embarcán-
ose con él en una canoa, que tenian
revenida, le trajesen preso á Méjico sin
ue pudiese resistirlo. Descubrió enton-
es Motezuma todo el enojo que disi-
mulaba, y sin permitir que le viese ni
ar lugar á sus disculpas, le mandó po-
er, con acuerdo y parecer de Cortes,

en la cárcel mas estrecha de sus nobles, tratándole como á reo de culpa irremisible, y de pena capital.

Hallábase á esta sazon en Méjico un hermano de Cacumatzin, que pocos dias antes escapó dichosamente de sus manos; porque intentó quitarle insidiosamente la vida sobre algunas desconfianzas domésticas de poco fundamento. Amparóle Motezuma en su palacio, y le hizo alistar en su familia para darle mayor seguridad. Era mozo de valor y grandes habilidades; bien recibido en la corte y entre los vasallos de su hermano, haciéndole con unos y otros mas recomendable la circunstancia de perseguido. Puso Cortes los ojos en él, y deseando ganarle por amigo y traerle á su partido, propuso á Motezuma que le diese la investidura y señorío de Tezcuco, pues ya no era capaz su hermano de volver á reinar, habiendo conspirado contra su príncipe: díjole *que no era seguro castigar por entonces con pena de la vida á un delincuente de tanto séquito, cuando estaban conmovidos los ánimos de los nobles, que privándole del reino, le daba otro género de muerte*

menos ruidosa y de bastante severidad para el terror de sus parciales que aquel mozo tenia mejor natural; y debiéndole ya la vida le deberia tambien la corona, y quedaria mas obligado á su obediencia, por la oposicion de su hermano, y últimamente, que con esta demonstracion daba el reino á quien debia suceder en él, y dejaba en su sangre la dignidad de primer elector, que tanto suponia en el imperio. Agradó tanto á Motezuma este pensamiento de Cortes, que le comunicó luego á su consejo, donde se alabó como benigna y justificada la resolucion; y autorizando los ministros el decreto real, fué desposeido Cacumatzin, segun la costumbre de aquella tierra, de todos sus honores como rebelde á su príncipe: y nombrado su hermano por sucesor del reino y voz electoral. Llamóle despues Motezuma, y en el acto de la investidura, que tenia sus ceremonias y solemnidades, le hizo una oracion magestuosa en que redujo á pocas palabras todos los motivos que podian acrecentar el empeño de su fidelidad, y le dijo públicamente *que habia tomado aquella determinacion por consejo*

de Hernan Cortes; dándole á conocer que le debia la corona. Puédese creer que ya lo sabria el interesado, porque no era tiempo de obscurecer los beneficios, pero es de reparar lo que cuidaba Motezuma de hacerle bien quisto, y de ganar los ánimos de los suyos á favor de los españoles.

Partió luego el nuevo rey á su corte y fué recibido y coronado en ella con grandes aclamaciones y regocijos, celebrando todos su exaltacion con diferentes motivos : unos porque le amaban y sentian su persecucion : otros por la mala voluntad que tenian á Cacumatzin; y los mas por dar á entender que aborrecian su delito. Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre, que se atribuyó al superior juicio de los españoles, porque no esperaban de Motezuma semejante moderacion, y fué de tanta consecuencia la misma novedad para el escarmiento que los demas conjurados derramáron luego sus tropas, y tratáron de recurrir desarmados á la clemencia de su rey. Valiéronse de Cortes, y últimamente consiguiéron por su medio el perdon con que se deshizo aquella tempestad

ındose levantado contra él, salió igro mejorado, parte por su in-., y parte porque le favoreciéron ımos accidentes; pues Motezuma ıdeció la quietud de su reino, se ɔ por su hechura el mayor prín-el imperio; y favoreciendo á los que intentaban destruirle, se con nuevo caudal de amigos y dos.

CAPÍTULO III.

re Motezuma despachar á Cortes respon-do á su embajada: junta sus nobles, y one que sea reconocido el rey de Espa-por sucesor de aquel imperio, determi-lo que se le dé la obediencia y pague ıto como á descendiente de su conquis-ır.

GADOS aquellos rumores que llegá-ocupar todo el cuidado, sintió Mote-el ruido que deja en la imaginacion moria del peligro. Empezó á dis-r para consigo el estado en que se ıa; parecióle que ya se detenian ıo los españoles, y que habiéndose lo como falta de libertad en él la rolencia con que los trataba, debia

familiarizarse menos, y dar otro color á las exterioridades. Avergonzábase del pretexto que tomó Cacumatzin para su conjuracion: atribuyendo á falta de espíritu su benignidad, y alguna vez se acusaba de haber ocasionado aquella murmuracion: sentia la flaqueza de su autoridad, cuyos zelos andan siempre cerca de la corona, y ocupan el primer lugar entre las pasiones que mandan á los reyes. Temia que se volviesen á inquietar sus vasallos, y que saltasen nuevas centellas de aquel incendio recien apagado. Quisiera decir á Cortes que tratase de abreviar su jornada, y no hallaba camino decente de proponérselo; ni los rezelos, por ser especie de miedo, se confiesan con facilidad. Duró algunos dias en esta irresolucion, y últimamente determinó que le convenia en todo caso despachar luego á los españoles, y quitar aquel tropiezo á la fidelidad de sus vasallos.

Dispuso la materia con notable sagacidad, porque antes de comunicar su intento á Cortes, llevó prevenidas sus réplicas, saliendo á todos los motivos en que pudiera fundar su detencion. Aguardó que le viniese á visitar como

a, recibióle sin hacer novedad en grado, ni en el cumplimiento; intro-o la plática de su rey al modo que as veces; ponderó cuanto le vene-a; y dejando traer su propuesta de nisma conversacion, le dijo *que ha-discurrido en reconocerle de su pro-a voluntad el vasallage que se le de-, como á sucesor de Quezalcoal y ño proprietario de aquel imperio.* lo entendia, y en esto solo habló a afectacion: pero no se trataba en-ices de restituirle sus dominios, sino apartar á Cortes y facilitar su des-cho; á cuyo fin añadió *que pensaba ivocar la nobleza de sus reinos, y ha-en su presencia este reconocimiento ra que todos, á su imitacion, le diesen obediencia y estableciesen el vasalla-con alguna contribucion, en que pen-ba tambien darles ejemplo, pues tenia prevenidas diferentes joyas y preseas mucho valor para cumplir por su rte con esta obligacion; y no dudaba e sus nobles acudirian á ella con lo ejor de sus riquezas, ni desconfiaba de ie se juntaria cantidad tan considera-e que pudiese llegar sin desaire á la*

presencia de aquel príncipe, como primera demonstracion del imperio Mejicano.

Esta fué su proposicion, y en ella concedia de una vez todo lo que á su parecer podian atreverse á desear los españoles, satisfaciendo á su ambicion y á su codicia para quitarles enteramente la razon de perseverar en su corte antes de ordenarles que se retirasen. Y encubrió con tanta destreza el fin á que caminaba, que no le conoció entonces Hernan Cortes; antes le rindió las gracias de aquella liberalidad, sin extrañarla ni encarecerla, como quien acetaba de parte de su rey lo que se le debia, y quedó sumamente gustoso de haber conseguido mas de lo que parecia practicable, segun el estado presente de las cosas. Celebró despues con sus capitanes y soldados el servicio que harian al rey don Cárlos, si conseguian que se declarase por súbdito y tributario suyo un monarca tan poderoso: discurrió en las grandes riquezas con que podrian acompañar esta noticia, para que no llegase desnuda la relacion y peligrase de increible. Y á la verdad no pensaba entonces apartarse de su empresa, ni le parecia

dificultoso el mantenerse, hasta que sabiendo en España el estado en que la tenia, se le ordenase lo que debia ejecutar: seguridad á que le pudo inducir lo que le favorecia Motezuma; los amigos que iba ganando; la facilidad con que se le venian á las manos los sucesos, ó alguna causa de orígen superior que le dilataba el ánimo, para que á vista de cuanto pudiera desear no se acabase de componer con sus esperanzas.

Pero Motezuma, que tiraba sus líneas á otro centro, y sabia resolver despacio, y ejecutar sin dilación, despachó luego sus convocatorias á los caciques de su reino, como se acostumbraba cuando se ofrecia negocio público en que hubiese de intervenir la nobleza, sin alargarse á los mas distantes por abreviar al intento principal de aquella diligencia. Viniéron todos á Méjico dentro de pocos dias, con el séquito que solian asistir en la corte, y tan numeroso, que hiciera ruido en el cuidado, si se ignorara la ocasion y la costumbre. Juntólos Motezuma en el cuarto de su habitacion, y en presencia de Cortes, que fué llamado á esta conferencia, y concurrió en ella con sus intérpretes y algunos de sus capitanes, les

hizo un razonamiento en que dió los motivos y facilitó la dureza de aquella notable resolucion. Bernal Diaz del Castillo dice que hubo dos juntas, y que no asistió Cortes en la primera: pudo ser alguna de sus equivocaciones, porque no lo callaria el mismo Hernan Cortes en la segunda relacion de su jornada; y cuando se trataba de satisfacerle y confiarle, no era tiempo de juntas reservadas.

Fué de grande aparato y autoridad esta funcion, porque asistiéron tambien á ella los nobles y ministros que residian en la corte; y Motezuma, despues de haberlos mirado una y dos veces con agradable magestad, empezó su oracion, haciéndolos benévolos y atentos con ponerles delante *cuanto los amaba, y cuanto le debian.* Acordóles *que tenian de su mano todas las riquezas y dignidades que poseian; y sacó por ilacion de este principio la obligacion en que se hallaban de creer, que no les propondria materia que no fuese de su mayor conveniencia, despues de haberla premeditado con madura deliberacion, consultado á sus dioses el acierto, y tenido señales evidentes de que hacia su voluntad.*

Afectaba muchas veces estas vislum-



le inspiracion para dar algo de divi-
l á sus resoluciones, y entonces le
ron; porque no era novedad que
oreciese con sus respuestas el de-
o. Asentada esta reconvencion y
isterio, refirió con brevedad *el ori-
lel imperio Mejicano, la expedi-
de los Nabatlacas, las hazañas
giosas de Quezalcoal, su primer
rador, y lo que dejó profetizado
lo se apartó á las conquistas del
te, previniendo con impulso del
que habian de volver á reinar en
la tierra sus descendientes*. Tocó
es como punto indubitable, *que el
le los españoles, que dominaba en
las regiones orientales, era legí-
sucesor del mismo Quezalcoal. Y
ió: que siendo él monarca de quien
a de proceder aquel príncipe tan
ido entre los Mejicanos, y tan pro-
do en los oráculos y profecías que
aba su nacion, debian todos re-
cer en su persona este derecho he-
tario, dando á su sangre lo que á
de ella se introdujo en eleccion:
si hubiera venido entonces perso-
ente, como envió sus embajadores*,

era tan amigo de la razon, y amaba tanto á sus vasallos, que por su mayor felicidad seria el primero en desnudarse de la dignidad que poseia, rindiendo á sus pies la corona; fuese para dejarla en sus sienes, ó para recibirla de su mano. Pero que debiendo á los dioses la buena fortuna de que hubiese llegado en su tiempo noticia tan deseada, queria ser el primero en manifestar la prontitud de su ánimo; y habia discurrido en ofrecerle desde luego su obediencia, y hacerle algun servicio considerable. A cuyo fin tenia destinadas las joyas mas preciosas de su tesoro, y queria que sus nobles le imitasen, no solo en hacer el mismo reconocimiento, sino en acompañarle con alguna contribucion de sus riquezas, para que siendo mayor el servicio, llegase mas decoroso á los ojos de aquel príncipe.

En esta substancia concluyó Motezuma su razonamiento, aunque no de una vez: porque á despecho de lo que se procuró esforzar en este acto; cuando llegó á pronunciarse vasallo de otro rey, le hizo tal disonancia esta proposicion,

que se detuvo un rato sin hallar las palabras con que habia de formar la razon; y al acabarla se enterneció tan declaradamente, que se viéron algunas lágrimas discurrir por su rostro como lloradas contra la voluntad de los ojos. Y los Mejicanos, conociendo su turbacion, y la causa de que procedia, empezáron tambien á enternecerse prorrumpiendo en sollozos menos recatados, y deseando al parecer con algo de lisonja, que hiciese ruido su fidelidad. Fué necesario que Cortes pidiese licencia de hablar, y alentase á Motezuma diciendo: *que no era el ánimo de su rey desposeerle de su dignidad, ni trataba de que se hiciese novedad en sus dominios; porque solo queria que se aclarase por entonces su derecho á favor de sus descendientes, respecto de hallarse tan distante de aquellas regiones, y tan ocupado en otras conquistas que no podria llegar en muchos años el caso en que hablaban sus tradiciones y profecias.* Con cuyo desahogo cobró aliento, volvió á serenar el semblante, y acabó su razon como se ha referido.

Quedáron los Mejicanos atónitos ó confusos de oir semejante resolucion,

extrañándola como desproporcionada, ó menos decente á la magestad de un príncipe tan grande y tan zeloso de su dominacion. Miráronse unos á otros sin atreverse á replicar ni á conceder, dudando en que se ajustarian mas á su intencion; y duró este silencio reverente hasta que tomó la mano el primero de sus magistrados; y con mejor conocimiento de su dictámen respondió por los demas: *que todos los nobles que concurrian en aquella junta le respetaban como á su rey y señor natural, y estarian prontos á obedecer lo que proponia por su benignidad, y mandaba con su ejemplo; porque no dudaban que lo tendria bien discurrido y consultado con el cielo, ni tenian instrumento mas sagrado que el de su voz para entender la voluntad de los dioses.* Concurriéron todos en el mismo sentir, y Hernan Cortes, cuando llegó el caso de significar su agradecimiento fué dictando á sus intérpretes otra oracion no menos artificiosa, en que dió las gracias á Motezuma y á todos los circunstantes de aquella demonstracion, aceptando en nombre de su rey el servicio, y midiendo sus ponderaciones con la máxima de no extra-

ñar mucho que asistiesen á su obligacion: al modo que se recibe la deuda, y se agradece la puntualidad en el deudor.

Pero no bastáron aquellas lágrimas de Motezuma para que se rezelase Cortes entonces de su liberalidad, ni conociese que se trataba de su despacho final, en que se dejó llevar del primer sonido, con alguna disculpa; porque donde halló introducida como verdad infalible aquella notable aprehension de los descendientes de Quezalcoal, y tenian á su rey indubitablemente por uno de ellos, no le pareceria tan irregular esta demonstracion, que se debiese mirar como afectada ó sospechosa. Sobre cuyo presupuesto pudo tambien atribuir el llanto de Motezuma, y aquella congoja con que llegó á pronunciar las cláusulas del vasallage, á la misma violencia con que se desprende la corona y se mide la suma distancia que hay entre la soberanía y la sujecion: caso verdaderamente de aquellos en que puede faltar el ánimo con algo de magnanimidad. Pero se debe creer que Motezuma, por mas que mirase al rey de España como legítimo sucesor de aquel imperio, no tuvo intento

otras de las que se guardaban por grandeza, y servian á la ostentacion; diferentes piezas del mismo género y metal en figura de animales, aves y pescados, en que se miraba como segunda riqueza el artificio: cantidad de aquellas piedras que llamaban chalcuites, parecidas en el color á las esmeraldas, y en la vana estimacion á nuestros diamantes; y algunas pinturas de pluma, cuyos colores naturales, ó imitaban mejor, ó tenian menos que fingir en la imitacion de la naturaleza: dádiva de ánimo real que se hallaba oprimido, y trataba de poner en precio su libertad.

Siguiéronse á esta demonstracion los presentes de los nobles que venian con título de contribucion, y se redujéron á piezas de oro y otras preseas de la misma calidad, en que se compitiéron unos á otros con deseo, al parecer, de sobresalir en la obediencia de su rey, y mezclando esta subordinacion con algo de propria vanidad. Todo venia dirigido á Motezuma, y pasaba con recado suyo al cuarto de Cortes. Nombráronse contador y tesorero para que se llevase la razon de lo que se iba recibiendo; y se juntó en breves dias tanta cantidad de

oro, que reservando las joyas y piezas de primor, y habiéndose fundido lo demas, se halláron seiscientos mil pesos reducidos á barras de buena ley, de cuya suma se apartó el quinto para el rey; y del residuo, segundo quinto para Hernan Cortes, con beneplácito de su gente y cargo de acudir á las necesidades públicas del ejército. Separó tambien la cantidad en que estaba empeñado para satisfacer la deuda de diego Velazquez, y lo que le prestáron sus amigos en la isla de Cuba; y lo demas se repartió entre los capitanes y soldados, comprehendiendo á los que se hallaban en la Vera-Cruz.

Diéronse iguales porciones á los que tenian ocupacion; pero entre los de plaza sencilla hubo alguna diferencia, porque fuéron mejor remunerados los de mayores servicios, ó menos inquietos en los rumores antecedentes: peligrosa equidad en que hace agraviados el premio y quejosos la comparacion. Hubo murmuraciones y palabras atrevidas contra Hernan Cortes y contra los capitanes; porque al ver tanta riqueza junta, querian igual recompensa los que merecian menos; y no era posible lle-

la detencion de la respuesta, disculpó cortesanamente lo que se habia embarazado, viéndole menos agradable, cuando era tan puesto en razon lo que ordenaba. Díjole *que trataria luego de abreviar su viage: que ya traia entre las manos las prevenciones de que necesitaba; y que deseando ejecutarle sin dilacion, habia discurrido en pedirle licencia para que se fabricasen algunos bajeles capaces de tan larga navegacion, por haberse perdido, como sabia, los que le condujéron á sus costas*. Con que dejó introducida y pendiente su obediencia, satisfaciendo al empeño en que se hallaba, y dando tiempo á la resolucion.

Dicen que tuvo Motezuma prevenidos cincuenta mil hombres para este lance; y que vino con determinacion de hacerse obedecer, valiéndose de la fuerza si fuese necesario; y es cierto que temió la réplica de Cortes, y que deseaba excusar el rompimiento; porque le abrazó con particular afecto, estimando su respuesta, como quien no la esperaba. Obligóse de que le quitase la ocasion de irritarse contra él. Amábale con un género de voluntad, que tenia parte de

clinacion y parte de respeto; y bien
ıllado con su mismo desenojo le dijo:
*ıe no era su intento apresurase su jor-
ıda sin darle medios para que la eje-
ıtase: que se dispondria luego la fá-
ica de los bajeles, y entretanto no te-
a que hacer novedad, ni apartarse de
lado, pues bastaria para la satisfac-
on de sus dioses y quietud de sus vasa-
os aquella prontitud con que se trataba
obedecer á los unos y complacer á los
ros.* Fatigábale aquellos dias el demo-
o con horribles amenazas, dando voz
semejanza de voz á los ídolos para ir-
tarle contra los españoles. Congojá-
ınle tambien los nuevos rumores que
iban encendiendo entre los suyos,
or haberse recibido mal que se hiciese
ibutario de otro príncipe, mirando
quella desautoridad suya como nuevo
avámen que bajaria con el tiempo á
s hombros de sus vasallos. De suerte
ue se hallaba combatido por una parte
e la política, y por otra de la religion;
fué mucho que se determinase á dar
ta permision á Cortes, por ser obser-
ıntísimo con sus dioses, y no menos
ıpersticioso con el ídolo de su conser-
ıcion.

Diéronse luego las órdenes para la fábrica de los bajeles. Publicóse la jornada, y Motezuma hizo pregonar que acudiesen á la costa de Ulna todos los carpinteros del contorno, señalando los parages donde se pòdria cortar la madera, y los lugares que habian de contribuir con indios de carga para que la condujesen al astillero. Hernan Cortes por su parte afectó las exterioridades de obediente. Despachó luego á los maestros y oficiales que fabricáron los bergantines, conocidos ya entre los Mejicanos. Discurrió públicamente con ellos del porte y calidad de los bajeles, ordenándoles que se aprovechasen del hierro, jarcias y velámen de los que se barrenáron; y todo era tratar del viage como si le tuviera resuelto: con que adormeció las inquietudes que se iban forjando, y se aseguró en la confianza de Motezuma.

Pero al tiempo de partir esta gente á la Vera-Cruz habló reservadamente á martin Lopez, vizcaino de nacion, que iba por cabo principal; y siendo maestro consumado en este género de fábricas, sabia cumplir mejor con la profesion de soldado. Encargóle *que se fuese poco á*



poco en la formacion de los bajeles; y procurase alargar la obra cuanto pudiese con tal artificio que se consiguiese la tardanza, sin que pareciese dilacion. Era su fin conservarse con este color en aquella corte, y hacer lugar para que pudiesen volver de España sus comisarios alonso Hernandez Portocarrero y francisco de Montejo, con esperanza de que le trajesen algun socorro de gente, ó por lo menos el despacho y órdenes de que necesitaba para la direccion de su empresa, porque siempre tuvo firme resolucion de proseguirla. Y caso que le arrojase de Méjico la última necesidad, pensaba esperarlos en la Vera-Cruz, y mantenerse al abrigo de aquella fortificacion, valiéndose de las naciones amigas para resistir á los Mejicanos: admirable constancia, que no solo duraba entre las dificultades presentes, pero se prevenia para no descaecer en las contingencias.

Sobrevino dentro de pocos dias otro accidente que descompuso estas disposiciones, llamando la prudencia y el valor á nuevo cuidado. Tuvo noticia Motezuma de que andaban en la costa de Ulna diez y ocho navíos extrangeros, y los minis-

tros de aquel parage se los enviáron pintados en aquellos lienzos, que hacian el oficio de las cartas, con las señas de la gente que se habia dejado ver en ellos, y algunos caracteres en que venia significado lo que se podia rezelar de sus intentos, siendo españoles al parecer, y llegando en ocasion que se trataba de aviar á los que residian en su corte. Diósele ó no cuidado esta representacion de sus gobernadores, lo que resultó de ella fué llamar luego á Cortes, ponerle delante la pintura y decirle *que ya no seria necesaria la prevencion que se hacia para su jornada, pues habian llegado á la costa bajeles de su nacion en que podria ejecutarla*. Miró Cortes la pintura con mas atencion que sobresalto: y aunque no entendió los caracteres que la especificaban, conoció en el trage de la gente, porte y hechura de los navíos, lo bastante para no dudar que fuesen españoles. Su primer movimiento fué alegrarse, teniendo por cierto que habrian llegado sus procuradores, y fingiéndose grandes socorros en tanto número de bajeles. Vase con facilidad la imaginacion á lo que se desea, y no se persuadió entonces á que pudiese venir

contra él armada tan poderosa; porque discurria noblemente segun la llaneza de su proceder; y las sinrazones ocurren tarde á los bien intencionados. Su respuesta fué *que se partiria luego si aquellos navíos estuviesen de vuelta para los dominios de su rey*. Y no extrañando que hubiese llegado primero á su noticia esta novedad, porque sabia la incesable diligencia de sus correos añadió: *que no podia tardar el aviso de los españoles que asistian en Zempoala, por cuyo medio se sabrian con fundamento la derrota y designios, de aquella gente, y se veria si era necesario proseguir en la fábrica de los bajeles, ó posible adelantar sin ellos su viage*. Aprobó Motezuma este reparo, agradeciendo la prontitud, y conociendo la razon. Pero tardáron poco en llegar las cartas de la Vera-Cruz, en que avisaba gonzalo de Sandoval *que aquellos bajeles eran de diego Velazquez. y venian en ellos ochocientos españoles contra Hernan Cortes y su conquista*; cuyo golpe no esperado recibió en presencia de Motezuma, y necesitó de todo su aliento para encubrir su turbacion. Hallóse con el peligro donde aguardaba el socorro. La ocasion

era terrible: angustias por todas partes; desconfianzas en Méjico y enemigos en la costa. Pero haciendo lo que pudo para componer el semblante con la respiracion, negó su cuidado á Motezuma, endulzó la noticia entre los suyos, y se retiró despues á desapasionar el discurso para que se diese con libertad á las diligencias del remedio.

CAPÍTULO V.

Refiérense las nuevas prevenciones que hizo diego Velazquez para destruir á Hernan Cortes: el ejército y armada que envió contra él á cargo de pánfilo de Narbaez: su arribo á las costas de Nueva España; y su primer intento de reducir á los españoles de la Vera-Cruz.

Dejámos á diego Velazquez envuelto en sus desconfianzas, impaciente de que se hubiesen malogrado los esfuerzos que hizo para detener á Hernan Cortes y desacreditando con nombre de traicion la fuga que ocasionáron sus violencias para disponer su venganza con título de remedio. Recibió las cartas del licenciado benito Martin su capellan, con nombramiento de adelantado por el rey, no solo

de aquella isla, sino de las tierras que se descubriesen y conquistasen por su inteligencia. Dábale noticia de la gratitud, ó fuese agradecimiento, con que le defendia y patrocinaba el presidente de las indias, obispo de Burgos, desfavoreciendo por este respeto á los procuradores de Cortes. Pero al mismo tiempo le avisaba de la benignidad con que los oyó el emperador en Tordesillas: del ruido que habian hecho en España las riquezas que lleváron, y del concepto grande con que se hablaba ya en aquella conquista, dándola el primero lugar entre las antecedentes.

Entró con el nuevo dictado en mayores pensamientos. Diéronle osadía y presuncion los favores del presidente; y como crecen con el poder las pasiones humanas, ó es propiedad en ellas el mandar mas en los mas poderosos, miró su ofensa con otro género de irritacion mas empeñada, ó con otra especie de superioridad que le desfiguraba la envidia con el trage de la justificacion. Afligian y precipitaban su paciencia los aplausos de Cortes; y aunque no le pesaba de ver tan adelantada la conquista, porque las obligaciones de su sangre dejaban

siempre su lugar al servicio del rey, no podia sufrir que se llevase otro las gracias que á su parecer se le debian: tan vanaglorioso en el aprecio de la parte que tuvo en la primera disposicion de aquella jornada, que se atribuia, sin otro fundamento, el renombre de conquistador; y tan dueño en su estimacion de toda la empresa, que le parecian suyas hasta las hazañas con que se habia conseguido.

Con estos motivos y con esta destemplanza de aprehensiones trató luego de formar armada y ejército con que destruir á Hernan Cortes y á cuantos le seguian: compró bajeles, alistó soldados, y discurrió personalmente por toda la isla; visitando las estancias de los españoles, y animándolos á la faccion. Poníales delante la obligacion que tenian de asistir á su desagravio: partia con ellos anticipadamente las grandes riquezas de aquella conquista, usurpadas entonces (asi lo decia) por unos rebeldes mal aconsejados que saliéron de Cuba fugitivos para no dejar en duda su falta de valor; con cuyas esperanzas, y algunos socorros, en que gastó mucha parte de su caudal, juntó en breves

dias un ejército, que allí se pudo llamar formidable por el número y calidad de la gente. Constaba de ochocientos infantes españoles, ochenta caballos y diez ó doce piezas de artillería, con abundante provision de bastimentos, armas y municiones. Nombró por cabo principal á Pánfilo de Narbaez, natural de Valladolid, sugeto capaz, y en aquella isla de la primera estimacion, aunque amigo de sus opiniones, y de alguna dureza en los dictámenes. Dióle título de teniente suyo, nombrándole gobernador, cuando menos, de la Nueva España.

Dióle tambien instruccion secreta en que le ordenaba *que procurase prender á Cortes, y se le remitiese con buena guardia para que recibiese de su mano el castigo que merecia: que hiciese lo mismo con la gente principal que le seguia si no se redujesen á dejar su partido, y que tomase posesion en su nombre de todo lo conquistado; adjudicándolo al distrito de su adelantamiento*; sin detenerse mucho á discurrir en los accidentes que se le podian ofrecer: porque á vista de tan ventajosas fuerzas, le parecia fácil de conseguir cuanto le pro-

ponia su deseo ; y la confianza, vicio familiar de ingenios apasionados, ó mira desde lejos los peligros, ó no conoce hasta que padece las dificultades.

Tuviéron aviso de este movimiento y prevenciones los religiosos de san Gerónimo que presidian á la real audiencia de Santo Domingo, con suprema jurisdiccion sobre las otras islas; y previniendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviéron al licenciado lucas Vazquez de Aylon, juez de la misma real audiencia, para que procurase poner en razon á diego Velazquez; y no bastando los medios suaves le intimase las órdenes que llevaba, mandándole con graves penas que desarmase la gente, deshiciese la armada y no perturbase ó pusiese impedimento á la conquista en que estaba entendiendo Hernan Cortes, so color de pertenecerle por cualquiera razon ó pretexto que fuese; y que dado que tuviese alguna querella contra su persona, ó algun derecho sobre la tierra que andaba pacificando, acudiese á los tribunales del rey, donde tendria segura, por los términos regulares, su justicia.

Llegó este ministro á la isla de Cuba

cuando ya estaba prevenida la armada, que se componia de once navíos de alto bordo, y siete poco mas que bergantines, unos y otros de buena calidad: y diego Velazquez andaba muy solícito en adelantar la embarcacion de la gente. Procuró reducirle, sirviéndose amigablemente de cuantas razones le ocurriéron para detenerle y confiarle. Dióle á conocer *lo que aventuraba si se pusiese Cortes en resistencia, interesados ya en defender sus mismas utilidades los soldados que le seguian: el daño que podria resultar de que viesen aquellos indios belicosos y recien conquistados una guerra civil entre los españoles: que si por esta desunion se perdiese una conquista, de que ya se hacia tanta estimacion en España, peligraria su crédito en un cargo de mala calidad, sin que le pudiesen defender los que mas le favorecian.* Pasóse de parte de su justicia para persuadirle *á que la pidiese donde se miraria con diferente atencion, si no la desacreditase con aquella violencia.* Y últimamente, viéndole incapaz de consejo, porque le parecia impracticable todo lo que no fuese destruir á Hernan Cortes,

pasó á lo judicial, manifestó las órdenes, y se las hizo notificar por un escribano que llevaba prevenido, acompañándolas con diferentes requerimientos y protestas; pero nada bastó á detener su resolucion; porque sonaba tanto en su concepto el título de adelantado, que dió muestras de no reconocer superior en su distrito, y se quedó en su obstinacion, hecha ya porfía la inobediencia. Disimuló el oidor algunos desacatos, sin atreverse á contradecirle derechamente por no hacer mayor su precipicio; y viendo que trataba de abreviar la embarcacion de la gente, fingió deseo de ver aquella tierra tan encarecida, y se ofreció á seguir el viage con apariencias de curiosidad, á que salió fácilmente diego Velazquez porque llegase mas tarde á la isla de Santo Domingo la noticia de su atrevimiento, y él consiguió el embarcarse con gusto y estimacion de todos: resolucion, que bien fuese de su dictámen ó procediese de su instruccion, pareció bien discurrida y conveniente para estorbar el rompimiento de aquellos españoles. Persuadióse con bastante probabilidad á que seria mas fácil de conseguir lejos de diego Velazquez

a obediencia de las órdenes, ó tendria liferente autoridad su mediacion con ›ánfilo de Narbaez; y aunque fué su ısistencia de nuevo inconveniente, como lo verémos despues, no por eso dejáron de merecer alabanza su zelo y su liscurso: que los sucesos, por el mismo ;aso que se apartan muchas veces de os medios proporcionados, no pueden [uitar el nombre al acierto de las resoluciones. Embarcóse tambien andres de)uero, aquel secretario de Velazquez [ue favoreció tanto á Cortes en los prin;ipios de su fortuna. Dicen unos que se ›freció á esta jornada por desfrutar sus iquezas acordando el beneficio; y otros [ue fué su intencion mediar con Nar›aez y embarazar en cuanto pudiese la uina de su amigo, á cuyo sentir nos plicarémos antes que al primero, por ıo estar bien con los historiadores que e precian de tener mal inclinadas las onjeturas.

Hiciéronse á la vela, y favoreciéndo›s el viento se halláron en breves dias á ista de la tierra que buscaban. Surgió ı armada en el puerto de Ulna, y pánlo de Narbaez echó algunos soldados n tierra que tomasen lengua y recono-

ciesen las poblaciones vecinas. Halláron estos á poca diligencia dos ó tres españoles que andaban desmandados por aquel parage. Lleváronlos á la presencia de su capitan; y ellos, ó temerosos de alguna violencia, o inclinados á la novedad, le informáron de todo lo que pasaba en Méjico y en la Vera-Cruz, buscando su lisonja en el descrédito de Cortes: sobre cuya noticia fué lo primero que resolvió tratar con gonzalo de Sandoval que le rindiese aquella fortaleza de su cargo, manteniéndola por él, ó la desmantelase, pasándose á su ejército con la gente de la guarnicion. Encargó esta negociacion á un clérigo que llevaba consigo, llamado juan ruiz de Guevara, hombre de condicion menos reprimida que pedia el sacerdocio. Fuéron con él tres soldados que sirviesen de testigos, y un escribano real, por si fuese necesario llegar á términos de notificacion. Tenia gonzalo de Sandoval sus centinelas á trechos para que observasen los movimientos de la armada, y se fuesen avisando unas á otras, por cuyo medio supó que venian mucho antes que llegasen; y con certidumbre de que no los seguia mayor número de

gente, mandó abrir las puertas de la villa, y se retiró á esperarlos en su posada. Llegáron ellos, no sin alguna presuncion de que serian bien admitidos; y el clérigo, despues de las primeras urbanidades, y haber puesto en manos de Sandoval su carta de creencia, le dió noticia de las fuerzas con que venia pánfilo de Narbaez á tomar satisfaccion por diego Velazquez de la ofensa que le hizo Hernan Cortes en apartarse de su obediencia, siendo suya enteramente la conquista de aquella tierra, por haberse intentado de su órden y á su costa. Hizo su proposicion como punto sin dificultad en que sobraban los motivos; y esperó gracias de venirle á buscar con un partido ventajoso, donde se habian juntado la fuerza y la razon. Respondióle gonzalo de Sandoval con alguna destemplanza, mal escondida en el sosiego exterior, *que pánfilo de Narbaez era su amigo, y tan atento vasallo de su rey que solo desearia lo que fuese mas conveniente á su servicio: que la ocurrencia de las cosas y el mismo estado en que se hallaba la conquista pedian que se uniesen sus fuerzas con las de Cortes, y le ayudase*

á perficionar lo que tenia tan adelantado, tratándose primero de la primera obligacion, pues no se hizo el tribunal de las armas para querellas de particulares; pero que dado caso que anteponiendo el interes ó la venganza de su amigo, se arrojase á intentar alguna violencia contra Hernan Cortes, tuviese desde luego entendido, que asi él como todos los soldados de aquella plaza, querrian antes morir á su lado, que concurrir á semejante desalumbramiento.

Sintió el clérigo, como golpe improviso, esta repulsa; y mas acostumbrado á dejarse llevar que á reprimir su natural, prorrumpió en injurias y amenazas contra Hernan Cortes llamándole traidor, y alargándose á decir que lo serian gonzalo de Sandoval y cuantos le siguiesen. Procuráron unos y otros moderarle y contenerle acordándole su dignidad, para que supiese á lo menos la razon por que le sufrian; pero él, levantando la voz, sin mudar el estilo, mandó al escribano: *que hiciese notorias las órdenes que llevaba para que supiesen todos que habian de obedecer á Narbaez, pena de la vida:* y no pudo

lograr esta diligencia, porque la embarazó gonzalo de Sandoval, diciendo al escribano que le haria poner en una horca, si se atreviese á notificarle órdenes que no fuesen del rey. Creciéron tanto las voces y los desacatos, que los mandó llevar presos, no sin alguna impaciencia. Pero considerando poco despues el daño que podrian hacer si volviesen irritados á la presencia de Narbaez; resolvió enviarlos á Méjico para que se asegurase de ellos Hernan Cortes, ó procurase reducirlos; y lo ejecutó sin dilacion, haciendo prevenir indios de carga que los llevasen aprisionados sobre sus hombros en aquel género de andas que les servian de literas. Fué con ellos por cabo de la guardia un español de su confianza, que se llamaba pedro de Solís: encargóle que no se les hiciese molestia ni mal tratamiento en el camino: despachó correo adelantando á Cortes esta noticia, y trató de prevenir su gente y convocar los indios amigos para la defensa de su plaza, disponiendo cuanto le tocaba, como advertido y cuidadoso capitan.

No se puede negar que obró con algun arrojamiento mas que militar en la

prision de aquel sacerdote, dando á su irritacion sobrada licencia, si ya no la resolvió políticamente, considerando que no estaria bien cerca de Narbaez un hombre de aquella violencia y precipitacion, para que se consiguiese la paz que tanto convenia. Puédese creer que se diéron la mano en su resolucion el proprio sentimiento, y la conveniencia principal; y si obró con esta mira, como lo persuade la misma reportacion con que le habia sufrido y respetado, no se debe culpar todo el hecho por este ó aquel motivo menos moderado, que algunas veces acierta el enojo lo que no acertara la modestia, y sirve la ira de dar calor á la prudencia.

CAPÍTULO VI.

Discursos y prevenciones de Hernan Cortes en órden á excusar el rompimiento: introduce tratados de paz: no los admite Narbaez, antes publica la guerra y prende al licenciado lucas Vazquez de Aylon.

De todas estas particularidades iba teniendo Hernan Cortes frecuentes avisos que hiciéron evidencia su rezelo; y poco despues supo que habia tomado tierra

o de Narbaez, y marchaba con su
ito en órden la vuelta de Zempoala.
;ió mucho aquellos dias con su
o discurso, vario en los medios, y
icaz en los inconvenientes. No ha-
partido en que no quedase mal sa-
ho su cuidado. Buscar á Narbaez
campaña con fuerzas tan desigua-
a temeridad, particularmente cuan-
hallaba obligado á dejar en Méjico
de su gente para cubrir el cuartel,
ider el tesoro adquirido, y conser-
iquel género de guardia en que se
ıa estar Motezuma. Esperar á su
ıigo en la ciudad era revolver los
ores sediciosos de que adolescian ya
lejicanos, darles ocasion para que
masen con pretexto de la propria
nsa, y tener otro peligro á las es-
as: introducir pláticas de paz con
ıaez, y solicitar la union de aquellas
zas, siendo lo mas conveniente le
ció lo mas dificultoso, por conocer
ıreza de su condicion, y no hallar
ino de reducirle, aunque se rindiese
garle con su amistad, á que no se
rminaba, por ser el ruego poco feliz
los porfiados, y en proposiciones de
desairado medianero. Poníasele de-

mozo, sobrino de diego Velazquez, y de su mismo nombre, se adelantó, á decirle *que no tenia sangre de Velazquez, y la tenia indignamente quien apadrinaba con tanto empeño la causa de un traidor:* á que respondió juan Velazquez desmintiéndole, y sacando la espada con tanta resolucion de castigar su atrevimiento, que trabajáron todos en reprimirle; y últimamente le instáron en que se volviese al real de Cortes, porque temiéron los inconvenientes que podria ocasionar su detencion; y él lo ejecutó luego, llevándose consigo al padre fray bartolomé de Olmedo, y diciendo al partir algunas palabras poco advertidas, que hacian á su venganza, ó la trataban como decision del rompimiento.

Quedáron algunos de los capitanes mal satisfechos de que Narbaez le dejase volver sin ajustar el duelo de su pariente, para oirle, y despacharle bien ó mal, segun lo que de nuevo representase; á cuyo propósito decian *que una persona de aquella suposicion y autoridad, se debia tratar con otro género de atencion: que de su juicio y entereza no se podia creer que hubiese venido con proposiciones descaminadas, ó menos*

ıbles: que las puntualidades de la ı nunca llegaban á impedir la ıeza de los oidos; ni era buena ·a, ó buen camino de poner en cui- ıl enemigo, darle á entender que :ia su razon: discursos que pasá- e los capitanes á los soldados, con conocimiento de la poca justifica- :on que se procedia en aquella a, que pánfilo de Narbaez necesitó sosegarlos de nombrar persona, uese á disculpar en su nombre y todos, aquella falta de urbanidad, aber de Cortes á que punto se :ia la comision de juan Velazquez eon; para cuya diligencia eligié- ıl y los suyos al secretario andres uero, que por menos apasionado a Hernan Cortes, pareció á pro- ɔ para la satisfaccion de los mal ntos; y por criado de diego Ve- ıez no desmereció la confianza de ue procuraban estorbar el ajusta- to.

ernan Cortes entretanto, con las no- ı que lleváron fray bartolomé de edo y juan Velazquez de Leon, en- n conocimiento de que habia cum- ı sobradamente con las diligencias

de la paz; y teniendo ya por necesario el rompimiento, movió su ejército con ánimo de acercarse mas, y ocupar algun puesto ventajoso donde aguardar á los Chinantlecas, y aconsejarse con el tiempo.

Iba continuando su marcha cuando volviéron los batidores con noticia de que venia de Zempoala el secretario andres de Duero; y Hernan Cortes, no sin esperanza de alguna favorable novedad, se adelantó á recibirle. Saludáronse los dos con igual demonstracion de su afecto; renováronse con los abrazos, ó se volviéron á formar los antiguos vínculos de su amistad: concurriéron al aplauso de su venida todos los capitanes; y antes de llegar á lo inmediato de la negociacion, le hizo Cortes algunos presentes mezclados con mayores ofertas. Detúvose hasta otro dia despues de comer, y en este tiempo se apartáron los dos á diferentes conferencias de grande intimidad. Discurriéronse algunos medios en órden á la union de ambos partidos, con deseo de hallar camino para reducir á Narbaez, cuya obstinacion era el único impedimento de la paz. Llegó Cortes á ofrecer que le dejaria la

empresa de Méjico, y se apartaria con los suyos á otras conquistas: y andres de Duero, viéndole tan liberal con su enemigo, le propuso que se viese con él, pareciéndole que podria conseguir de Narbaez este abocamiento, y que se vencerian mejor las dificultades con la presencia y viva voz de las partes. Dicen unos que llevaba órden para introducir esta plática: otros que fué pensamiento de Cortes, y concuerdan todos en que se ajustáron las vistas de ambos capitanes luego que volvió andres de Duero á Zempoala; por cuya solicitud se hizo capitulacion auténtica, señalando la hora y el sitio donde habia de ser la conferencia; y asegurando cada uno con su palabra y su firma, que saldrian al puesto señalado con solos diez compañeros, para que fuesen testigos de lo que se discurriese y ajustase.

Pero al mismo tiempo que se disponia Hernan Cortes para dar cumplimiento por su parte á lo capitulado, le avisó de secreto andres de Duero, que se andaba previniendo una emboscada, con ánimo de prenderle ó matarle sobre seguro; cuya noticia (que se confirmó tambien por otros confidentes) le obligó á darse

que se reparase la gente de lo que habia padecido con la fuerza del sol y prolijidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra parte del rio; y dando el primer lugar al descanso de su ejército, reservó para despues el discurrir con sus capitanes lo que se hubiese de intentar, segun las noticias que llegasen del ejército contrario, donde tenia ganados algunos confidentes, y estaba creyendo que lo habian de ser en la ocasion cuantos aborrecian aquella guerra; cuyo presupuesto, y las cortas experiencias de Narbaez, le diéron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala, sin falta de precaucion ó nota de temeridad.

Llegó á Narbaez la noticia del parage donde se hallaba su enemigo; y mas apresurado que diligente; ó con un género de celeridad embarazada que tocaba en turbacion, trató de sacar su ejército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública: señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortes: puso en precio menor las de gonzalo de Sandoval, y juan Velazquez de Leon. Mandaba muchas cosas á un tiempo, sin olvidarse de su ene-



o : mezclábanse las órdenes con las menazas, y todo era despreciar al enemigo con apariencias de temerle. Puesto n órden el ejército, menos por su disposicion que por lo que acertáron sin bedecer sus capitanes, marchó como n cuarto de legua con todo el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortes en campo abierto: persuadiéndose á que venia tan desalumbrado, que le habia de acometer donde pudiese lograr todas sus ventajas el mayor número de su gente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el dia, gastando el tiempo y engañando la imaginacion con varios discursos de alegre confianza; conceder el pillage á los soldados, enriquecer con el tesoro de Méjico á los capitanes, y hablar mas en la victoria que de la batalla: pero al caer el sol se levantó un nublado que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de agua, que aquellos soldados maldijéron la salida, y clamáron por volverse al cuartel; en cuya impaciencia entráron poco despues los capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narbaez, que sentia tambien su incomodidad; faltando en todos la costumbre de resistir á las in-

clemencias del tiempo, y en muchos la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Habia llegado poco antes aviso de que se mantenia Cortes de la otra parte del rio, de que no sin alguna disculpa congeturáron que no habia que rezelar por aquella noche; y como nunca se halla con dificultad la razon que busca el deseo, diéron todos por conveniente la retirada, y la pusiéron en ejecucion desconcertadamente, caminando al cubierto, menos como soldados que como fugitivos.

No permitió Narbaez que su ejército se desuniese aquella noche; mas porque discurrió en salir temprano á la campaña, que porque tuviese algun rezelo de Cortes; aunque afectó por lo demas el cuidado á que obligaba la cercanía del enemigo. Alojáronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes, sitio eminente y capaz, á cuyo plano se subia por unas gradas pendientes y desabridas que daban mayor seguridad á la eminencia.

Guarneció con su artillería el pretil que servia de remate á las gradas. Eli-

gió para su persona el torreon de enmedio, donde se retiró con algunos capitanes, y hasta cien hombres de su confidencia, y repartió en los otros dos el resto de la gente: dispuso que saliesen algunos caballos á correr la campaña: nombró dos centinelas que se alargasen á reconocer las avenidas: y con estos resguardos, que á su parecer no dejaban que desear á la buena disciplina, dió al sosiego lo que restaba de la noche, tan lejos el peligro de su imaginacion, que se dejó rendir al sueño, con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Despachó luego andres de Duero á Hernan Cortes un confidente suyo, que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo, para que á boca le diese cuenta de la retirada, y de la forma en que se habia dispuesto el alojamiento; mas por asegurarle amigablemente que podia pasar la noche sin rezelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr la ocasion, que á su parecer le convidaba con el suceso. Tenia premeditados todos los lances que se le podian ofrecer en aquella guerra, y alguna vez se deben cerrar los ojos á

las dificultades, porque suelen parecer mayores desde lejos, y hay casos en que daña el discurrir al ejecutar. Convocó su gente sin mas dilacion, y la puso en órden aunque duraba la tempestad; pero aquellos soldados, endurecidos ya en mayores trabajos, obedeciéron sin hacer caso de su incomodidad, ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado; tanto se dejaban á la providencia de su capitan. Pasáron el rio con el agua sobre la cintura, y vencida esta dificultad, hizo á todos un brevé razonamiento en que les comunicó lo que llevaba discurrido, sin poner duda en su resolucion, ni cerrar las puertas al consejo. Dióles noticia de la turbacion con que se habian retirado los enemigos buscando el abrigo de su cuartel contra el rigor de la noche, y de la separacion y desórden con que habian ocupado los torreones del adoratorio: ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban: la facilidad con que podrian ser asaltados antes que llegasen á unirse, ó tuviesen lugar para doblarse; y viendo que no solo se aprobaba, pero se aplaudia la proposicion: *esta noche*, prosiguió diciendo con

nuevo fervor : *esta noche, amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor ocasion que se pudiera fingir nuestro deseo : veréis ahora lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré que vuestro mismo valor, hace grandes mis intentos. Poco ha que aguardábamos á nuestros enemigos con esperanza de vencerlos al reparo de esa ribera : ya los tenemos descuidados y desunidos, militando por nosotros el mismo desprecio con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa con que desampar áron la campaña, huyendo esos rigores de la noche, pequeños males de la naturaleza, se colige, como estarán en el sosiego unos hombres que le buscâron con flojedad y le desfrutan sin rezelo. Narbaez entiende poco de las puntualidades á que obligan las contingencias de la guerra. Sus soldados por la mayor parte son bisoños, gente de la primera ocasion, que no ha menester la noche para moverse con desacierto y ceguedad; muchos se hallan desobligados ó quejosos de su capitan; no faltan algunos á quien debe inclinacion nuestro partido, ni son*



pocos los que aborrecen como voluntario este rompimiento; y suelen pesar los brazos cuando se mueven contra el dictámen ó contra la voluntad: unos y otros se deben tratar como enemigos hasta que se declaren; porque si ellos nos vencen hemos de ser nosotros los traidores. Verdad es que nos asiste la razon; pero en la guerra es la razon, enemiga de los negligentes, y ordinariamente se quedan con ella los que pueden mas. Á usurparos vienen cuanto habeis adquirido: no aspiran á menos que hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas y de vuestras esperanzas: suyas se han de llamar nuestras victorias: suya la tierra que habeis conquistado con vuestra sangre: suya la gloria de vuestras hazañas; y lo peor es que con el mismo pie que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atropellar el servicio de nuestro rey, y atajar los progresos de nuestra religion; porque se han de perder si nos pierden; y siendo suyo el delito han de quedar en duda los culpados. Á todo se ocurre con que obreis esta noche como acostumbrais: mejor sabréis

ejecutarlo que yo discurrirlo: alto á las armas y á la costumbre de vencer: Dios y el rey en el corazon, el pundonor á la vista, y la razon en las manos, que yo seré vuestro compañero en el peligro, y entiendo menos de animar con las palabras, que de persuadir con el ejemplo.

Quedáron tan encendidos los ánimos con esta oracion de Cortes, que hacian instancia los soldados sobre que no se dilatase la marcha. Todos le agradeciéron el acierto de la resolucion, y algunos le protestáron, que si trataba de ajustarse con Narbaez le habian de negar la obediencia: palabras de hombres resueltos, que no le sonáron mal, porque hacian al brio mas que al desacato. Formó sin perder tiempo tres pequeños escuadrones de su gente, los cuales se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á gonzalo de Sandoval con sesenta hombres, en cuyo número fuéron comprehendidos los capitanes jorge y gonzalo de Alvarado, alonso Dávila, juan Velazquez de Leon, juan Nuñez de Mercado, y nuestro bernal Diaz del Castillo. Nombró por cabo del segundo al maestre de campo Cristóval de Olid, con otros sesenta hombres, y

asistencia de andres de Tapia, rodrigo Rangel, juan Xaramillo y bernardino Vasquez de Tapia: y él se quedó con el resto de la gente, y con los capitanes diego de Ordaz, alonso de Grado, Cristóval y martin Gamboa, diego Pizarro y domingo de Albuquerque. La órden fué que gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurase vencer la primera dificultad de las gradas, y embarazar el uso de la artillería, diviéndose á estorbar la comunicacion de los dos torreones de los lados, y poniendo gran cuidado en el silencio de su gente: que cristóval de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia y embistiese al torreon de Narbaez, apretando el ataque á viva fuerza; y él seguiria con los suyos para dar calor y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entonces las cajas y demas estruendos militares para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Entró luego fray bartolomé de Olmedo con su exhortacion espiritual, y asentado el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian para merecer su favor. Habia una cruz

en el camino, que fijáron ellos mismos cuando pasáron á Méjico; y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército les dictó un acto de contricion que iban repitiendo con voz afectuosa: mandóles decir la confesion general, y bendiciéndoles despues con la forma de la absolucion, dejó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero, porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros, ó mejora el desprecio de la muerte.

Concluida esta piadosa diligencia formó Hernan Cortes sus tres escuadrones: puso en su lugar las picas y las bocas de fuego: repitió las órdenes á los cabos: encargó á todos el silencio: dió por seña y por invocacion el nombre del Espíritu santo, en cuya pascua sucedió esta interpresa, y empezó á marchar en la misma ordenanza que se habia de acometer, caminando muy poco á poco porque llegase descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderase mas de su enemigo; de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á menos costa, sin quedarle algun escrúpulo de que obraba menos valerosamente que

solia en este género de insidias generosas, que llamó la antigüedad delitos de emperadores ó capitanes generales: siendo los engaños que no se oponen á la buena fe lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

CAPÍTULO X.

Llega Hernan Cortes á Zempoala donde halla resistencia: consigue con las armas la victoria: prende á Narbaez cuyo ejército se reduce á servir debajo de su mano.

Habria marchado el ejército de Cortes algo mas de media legua, cuando volviéron los batidores con una centinela de Narbaez que cayó en sus manos, y diéron noticia que se les habia escapado entre la maleza otra que poco venia despues: accidente que destruia el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hízose una breve consulta entre los capitanes, y viniéron todos en que no era posible que aquel soldado, caso que hubiese descubierto el ejército, se atreviese por entonces á seguir el camino derecho, siendo mas verisímil que tomase algun

rodeo por no dar en el peligro: de que resultó con aplauso comun la resolucion de alargar el paso para llegar antes que la espía, ó entrar al mismo tiempo en el cuartel de los enemigos: suponiendo que si no se lograse la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria por lo menos la de hallarlos mal despiertos, y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Asi lo discurriéron sin detenerse; y empezáron á marchar en mayor diligencia, dejando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagage y los demas impedimentos. Pero la centinela, que debió á su miedo parte de su agilidad, consiguió el llegar antes, y puso en arma el cuartel, diciendo á voces que venia el enemigo. Acudiéron á las armas los que se halláron mas prontos: lleváronle á la presencia de Narbaez: y él, despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso y el que le traia, teniendo por impracticable que se atreviese Cortes á buscarle con tan poca gente dentro de su alojamiento, ni pudiese campear en noche tan obscura y tempestuosa.

Serian poco mas de las doce cuando llegó Hernan Cortes á Zempoala, y tuvo

dicha en que no le descubriesen los caballos de Narbaez que al parecer perdiéron el camino con la obscuridad, si no se apartéron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa, y llegar con su ejército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de guardia, ni una centinela en que detenerse. Duraba entonces la disputa de Narbaez con el soldado, que le afirmaba de haber reconocido; no solamente los batidores, sino todo el ejército en marcha diligente; pero se buscaban todavía pretextos á la seguridad, y se perdia en el examen de la noticia el tiempo que aun siendo incierta, se debia lograr en la prevencion. La gente andaba inquieta y desvelada cruzando por el atrio superior: unos dudosos, y otros en la inteligencia de su capitan; pero todos con las armas en las manos, y poco menos que prevenidos.

Conoció Hernan Cortes que le habian descubierto; y hallándose ya en el segundo caso que llevaba discurrido, trató de asaltarlos antes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer, y gonzalo de Sandoval con su vanguardia

empezó á subir las gradas segun el órden que llevaba. Sintiéron el rumor algunos de los artilleros que estaban de guardia, y dando fuego á dos ó tres piezas, tocáron al arma segunda vez, sin dejar duda en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las cajas y las voces, y acudiéron luego á la defensa de las gradas los que se halláron mas cerca. Creció brevemente la oposicion: estrechóse á las picas y á las espadas el combate; y gonzalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse forcejando á un tiempo con el mayor número de la gente, y con la diferencia del sitio inferior, pero le socorrió entonces cristóval de Olid : y Hernan Cortes, dejando formado su reten; se arrojó á lo mas ardiente del conflicto, y facilitó el ivance de unos y otros, obrando con la spada lo que infundia con la voz, á uyo esfuerzo no pudiéron resistir los nemigos, que tardáron poco en dejar li-e la última grada, y poco mas en reti-rse desordenadamente, desamparando itrio y la artillería. Huyéron muchos us alojamientos, y otros acudiéron á irir la puerta del torreon principal,

donde se volvió á pelear breve rato con igual valor de ambas partes.

Dejóse ver á este tiempo pánfilo de Narbaez que se detuvo en armarse á persuasion de sus amigos y despues de animar á los que peleaban, y hacer cuanto pudo para ordenarlos se adelantó con tanto denuedo á lo mas recio del combate. que hallándose cerca pedro Sanchez Farfan uno de los soldados que asistian á Sandoval, le dió un picazo en el rostro de cuyo golpe le sacó un ojo y derribó en tierra, sin mas aliento que el que hubo menester para decir que le habian muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbacion con varios efectos, porque unos le desampararon ignominiosamente, otros se detuviéron por falta de movimiento y los que mas se quisiéron esforzar á socorrerle peleaban embarazados y confusos del súbito accidente: con que se halláron obligados á retroceder, dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Bajáronle por las gradas poco menos que arrastrando. Envió Cortes á gonzalo de Sandoval para que cuidase de asegurar su persona, lo cual se ejecutó, entregándole al último es-

cuadron; y el que poco antes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló al volver en sí, no solo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos que le ponian mas lejos su libertad.

Llegó el caso de cesar la batalla porque cesó la resistencia. Encerráronse todos los de Narbaez en sus torreones tan amedrentados, que no se atrevian á disparar, y solo cuidaban de poner estorbos á la entrada. Los de Cortes apellidáron á voces la victoria, unos por Cortes, y otros por el rey, y los mas atentos por el Espíritu santo: gritos de alborozo anticipado que ayudáron entonces al terror de los enemigos; y fué circunstancia que hizo al caso en aquella coyuntura, que se persuadiesen los mas á que traia Cortes un ejército muy poderoso: el cual á su parecer ocupaba gran parte de la campaña; porque desde las ventanas de su encerramiento descubrian á diferentes distancias algunas luces que interrumpiendo la obscuridad parecian á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuceros, siendo unos gusanos que resplandecen de noche, semejantes á nuestras lucernas ó nocti-

lucas, aunque de mayor tamaño y resplandor en aquel emisferio : aprehension que hizo particular batería en el vulgo del ejército, y que dejó dudosos á los que mas se animaban : tanto engaña el temor á los afligidos; y tanto se inclinan los adminículos menores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Mandó Cortes que cesasen las aclamaciones de la victoria; cuya credulidad intempestiva suele dañar en los ejércitos, y se debe atajar, porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreones : dispuso que á guisa de pregon se publicase indulto general á favor de los que se rindiesen : ofreciendo partidos razonables y comunicacion de intereses á los que se determinasen á seguir sus banderas: libertad y pasage á los que se quisiesen retirar á la isla de Cuba; y á todos salva la ropa y las personas : diligencia que fué bien discurrida, porque importó mucho que se hiciese notoria esta manifestacion de su ánimo antes que el dia, cuya primera luz no estaba lejos, desengañase aquella gente de las pocas fuerzas que los tenian oprimidos, y les diese

resolucion para cobrarse de la pusilanimidad mal concebida : que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad, avergonzado al que le tuvo con poco fundamento.

Apenas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones donde se habia retraido la gente cuando empezáron á venir tropas de oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas como llegaban, y Cortes sin faltar á la urbanidad ni al agasajo, hizo tambien desarmar á sus confidentes; porque no se les conociese la inclinacion, ó porque diesen ejemplo á los demas. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fué necesario dividirlos, y asegurarlos con guardia suficiente, hasta que saliendo el dia se descubriesen las caras y los efectos.

Cuidó en este intermedio gonzalo de Sandoval de que se curase la herida de Narbaez; y Hernan Cortes, que acudia incansablemente á todas partes, y tenia en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algun recato por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados; y Narbaez, volviéndole á mirar con sem-

blante de hombre que no acababa de conocer su fortuna, le dijo: *tened en mucho, señor capitan, la dicha que habeis conseguido en hacerme vuestro prisionero.* Á que le respondió Cortes: *de todo, amigo se deben las gracias á Dios: pero sin género de vanidad os puedo asegurar, que pongo esta victoria y vuestra prision entre las cosas menores que se han obrado en esta tierra.*

Llegó entonces noticia de que se resistia con obstinacion uno de los torreones, donde se habian hecho fuertes el capitan Salvatierra y diego Velazquez el mozo, deteniendo con su autoridad y persuasiones á los soldados que se hallaban con ellos. Volvió Cortes á subir las gradas: hízoles intimar que se rindiesen ó serian tratados con todo el rigor de la guerra; y viéndolos resueltos á defenderse ó capitular, dispuso, no sin alguna cólera, que se disparasen al torreon dos piezas de artillería, y poco despues ordenó á los artilleros que levantasen la mira y diesen la carga en lo alto del edificio, mas para espantar que para ofender. Asi lo ejecutáron, y no fué necesaria mayor diligencia para que



saliesen muchos á pedir cuartel, dejando libre la entrada de la torre que acabó de allanar juan Velazquez de Leon con una escuadra de los suyos : prendiéron á los capitanes Salvatierra y Velazquez, enemigos declarados de quien se podia temer que aspirasen á ocupar el vacío de Narbaez, con que se declaró enteramente la victoria por Cortes. Muriéron de su parte solo dos soldados, y hubo algunos heridos, de los cuales hay quien diga que muriéron otros dos. En el ejército contrario quedáron muertos quince soldados, un alferez y un capitan, y fué mucho mayor el número de los heridos. Narbaez y Salvatierra fuéron llevados á la Vera-Cruz con la guardia que pareció necesaria. Quedó prisionero de juan Velazquez de Leon diego Velazquez el mozo, y aunque le tenia justamente irritado con el lance de Zempoala, cuidó con particular asistencia de su cura y regalo : generosidad en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza del ánimo. Y todo esto quedó ejecutado antes de amanecer. ¡Notable faccion! en que se midiéron por instantes los acier-

tos de Cortes, y los desalumbramientos de Narbaez,

Al romper el alba llegáron los dos mil Chinantlecas que se habian prevenido; y aunque viniéron despues de la victoria celebró Cortes el socorro, teniéndole por oportuno, para que viesen los de Narbaez que no le faltaban amigos que le asistiesen. Miraban aquellos pobres rendidos con vergüenza y confusion el estado en que se hallaban: dióles el dia con su ignominia en los ojos: viéron llegar este socorro, y conociéron las pocas fuerzas con que se habia conseguido la victoria: maldecian la confianza de Narbaez: acusaban su descuido, y todo cedia en mayor estimacion de Cortes, cuya vigilancia y ardimiento ponderaban con igual admiracion. Prerogativa es del valor, en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos que le envidian: pueden sentir su fortuna los perdidosos pero nunca desagradan al vencido las hazañas del vencedor: máxima que se verificó en esta ocasion, porque cada uno, sin fiarse de los demas, se iba inclinando á mejorar de capitan, y á seguir las banderas de un ejército donde



vencian y medraban los soldados. Habia entre los prisioneros algunos amigos de Cortes muchos aficionados á su valor, y muchos á su liberalidad. Rompiéron los amigos el velo de la disimulacion, diéron principio á sus aclamaciones con que se declaráron luego los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demas. Permitióse que fuesen llegando á la presencia del nuevo capitan: arrojáronse muchos á sus pies, si él no los detuviera con los brazos: diéron todos el nombre, haciendo pretension de ganar antigüedad en las listas: no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la isla de Cuba; y logró con esto Hernan Cortes el principal fruto de su empresa, porque no deseaba tanto vencer como conquistar aquellos españoles. Fué reconociendo los ánimos, y halló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luego que se les volviesen las armas; accion que resistiéron algunos de sus capitanes; pero no faltarian motivos para esta seguridad, siendo amigos los que mas suponian entre aquella gente, y estando allí los Chinantlecas que aseguraban su partido. Conociéron ellos el favor que recibian: aplaudiéron esta confianza

con nuevas aclamaciones, y él se halló en breves horas con un ejército que pasaba ya de mil españoles, presos los enemigos de quien se podia rezelar; con una armada de once navíos y siete bergantines á su disposicion, deshecho el último esfuerzo de Velazquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal: debiéndose todo á su gran corazon, suma vigilancia y talento militar; y no menos al valor de sus soldados, que abrazáron primero con el ánimo una resolucion tan peligrosa; y despues con la espada y con el brio le diéron, no solamente la victoria, sino el acierto de la misma resolucion; porque al voto de los hombres, que dan ó quitan la fama, el conseguir es crédito del intentar: y las mas veces se debe á los sucesos el quedar con opinion de prudentes los consejos aventurados.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE TERCER TOMO.



LIBRO CUARTO.



Lyon, imprenta de C. COQUE, calle del palacio del Arzobispo.









